
Cosmópolis
Madrid, Enero
1930
Precio: 1 peseta
SERNY



STAND PROPIO EN EL PABELLON ALFONSO XIII DE LA EXPOSICION INTERNACIONAL DE BARCELONA



MARCA DE FÁBRICA REGISTRADA QUE GARANTIZA
DESDE 1840 LOS FAMOSOS PRODUCTOS NACIONALES

PLATA MENESES

VIUDA É HIJOS DE EMILIO MENESES. S EN C.
FÁBRICA, CALLES DE DON RAMON DE LA CRUZ
Y NUÑEZ DE BALBOA.

DESPACHO CENTRAL
PLAZA DE CANALEJAS, Nº 4
TELEGRAMAS Y TELEFONEMAS
MENESES · MADRID
CORREO, APARTADO 186

SUCURSALES

BARCELONA · FERNANDO VII, 19.
SEVILLA · SIERPES, 8.
BILBAO · BIDEBARRIETA, 12.
VALENCIA · PAZ, 5.

un esmero y un detalle a lo que aun no nos tiene acostumbrada la Prensa española.

Deportes, teatros, toros, reportajes sensacionales, la divulgación científica, las cuestiones municipales, la agricultura, la información de sucesos, la industria, el comercio, etc., correrán a cargo de redactores o colaboradores especializados y de competencia reconocida.

La parte literaria, el aspecto político, la inquietud social, tendrán su expresión en las firmas más ilustres y las autoridades máximas.

La vida del gran mundo satisfará la curiosidad del más exigente aristócrata, y la vida obrera, los afanes y cuestiones de carácter societario, será analizada y recogida con el más exquisito esmero.

MÁS será—a ello han de tender nuestras fuerzas y esfuerzos— el periódico órgano por excelencia de la vida nacional en todas sus manifestaciones y clases sociales.

La parte gráfica nunca la consideraremos bastante conseguida, y fotografías y dibujos de los más notables artistas sostendrán la actualidad del palpitante interés.

¿Otros proyectos?

Un grupo importantisimo de periódicos de provincias, asociados con nosotros, levantará nuestra bandera tan amplia, tan comprensiva.

Próximamente también, *MÁS* tendrá una edición en París, en la que colaborarán las firmas de mayor prestigio españolas y extranjeras, y dará a conocer al mundo entero nuestras inquietudes, nuestros problemas y nuestras soluciones.

REDACCIÓN

Director . . . . Enrique Meneses.
Subdirector . . . . . . Eduardo Marquina.
Redactor-jefe . . . . . . Luis Gil Fillol.
Director artístico . . . . Adolfo Durá.
Secretario de Redacción . Ángel S. Salcedo.
Administrador . . . . . Adolfo Pastor.

REDACTORES Y COLABORADORES CONCERTADOS HASTA AHORA

Astrana Marín (Luis).—Avecilla (Ceferino R.).— Baroja (Pío).—Balaguer (Rafael).—Cremades (Salvador).—Castlerosse (Vizconde de).—Castellón (José).—Domingo (Marcelino).—Díaz de los Arcos (Narciso).—Feyjóo (Enrique).—Galindo (Beatriz).—Gramont (Condesa de), redactora jefe de «Fémina».—Jiménez Caballero (Ernesto).—Jiménez Asúa (Luis).—Jarnés (Benjamín).—Haro (Eduardo).—Hernández Catá (Alfonso).—Hernández (Remée).—Láinez Alcalá (Rafael).—Lezama (Antonio).—Licudí (Héctor).—López Alarcón (Enrique).—Larios de Medrano (Justo).—Machado (Antonio y Manuel).—Mauclair (Camilo).—Muñoz (Matilde).—Morales (José Manuel).—Maestre (Miguel).—Marín (Luis R.), redactor fotográfico.—Monreal (Modesto).—Oteyza (Luis de).—Palencia (Ceferino).—Palomo (Emilio).—Pérez Ferrero (Miguel).—Quílez (José).—Répide (Pedro de).—Romero Cuesta (José).—Rubio (Jorge).—Sánchez-Ocaña (Juan Antonio).—Sánchez Rojas (José).—San José (Diego).—Tamayo (Victoriano).—Vallellano (Conde de).

Cosmópolis

Redacción y Administración
Alcalá, 40 - Madrid
Teléfonos: 13546 y 11709 - Apartado de Correos: 490
Dirección telegráfica y telefónica: Cosmópolis

Precio de suscripción:
España y América: un año . . . . . . 12 pesetas
un semestre . . . . 6 pesetas
Extranjero: un año . . . . . . 19 pesetas

SUMARIO

COSMÓPOLIS agradece de todas veras la predilección que sienten por sus páginas los colaboradores espontáneos; pero debe a éstos una advertencia leal: Esta clase de colaboración debe dirigirse a nuestra Sección de escritores nuevos, *ateniéndose a las condiciones allí consignadas. Y en ningún caso mantendremos correspondencia particular con estos colaboradores, así como tampoco devolveremos los originales que se nos envíen sin haberlos solicitado previamente.*

Extracto del contenido del presente número en tres idiomas

Revista mensual ilustrada
Cosmópolis
Fundador y Director: Enrique Meneses
AÑO 4 ENERO 1930 NÚM. 26



He aquí nuestra contribución al tópico de todos los años. La vida se renueva. Los hombres tenemos firmes propósitos de renovación general. Cúmplenos, pues, al iniciarse una nueva jornada, renovar los deseos de fortuna para todos y en especial para nuestros simpatizantes y favorecedores. (Dibujo de JANSEN)



LA BAYONETA Y EL LAÚD



(Dibujos de MANCHÓN)

El solo nombre de Concha Espina es suficiente para enorgullecer a una publicación como la nuestra, dedicada a la exaltación de los verdaderos valores de la literatura contemporánea. La pluma que ha producido libros de tan honda emotividad como La esfinge maragata *y* El metal de los muertos, *entre otros no menos hermosos, y que ha conquistado tantos y tan nobles laureles, no necesita de presentación alguna. Patentes están sus méritos. El último viaje de Concha Espina, llevando triunfante en pos de sí el espíritu racial de España, nos releva de cualquier otro elogio. Así, pues, nos complacemos en ofrecer a nuestros lectores una gallarda muestra de las excelsitudes literarias de Concha Espina, seguros de que han de agradecernos la oportunidad de que estas páginas se adornen con la prosa exquisita de la escritora más femeninamente representativa de una modalidad literaria, tan celebrada por todos.* La bayoneta y el laúd, *la linda narración que aparece aquí, es una vibrante demostración de la imponderable elegancia con que se atavía la recia pluma de nuestra insigne novelista.*

I

EL ESTUDIANTE



ESTAS dos muchachas rubias y dulces iban al colegio hace tres años, muy afanosas en pulir su educación, con estrechez vergonzante, castigadas por el azote nacional de la guerra. Vestían paños raídos, calzaban unas botas llenas de remiendos y se cubrían la cabellera de oro con unos sombreros absurdos; hubiesen estado feas y ridículas si la mísera indumentaria pudiera secar alguna vez el fresco rocío de la juventud.

Pero vivían el tiempo gracioso y primaveral, los abriles colmados de preguntas insaciables, de pensamientos que tiemblan en el alabastro de las frentes, de sonrisas que huyen sin saber adónde.

Y parecían hermosas, aunque llevasen con frecuencia los ojos húmedos de llanto.

Los padres de aquellas niñas estaban prisioneros, herido el uno gravemente. Y las madres, cargadas de criaturas y pesadumbres, atendían al abandono del hogar manejando las íntimas obligaciones y dirigiendo los modestos negocios: una tienda de comestibles, un taller ordinario de ropa blanca.

Con la calle por medio, las habitaciones mirándose desde la altura sombría de las fachadas, Ágata y Dora se criaron en una vecindad constante, repartiéndose los esfuerzos de los estudios, las diversiones festivas, las inquietudes, más tarde, del pavoroso duelo; hasta la memoria triste y ferviente de un mozo guapo y juguetón, de quien eran amigas a la vez.

Le conocieron cuando él salía del Gimnasio y ellas de sus clases, en plena movilización de tropas alemanas. Röger cursaba entonces el quinto año de latín, sujeto a esa larguísima preparación de los estudiantes germanos, que no conduce a ninguna parte. Era hijo de un adinerado burgués y lucía la gorra colorada con cierto orgullo fanfarrón, muy pagado de su estatura eminente, de su bolsillo repleto y aun de su aristocracia relativa.

Porque figuraba Röger entre los estudiantes «arios», los adictos fervorosos del Káiser, mantenedores del nacionalismo y la tradición, contra el elemento semita y la renovadora gracia del ambiente moderno. Pertenecía a sociedades secretas, aliadas incondicionales del militarismo y el trono, y se ponía en el ojal una cruz arbitraria, en forma de molinete, a guisa de condecoración y distintivo.

Ágata y Dora se enamoraron del mocetón altivo y risueño que las miraba protegiéndolas, de una en otra los ojos claros y voraces y las palabras impertinentes. Estaba henchido de sabiduría superficial y hueca, a despecho de una condición mansa y de un espíritu infantil, un poco salvaje, como el de todos los niños. Atrasado en los estudios por torpe y holgazán, le sorprendió la guerra en el Gimnasio, y hallóse en el campamento sin haber ingresado en un cuartel.

De improviso fué el mozo a despedirse de sus amigas, vistiendo el uniforme, con un aire de importancia terrible, sustituídas la gorra estudiantil y la cruz aria por el casco prusiano y la bayoneta militar.

Ellas le encontraron más seductor que nunca y viéronle partir con desconsolado sentimiento, perdido allá en las siniestras regiones donde los padres de las niñas se habían oscurecido también.

Se quedaron muy tristes; durante varios meses hablaron de Röger a todas horas, mezclando su nombre con doloroso anhelo a las angustias de cada familia.

Y al fin dejaron de estudiar. Todo su esfuerzo era menester para ayudar a los pobres hogares.

Dora en la tienda, mermados los géneros y los compradores bajo la penuria del país y el rigor de la tasa oficial; Ágata en el taller, casi vacío, donde sólo mezquinas composturas daban algún trabajo de ilusoria remuneración, prestaron el servicio de su presencia en tanto que las madres, abolidos sus fueros de propietarias, acudían a las más humildes labores como jornaleras, para llevar a sus hijos pequeños una mejora de alimentación.

Pero la histórica fecundidad de las mujeres que dieron tantos soldados a la guerra oprimía con exceso las casas donde los niños, hambrientos y sucios, se dolían en amargo padecer, y la abnegada solicitud del amor no evitaba la miseria ni la muerte cerca de Ágata y Dora, que se hallaron entre cunas vacías, lágrimas y privaciones, hasta que sucumbió la Alemania imperialista y los vencidos tornaron a la patria, míseros y libres dentro de su derrota.

LA BAYONETA Y EL LAÚD

Volvían contentos a la tierra intacta, al trabajo prometedor. Habían sacudido, dentro de su país, un yugo que parecía inquebrantable, y sin la clara conciencia de este logro sentían el alivio profundo de una íntima liberación; anchos horizontes se abrían para Alemania desde las trincheras horribles, desde los caminos sangrientos donde habían caído millones de combatientes como prueba espantosa de la humana brutalidad.

El padre de Ágata contribuyó a este número fabuloso de víctimas, y el taller humilde de la calle de Landsberg se defendía de sus quebrantos con mucha dificultad, mientras que la vecina tienda de comestibles, renovado su luciente escaparate, enderezaba sus antiguas relaciones con el público.

Y la moza huérfana, vestida de trapos negros, interesante en su anémica palidez, contemplaba a menudo, detrás de los vidrios, el establecimiento casi rumboso de su amiga, midiendo la distancia de la calle que parecía haberse prolongado entre dos corazones infantiles.



II

EL SOLDADO

Una noche Ágata volvía de entregar la costura, largo el paso, como de costumbre, cortos los pensamientos en la estrechez de un destino lamentable.

Era el otoño. La témpora, insegura, entornaba los cielos, y en la tierra humedecida se ablandaban las hojas de los árboles.

A la muchacha le pareció, de pronto, que todas las cosas dejaban tras de sí una oscuridad creciente, llena de peligros. El tormento brusco de la imaginación la hizo levantar la cabeza y aguzar la vista en la penumbra de la calle. Un hombre estaba a su lado, mirándola con el aire distraído y curioso.

—¡Röger!—exclamó la joven, reconociéndole, y preguntó, no obstante—: ¿Eres tú?...

Después de la guerra flotaban las dudas sobre cada vida como una sombra inevitable de la muerte. Y esperó Ágata con recelo hasta que el interpelado repuso:

—¡Yo mismo!

Aun tarda él en acertar con quién habla; tanto había cambiado la colegialilla del año antes.

Más alta, más flexible, más descolorida, casi espectral con la ropa de luto, la costurera de hoy tenía un encanto enfermizo y penetrador, lleno de magia.

Tomóla Röger del brazo, como algo propio que se recobra, presintiendo la pureza de aquella carne opalina y dulce, necesitada de apoyo varonil.

Y mientras andaban por la hondura tenebrosa del barrio, contaba él su magnífica odisea en las batallas, sus asombrosos lances de valor: había caído moribundo en varias ocasiones, estaba lleno de cicatrices, merecía una cruz...

Ágata procuró verle el rostro a la luz amarilla de los faroles municipales, no muy frecuentes en aquel lugar.

Y hallóle guapísimo con la delgadez romántica de los sufrimientos, algo mustios los párpados sobre los ojos azules, grande y ávida la boca entre los afilados carrillos, flojo el gabán en el cuerpo viril, desmejorado por las duras faenas militares.

Si no encontró el surco de las supuestas heridas, quedó, al menos, segura de que el joven había cambiado considerablemente; los gestos más voluntarios, la voz más ronca, el carácter a un tiempo más fuerte y más sencillo, sin la altivez petulante de las jornadas estudiantiles; se había templado en los reveses del infortunio, en la sagrada lucha del sacrificio: ¡era un héroe, el ser revelador y misterioso que venía del corazón del mundo con divinos mensajes para la niña desgraciada!

Y se le afirmó en el brazo, enardecida por un tibio sentimiento de felicidad...

Seguía Röger hablando de sí mismo. Estaba arruinado. A su padre, señor de fincas en la Alta Silesia, le habían arrasado las propiedades, que permanecían confiscadas bajo el dominio de Polonia. El héroe vivía, a la sazón, de un sueldo mezquino: era pobre, igual que su amiga.

—¡No tanto!—suspiró la costurera, consolándose, a pesar suyo, con la mala fortuna del vencido.

Se dejó acompañar hasta su casa, y sólo allí, frente a la tienda, aun encendida al otro lado de la calle, nombró el muchacho a Dora.

—¿Qué es de ella?

—Está haciéndose rica—contestó Ágata con despecho—. Ha tenido la suerte de que le viva el padre y se le mueran los hermanos... En pocos meses se quedó sola con el mayor, que ya es mozo y trabaja también. —La boca, pálida y fina, se erizó en un gesto encruelecido—. ¡A mí no se me ha muerto más que el padre!

Consoló Röger a la niña con una ternura nueva en sus labios, habitualmente fríos y jactanciosos.

Tardaban en despedirse, mostrándose él pródigo en las frases, audaz con las manos, encallecidas por las armas...

Y al día siguiente, ya en posesión de las antiguas costumbres, sintió el antojo de ver a Dora. Precisamente al descansar un rato en la oficina donde comenzaba a prestar asistencia, le convenía la calle de Landsberg, tranquila y ancha, para dar un paseo.

Se fué por la acera del mediodía, tomando un sol no muy caliente ni radioso. Y se detuvo a mirar el consabido escaparate, lleno de jamones y salchichas, conservas y mermeladas.

Parecióle soberbio. No había en aquellas inmediaciones cosa más sugestiva ni tentadora. Ponía la mirada con entusiasmo en el lomo y el pernil, en los rubios toneles de margarina y los exquisitos fiambres encerrados en cajas de cristal. Sentía apetito; era la hora de comer, y una fuerte sensación de codicia le hurgaba en el estómago.

Como ornamento de los manjares había unas macetas de flores, unos manteles con lazos que denotaban coqueterías de mujer. Y, de pronto, al otro lado de la exposición, redonda y encendida como una fruta, vió Röger la cara sonriente de Dora.

La muchacha le había conocido y salía a recibirle. Se saludaron cariñosamente, ella sorprendida y feliz, emocionada, luciendo con orgullo los colores abigarrados de su vestido, las mejillas rubicundas, los labios de un granate intenso y sensual.

Siempre encontró el mozo a Ágata más interesante que a su amiga; pero ahora la miraba con exaltación, sugestionado por el delicioso perfume de los embutidos, erguida como una soberana en aquel trono de botellas, peroles y barriles.

Observó que se le había oscurecido el cabello, leonado, con vetas cobrizas, recogido en una tirantez que descubría la frente lisa y estrecha, sin atenuante ni sombra de protección para la nariz chata, germánica pura.

La dueña de aquella nariz sonreía, olvidándose de la terrible facción, temblando con el ímpetu de un arbolillo silvestre bajo la caricia devota de los ojos azules: hallaba en Röger un aspecto heroico, de fascinación insuperable...

LA BAYONETA Y EL LAÚD

III RIVALIDAD

En el desmantelado obrador queda una máquina sola, que borda, cose y frunce sin cesar. Los encajes de algodón, los géneros blancos, sin apresto ni finura, cuelgan de las sillas y posan en los rincones; la ventana, descubierta y grande, ilumina el taller con luz primaveral, reflejo del sol que no se logra en esta fachada del norte.

Ágata preside la tarea vigilando a sus hermanitas, ya casi mujeres, todas rubias, pálidas y humildes: son cinco. La madre cose y borda cuando puede.

Hay en la escuela otros dos rapaces, y alguna de estas niñas asiste al colegio por la mañana para instruirse un poco, lejos ya de las presunciones intelectuales que halagaron a la mayor cuando el padre aun podía volver, robusto y alegre, en plena juventud.

Han corrido más de tres años desde que el prisionero de Aviñón dejó de existir, y las manos femeninas de esta casa, veloces y deseosas, no sirven, con todo su esfuerzo, para levantar las diarias necesidades. Hubo que vender las máquinas mejores, y es preciso confeccionar la ropa a destajo, con una perseverancia incansable, que no obtiene recompensa.

Ágata suspira, desesperada, porque ya no le ayuda la secreta ilusión de su noviazgo.

No la abandona Röger, y la sigue queriendo, según afirma; pero está a punto de casarse con Dora, cuya posición le seduce.

Largo tiempo mantuvo relaciones con las dos, aprovechando la generosidad apasionada de la bordadora y los sabrosos convites de la tendera; ya no tiene más remedio que casarse, como una fórmula que le exigen en la casa vecina. Le causaría, además, un gran perjuicio perder los favores del tendero y renunciar a las ofertas de protección con que le estimula.

—Hay que pensar en todo—le dice a Ágata—, hablando del asunto como de la cosa más natural.

Y repite, sin cinismo, con una cachazuda reflexión:

—Ya sabes tú que yo no quiero a Dora, y ella lo debe comprender... Se dará por satisfecha con tener marido, y no ha de intervenir en mis amistades ni prohibirme los gustos y expansiones: a ti y a mí nos conviene esta solución... Seremos vecinos, tendrás crédito para surtir la despensa...

La postergada no se incomoda ni se turba.

Los millones de hombres que le faltan al país contribuyen, con un influjo trágico, a la sumisión radical de esas mujeres sobrantes y pródigas que no saben qué hacer de sus encantos y de su corazón.

Y Ágata sufre sin rebelarse. Tiene celos de Dora, la envidia y aborrece; pero aun está agradecida de Röger. Le debe ilusiones y esperanzas, sueños que, aunque no se realicen, son el único bagaje de su existencia ansiosa y fallida.

Le quiere y le disculpa; llora escondiendo sus lágrimas, sin que la madre la hostilice ni pregunte lo que sucede entre su hija y aquel hombre.

En tanto, Dora comprende que no es amada; pero confía en ca-



LA BAYONETA Y EL LAÚD

sarse, y este éxito, rotundo, la indemniza de todas las decepciones posibles. No ha reñido con Ágata nunca, ¿para qué? Supone que no será ésta sola quien la catequice al buen mozo; ¡andan tan escasos!... Rival más o menos le importa poco. Y de las predilecciones que la ofenden se toma a cada instante pequeñas venganzas exhibiendo un vestido de colorines, un sombrero de plumas, un escaparate deslumbrador...

IV

WANDERVÖGEL

Sin gorra estudiantil y sin ropa militar ha venido Röger al estado llano convertido en oficinista, lejos de sus pujos de aristócrata, pero cada vez más cerca de las sabrosas ventajas y los imperiosos deseos: puede ser rico por sí propio, sin la humillación de que su familia le pensione o de aguardar una herencia.

En las fincas del padre han caído como un alud los tártaros de la Guardia Roja durante las últimas contiendas entre Polonia y Rusia. Ya no hay que pensar en aquel patrimonio, perseguido como una tierra maldita. Y Röger, desligándose en lo posible de las antiguas ambiciones y el clásico ideal, se consagra a los presentes logros de ciudadano libre y de hombre guapo, señor de muchas mujeres, como un káiser cualquiera. Poco delicado y meticuloso, le produce beneficios el amor; le basta el sueldo para comer y vestir; las diversiones le salen por una bicoca, y aunque así vive muy de acuerdo con su carácter egoísta y glotón, se cuida mucho del porvenir; quiere hacer un buen casamiento para asegurar sus rentas y sus placeres... ¿Dora?... Ya estaba casi decidido, porque la tienda de comestibles es un negocio rápido y seguro. Pero en una excursión reciente ha conocido a otra mujer más bella y más rica, insinuante, deliciosa.

Y el galán duda, consultando sus vacilaciones con la propia Ágata. No pretende hacerla sufrir, ni abusar del dominio que ejerce sobre ella. Para él es una cosa muy prudente y razonable aquella conversación.

—Tú, ¿qué harías en mi caso?

—Decidirme por *ésta*—subraya la joven con una falsa tranquilidad, poniendo los ojos claros y tristes en la casa de enfrente.

Están en el obrador, sentados junto a la vidriera, donde se apaga la luz en este día largo y abrileño.

De pronto Röger levanta la voz, ahuyentando del pensamiento, alegremente, la seria cuestión matrimonial; es su hora de divertirse por la anchura de la vida, sin deberes ni yugos.

—Mañana por la noche—cuenta—salimos los Wandervögel para Fürstenwalde; no regresaremos a Berlín hasta después de Pascua.

Las niñas han dejado de coser y atienden al discurso, muy interesadas, caídos los brazos encima de su labor, absortas en el hechizo de las singularidades que escuchan.

Porque habla Röger de sus compañeros los famosos Wandervögel, las «aves de paso», antigua asociación de las juventudes alemanas, establecida en Germania hace tres siglos, para fomentar el amor a los campos y a los viajes, el conocimiento de los países, la expansión de los espíritus.

Miles de asociados van y vienen por los caminos alemanes en expediciones curiosas y denodadas, al nacer cada primavera. Son jóvenes: estudiantes, empleados, burgueses, a los que se unen también mozas de arresto, y aprovechando las fiestas y vacaciones se ciñen las polainas, visten el traje holgado propio de la excursión, cuelgan a la espalda una mochila con provisiones de comer y ennoblecen la humilde catadura llevando sobre el corazón un laúd.

Así viajan, de día o de noche, según sea menester, por la carretera, por los canales y el ferrocarril, visitando pueblos, conociendo bosques y llanuras, exaltando en los ojos la alegría, en los labios el lied; recuerdan a los antiguos trovadores y han sido heraldos del moderno explorador.

Muchas veces llegaban a Italia y a Rusia. Después de la guerra se contienen en los límites germanos, si no pisan la margen de Suiza o de Polonia. Y desde cualquier lugar donde caminen hacen con preferencia rumbo a Oriente, *la tierra de la mañana*, el horizonte de los pueblos niños.

Los Wandervögel duermen al raso o piden hospedaje liberal, cuando no es tradición, como en Baviera y Sajonia, recibirles en los cuarteles. Forman un bolsillo común y no tienen más disciplina que la de una saludable fraternidad. Pero cada grupo (que ellos todavía llaman *hordas*, como una evocación de los tiempos bárbaros) elige el camino que más le gusta y la compañía que más le agrada.

Ahora Röger va con sus amigos predilectos a la ciudad de Fürstenwalde, en la Prusia. Harán el viaje de noche y saldrán cantando de Berlín, desde la estación de Alexander Platz, grande y sonora en el barrio populoso... Allá, de amanecida, buscarán el sueño en una barca, estremecidos en la frescura de los canales prusianos que unen al Oder y al Spree... Luego emprenderán las intrusiones por la campiña, de aldea en aldea, entre árboles, lagos y jardines...

Un soplo lírico palpita en las frases del galán, que adorna el relato con recuerdos de sus lecturas poéticas, estrofas y baladas del romancero del país.

Ráfagas de aventura sacuden a las costurerillas, silenciosas en su embeleso de escuchar, mientras la hermana mayor se dice, con el sonambulismo propio de los obsesionados: «Prefiero que se case con Dora antes que le lleve esa desconocida»...

Y la más gentil de las muchachas, Helena, de quince años, avizores y sombríos, deja escapar toda su atención hacia Röger, que la mira de un modo extraño y duradero. Es alta, fina, tiene muy señalada la boca, los ojos grises y matizados, enrojecido el cabello como el lúpulo de Bohemia.

Sin desprender los ojos de aquel fruto en agraz que se le está ofreciendo, pronuncia el muchacho, levantándose:

—Adiós; mañana vendré a despedirme.

Ágata le sigue hasta el portal, y se queda el obrador oscuro y callado. A nadie se le ocurre allí reanudar la costura; en el rincón más escondido se adormece Helena, oprimida por una angustia deliciosa...

V

TIERRA DE LA MAÑANA

Lento anochecer, mudable y hondo, con rachas de sombra encima de la luna.

Navega el astro cristalino entre nubes espesas, que se amontonan y huyen bajo la modulación áspera del viento, como una cabalgata de valquirias con la melena al aire y los coposos vestidos hechos jirones.

Cerca de su casa aguarda Helena a Röger con loca incertidumbre, acechando en la encubridora tiniebla de la calle. Viste una blusa lisa y floja y esconde en la faltriquera unas rebanadas de pan negro, untadas con dulce de limón.

Quiere irse con los Wandervögel, del brazo de su amigo.

No piensa en las ansiedades de su hermana ni en el concertado casamiento de Dora; ha sentido los ojos del hombre clavados en los suyos como una promesa, y la tentación de la libertad empujándola hacia la *tierra de la mañana*, el Oriente donde nacen los días, y la esperanza se alumbra con el sol.

Ella misma no comprende el origen de estos anhelos imperiosos y turbios, que muerden en su doncellez como en la tierna fibra de un corazón. Pero no los sabe resistir y los obedece envuelta por el torbellino del deseo, pálida y brusca en medio de la calle, alumbrando el sigilo de aquel minuto con el fulgor ardiente de la mirada.

Aquí está Röger. Las sandalias de peregrino le traen silencioso como un ladrón.

Pero la niña le descubre, le detiene y le pregunta con sordo acento:

—¿Me quieres llevar contigo?

El muchacho se repone en seguida del asombro, la toma del brazo con ademán de posesión, como a Ágata otra noche de primavera, y murmura:

—¡Ya lo creo!... Me gustas mucho, *Lenchen*—añade—dándole el gracioso diminutivo alemán.

—También tú a mí.

—¿Desde cuándo?

—Hace tiempo... desde que enamoras a las demás—insinúa la fugitiva con un gesto elocuente hacia la tienda brillante y la ventana luminosa del taller.

LA BAYONETA Y EL LAÚD

Y alarga el paso, huyendo de las otras mujeres, estrechándose contra el galán, que lleva sobre el pecho un laúd.



El mozo se inclina a mirarla muy de cerca, agradecido, sediento de las pupilas anchas y pesadas, trémulas como dos mariposas.

—¡*Lenchen!*—repite—, saboreando aquel nombre con dulzura.

—¿Seré tu compañera?

El viajero promete de un modo tierno y brutal:

—¡Serás mi mujer!

Y la arrebata consigo por la orilla de la noche, respirando con avidez el aire húmedo y sabroso.

Se oye el grito de un pájaro en los árboles callejeros; Helena, detenida un segundo, piensa, sin saber por qué, en la hermana que a fuerza de sufrir se endurece como la piedra que le sirve de nombre.

Pero continúa marchando con un arranque de todo su cuerpo... Es preciso olvidar a la pobre Ágata; hay que llegar al tren y acudir a la cita del Sol...

En todo el país trashuma hoy una parte ruidosa de la juventud con el alma abierta a los doce vientos del mundo.

Es un levantamiento raudo y lírico, igual que las emigraciones de las aves. Por los caminos de la tierra se cruzan las alas de los sueños y la canción de la mocedad, como en el campo de las nubes se levantan vuelos y trinos de los pájaros nómadas.

Y Helena siente la embriaguez de la ruta y de la copla, el afán de la holganza y el amor.

—¿Eres feliz?—le pregunta, excitado, Röger.

—¡Mucho, mucho!—repite ella locamente.

Se apoya con abandono en el hombre, y se entrega a la sorda continuidad de la vida, entre arrullos y besos, iluminado el rostro por la luna caminante...

CONCHA ESPINA

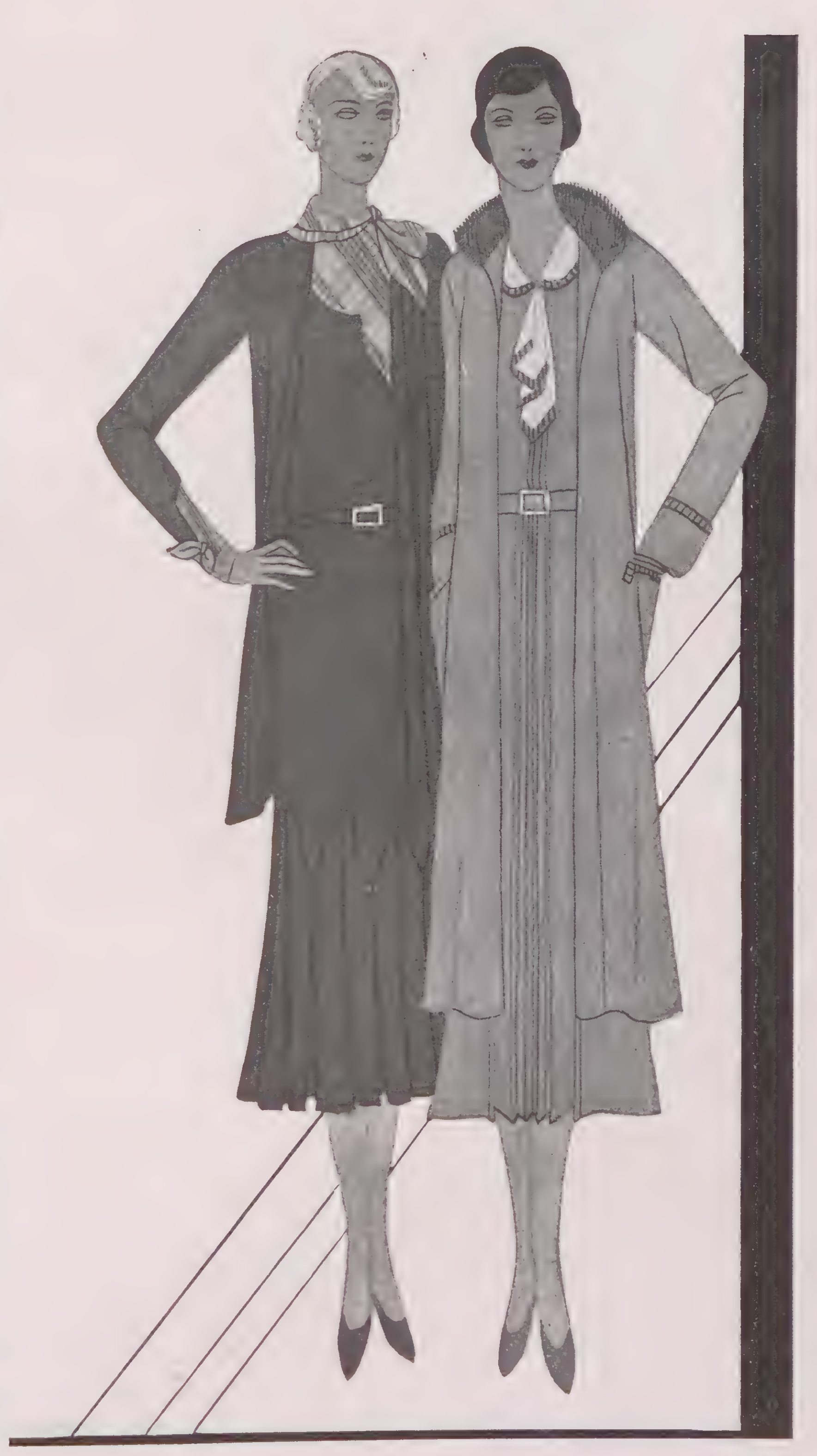
Madrid y diciembre de 1929.

NUEVOS CONJUNTOS PARA «SPORT»

LA CONTINUA BOGA DEL «TWEED»

MODAS

Encontrarán, en el dibujo de la derecha, una creación muy bonita de Jean Patou, hecha con ese tejido que ahora enloquece tanto a las parisinas: el tweed. Este conjunto para sport «muy parisino» se compone de un tweed grueso, negro y blanco que hace un dibujo muy acertado. La falda es bastante larga y adornada de pliegues profundos. La blusa, que tiene un corte muy esmerado, es de un hermoso crespón Sokol blanco. Un ejemplo de conjunto de sport para vestir es el dibujo de la izquierda. El modelo de Louise Boulanger es de gruesa «bourette», de lana y seda azul marino. El chaleco y la corbata son de ottoman escocés, gris, azul claro y azul oscuro. La chaqueta que completa este conjunto es sin mangas.



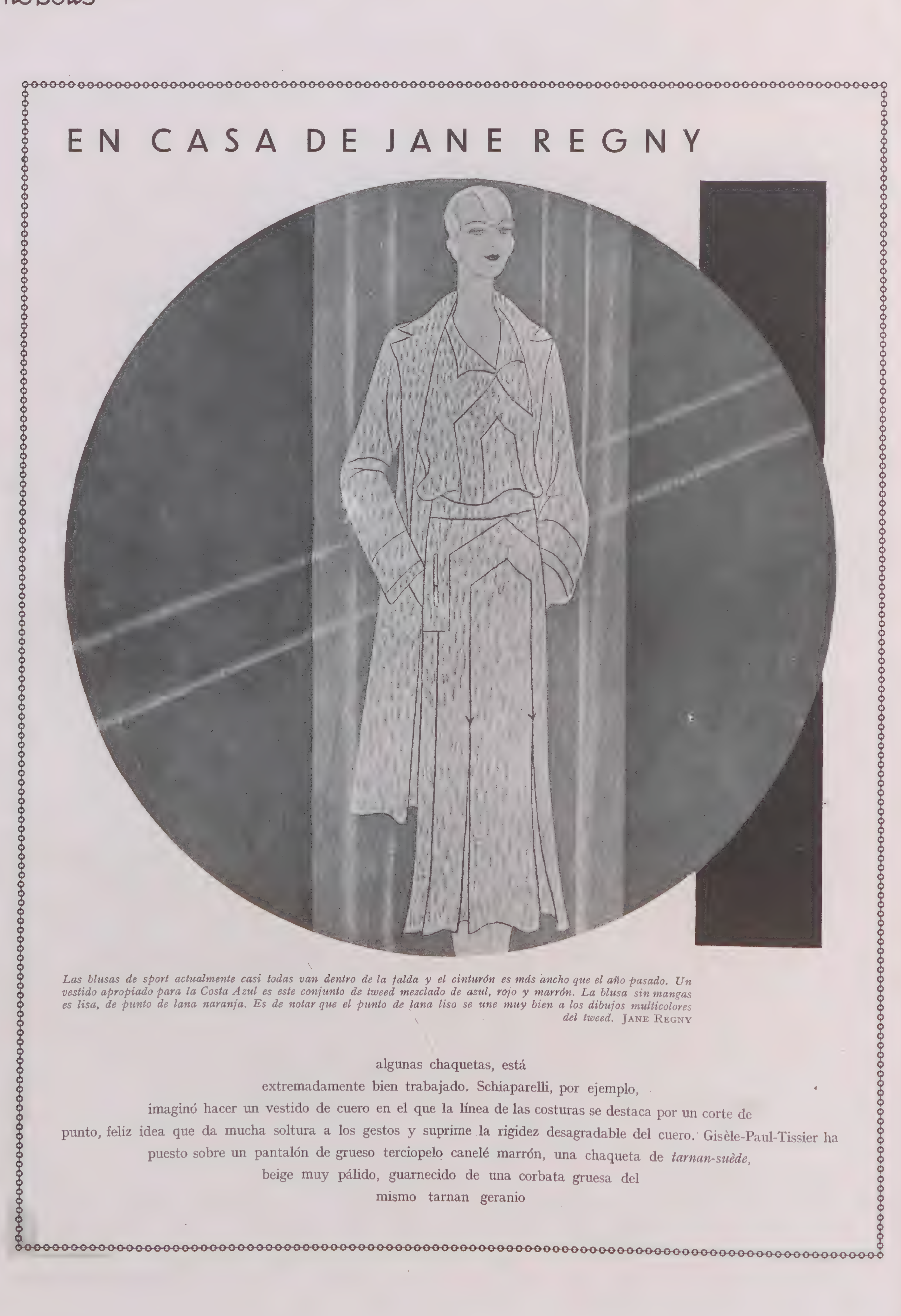
LOUISE BOULANGER, JEAN PATOU.

DESDE hace algún tiempo uno de los placeres más apreciados de las parisinas son los deportes de invierno. Mezclado a esto el snobismo, no se habla más que de nieve, de *skis* y de *bobsleigh*, se dan citas en los picos más escarpados de los Alpes o de los Pirineos, se preparan desde octubre, y en el mismo París, en las pistas bañadas en ácido bórico, a escalar las pendientes endurecidas de las montañas.

Los modistos han seguido tan bien la corriente como observadores perspicaces, que todos han creado la sección de deportes de invierno o rivalizado en los colores llamativos en la confección de los *jumpers*. Y el Palacio de Hielo tuvo la feliz ocurrencia de permitirles enseñar las nuevas creaciones en una noche de gala.

Primeramente los asistentes han podido apreciar que los vestidos de *skis* siguen siendo amplios, pero con un gran esmero en los colores y detalles. Así es, como el cuero, con el que se hacen

EN CASA DE JANE REGNY



Las blusas de sport actualmente casi todas van dentro de la falda y el cinturón es más ancho que el año pasado. Un vestido apropiado para la Costa Azul es este conjunto de tweed mezclado de azul, rojo y marrón. La blusa sin mangas es lisa, de punto de lana naranja. Es de notar que el punto de lana liso se une muy bien a los dibujos multicolores del tweed. JANE REGNY

algunas chaquetas, está extremadamente bien trabajado. Schiaparelli, por ejemplo, imaginó hacer un vestido de cuero en el que la línea de las costuras se destaca por un corte de punto, feliz idea que da mucha soltura a los gestos y suprime la rigidez desagradable del cuero. Gisèle-Paul-Tissier ha puesto sobre un pantalón de grueso terciopelo canelé marrón, una chaqueta de *tarnan-suède*, beige muy pálido, guarnecido de una corbata gruesa del mismo tarnan geranio

EL EMPLEO DEL «TWEED» DE PUNTO



Jane Regny ha lanzado este invierno un tejido que ha sido creado especialmente para ella y que tiene la flexibilidad del punto de lana. Hace con ello unos conjuntos encantadores, muy sencillos de línea, como el que vemos aquí, que es de punto de lana tweed chiné de dos tonos grises, con unos toques amarillos y negros de vez en cuando. La blusa es de crespón de China amarillo, y el cinturón de cuero gris. JANE REGNY.

que se cruza por delante y del que las extremidades pasan en dos grandes ojales hechos en la misma chaqueta. Un puño alto de tarnan geranio desaparece a voluntad debajo de los guantes largos, hechos a punto de aguja. Esta mezcla de colorido, de un gusto sobrio y muy moderno, ha tenido un gran éxito.—Ahora, he aquí chaquetas de tejido completamente nuevas de forma. Jane Régny lanza este año sobre sus largos pantalones afollados una chaquetita

El abrigo «Tres-Cuartos» para el viaje



El abrigo tres cuartos es una vestimenta práctica y que estorba poco para el sport y el viaje. Da a la mujer una silueta joven, que es encantadora en las «link» del golf o en los salones de los pullman-cars. Este conjunto de Jenny, de grueso tweed beige y azul, está completado por una blusa encantadora de punto de lana beige liso. JENNY

estilo *Etón*, muy divertida.

Otro de sus vestidos es negro, clásico del todo, pero alegrado por un ancho cinturón, anudado, de punto de lana amarillo, así como por una bufanda del mismo color enrollada alrededor del cuello. También me gusta mucho la idea tan alegre de Schiaparelli, que pone debajo de esta chaqueta cuatro *chandails* finos de diferentes matices que aparecen en el escote los unos sobre los otros. Esta fantasía, que permite *reglamentar* a voluntad

A Lucien Lelong le sigue gustando siempre el punto de lana



Desde hace algún tiempo se ha ideado sostener ligeramente la flexibilidad del punto de lana adornándolo con aplicaciones de lorzas o con cortes. Esto es lo que hace Lucien Lelong para casi todos sus vestidos de sport. La de aquí es de punto de lana beige y el cinturón, de ante del mismo tono, se cierra con una hebilla de oro. LUCIEN LELONG

el grado de calor del vestido, ha seducido mucho a los verdaderos deportistas que asistían al desfile.—Me disgustaría si no citase también el vestido de una pieza creado por Mary Nowitzby, especie de combinación en gruesa *bure* beige, abrochada delante, adornada por dos grandes bolsillos puntiagudos y un cuello de nutria.—Salvo algunas excepciones, como el vestido del que acabo de hablar, casi todos los pantalones son mucho más anchos y un poco menos

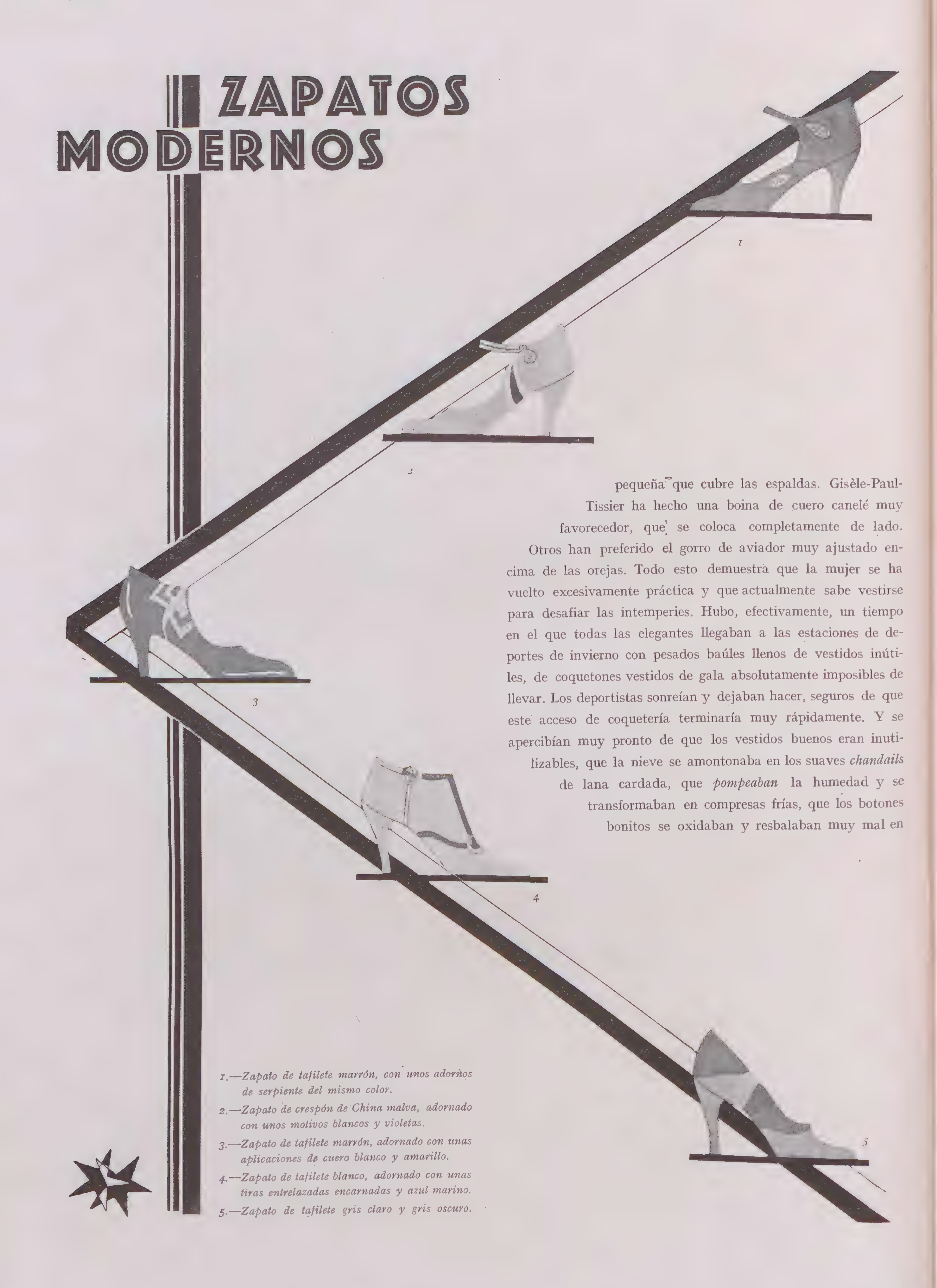
Los vestidos sencillos para la Costa Azul



A la izquierda, vestido «Viento del Sur», de Premet, de tweed mezclado de gris, beige y marrón. Los botones son de madera marrón y el cinturón de ante más oscuro. A la derecha, conjunto «La Festa», de London Trades. El vestido es de piqué de seda blanco, la chaqueta de punto de lana azul pastel y el cinturón de tulikasha impreso de azul pastel, azul marino y blanco. PREMET, LONDON-TRADEE.

cortos que los de los años precedentes. Los calcetines tienen un reverso en los mismos tonos que los guantes largos y que la bufanda. En cuanto a los zapatos, siguen siendo clásicos y tan pesados como se pueda desear.—Los adornos de cabeza, por el contrario, me han parecido que han variado bastante. Schiaparelli adopta una especie de capuchón, apretado alrededor de la barbilla, y que continúa en una pelerina

ZAPATOS MODERNOS



pequeña que cubre las espaldas. Gisèle-Paul-Tissier ha hecho una boina de cuero canelé muy favorecedor, que se coloca completamente de lado. Otros han preferido el gorro de aviador muy ajustado encima de las orejas. Todo esto demuestra que la mujer se ha vuelto excesivamente práctica y que actualmente sabe vestirse para desafiar las intemperies. Hubo, efectivamente, un tiempo en el que todas las elegantes llegaban a las estaciones de deportes de invierno con pesados baúles llenos de vestidos inútiles, de coquetones vestidos de gala absolutamente imposibles de llevar. Los deportistas sonreían y dejaban hacer, seguros de que este acceso de coquetería terminaría muy rápidamente. Y se apercibían muy pronto de que los vestidos buenos eran inutilizables, que la nieve se amontonaba en los suaves *chandails* de lana cardada, que *pompeaban* la humedad y se transformaban en compresas frías, que los botones bonitos se oxidaban y resbalaban muy mal en

1.—Zapato de tafilete marrón, con unos adornos de serpiente del mismo color.

2.—Zapato de crespón de China malva, adornado con unos motivos blancos y violetas.

3.—Zapato de tafilete marrón, adornado con unas aplicaciones de cuero blanco y amarillo.

4.—Zapato de tafilete blanco, adornado con unas tiras entrelazadas encarnadas y azul marino.

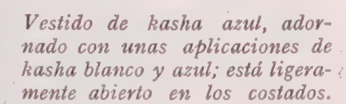
5.—Zapato de tafilete gris claro y gris oscuro.

PARA NUESTROS NIÑOS

los estrechos ojales, que el tejido de gruesa trama dejaba pasar el viento glacial, ¿qué sé yo todavía? Y se volvía pronto a esta averiguación, que el verdadero vestido de deportes es tanto más elegante cuanto más práctico, tanto mejor combinado cuanto más exactamente responde al servicio que se desea. Ya no tenemos deportistas de fantasía, y las elegantes patinadoras, cuya ocupación principal consiste en tomar el té en la terraza, no son las menos severas en el capítulo del vestido rigurosamente práctico.



Vestido de punto de lana Rodier blanco, azul lavande y negro, bordado de pespuntes encarnados abajo. Cinturón y corbata encarnada.



Vestido de kasha azul, adornado con unas aplicaciones de kasha blanco y azul; está ligeramente abierto en los costados.



Conjunto de «léda» amarillo y «osirya». Botones y hebilla de galalit amarillo y negro representando una cabeza de pájaro.

JENNY
BILLIOQUE,
DECRE
SOEURS.

Abrigo de terciopelo de lana beige rosado, vestido de crespón de China del mismo tono, adornado en el escote con unas aplicaciones rematadas con unas conchas.

EL DESFILE DE LA MODA DEPORTIVA



JANE REGNY, SCHIAPARELLI, GISELE-PAUL-TISSIER, MARY NOWITZKY D'AHETZE.

1.—Vestido para deportes de invierno, de gabardina gris, de Jane Regny. El pantalón es muy ancho abajo; la chaqueta es corta y muy ajustada.

2.—Conjunto para deportes de invierno, de Schiaparelli. El pantalón negro tiene unos bolsillos con cierres «éclair». Los cuatro jerseys superpuestos son encarnado, amarillo, verde y violeta. El adorno es de punto amarillo.

3.—Conjunto para deportes de invierno, de Gisèle-Paul-Tissier. El pantalón es de terciopelo marrón. La chaqueta, de ante beige y naranja, cubre un sweater de estos mismos tonos. La bufanda es naranja.

4.—Conjunto para deportes de invierno, de Mary Nowitzky, de grueso punto de lana color oxidado. El cuello y los bolsillos son de castor y el cinturón de cuero beige.

5.—Conjunto para deportes, de D'Ahetze. La chaqueta es de cuero cuadriculado en negro y rojo. La falda es de lana con el mismo dibujo. El cuello y el cinturón son encarnados.

EN EL PALACIO DE HIELO DE PARÍS



1.—Conjunto para deportes de invierno, de Hermès. El pantalón es negro; el jersey, la boina, los guantes y el portamonedas son de punto negro, adornado de encarnado y blanco.

2.—Conjunto para deportes, de Gisèle-Paul-Tissier, de Gleneagles Paul Brion, amarillo y negro. El bolero corto cubre una blusa de punto de lana amarillo que entra dentro de la falda.

3.—Uno de los hermosos abrigos presentado por las Fourrures Max. Es de armiño y de una línea muy moderna. El cuello y las pulseras de las mangas son de zibelina.

4.—Abrigo presentado por las «Fourrures Max», de potro beige, guarnecida de anchos «panneaux» y de una gran cola de la misma piel marrón. El sombrero es de piel beige.

HERMES,
GISELE-PAUL-TISSIER,
PIELES MAX.

Consultorio de belleza

TAQUIMECA

Use el Arrebol para las mejillas, y no la pasará eso. Haga la siguiente mezcla: glicerina, 25 gramos; agua de rosas, 10 gramos; ron, 25 gramos. Moje un cepillo que sea suave y páseselo por las cejas. Debe cuidar no queden partículas de polvo. Use el Sudoral sin ningún cuidado.

MARUJILLA

Puede hacer una mezcla con una clara de huevo, 20 gramos de cera virgen fundida al baño de María y una pequeña cantidad de aceite de almendras dulces. Póngase un poquito sobre las uñas por las noches; esto las hace crecer finas y brillantes. Dése fricciones con colonia Flores del Campo.

DIAMANTE

El Jugo de Rosas líquido la evitará todas esas molestias. Mezcle una clara de huevo, glicerina y limón, y déselo en el rostro; después de bien seco puede maquillarse.

CATALANITA

Use el tono rosa y el rachel mezclados y la sentará bien. Como polvos buenos, puede usar los Freya. Yo en su lugar usaría las pinzas mejor que un depilatorio; si la doliese, póngase una capa de *coldcream*. El Humo de Sándalo favorece muchísimo.

M. L. R.

Dése unas fricciones con hielo después de bien limpios los poros. Como elixir puede disolver en medio cuartillo de agua hirviendo una cucharada pequeña de bórax en polvo, otra de alumbre y media de bicarbonato de sosa, cuidando esté bien disuelto todo.

GARDENIA

Para mejorar el cutis grasiento puede usar los polvos de talco por la noche al acostarse. Si esto no le bastase, úntese todas las noches el rostro con glicerina fenicada; la producirá un gran sudor, pero es efecto de la glicerina. Al otro día puede lavarse con jabón, para quitárselo bien. Respecto al perhidrol que debe usar, puede preguntar por ello en las farmacias y droguerías.

MARIBEL.

CONSEJOS ÚTILES

PARA LA ADQUISICIÓN

de alhajas, medallas, espapulariss, artísticas esculturas de marfil del Sagrado Corazón, Purísima, etc., y relojes tengan presente los señores compradores la Joyería de Pérez Molina, Carrera de San Jerónimo, 29, Madrid, de gran confianza. Teléfono 12.646.

LA ÉPOCA ESPAÑOLA DE MANET

POR
CAMILO
MAUCLAIR



Camilo Mauclair, nuestro distinguido colaborador, cuyas vibrantes crónicas, impregnadas de recio españolismo, están siendo muy favorablemente comentadas.

UNA de las más felices particularidades de la atmósfera madrileña es la de conservar en las pinturas, por su clara sequedad, toda su primitiva frescura. Cuando se penetra en las salas del Prado, en las que reina Velázquez, el más pintor de todos los pintores, en el más amplio sentido intrínseco de esta frase, se tiene la impresión de que se ve una exposición de obras acabadas la víspera. Hasta los mismos negros que este colorista único ha mezclado con los grises y rosas con encanto tan singular, siguen siendo colores vibrantes y vivos. En las fotografías no se pueden apreciar las pinturas; llegan hasta traicionar las suposiciones que ha podido hacer un ojo experto en la materia. Hay que venir, hay que verlo; ya en el umbral se da uno cuenta de toda la futilidad que se había imaginado; hay que contradecirse, y llega uno a formarse otro juicio completamente distinto.

Únicamente de este modo se puede medir en esas salas maravillosas lo que Manet sintió delante de Velázquez, y también delante de Goya, así como lo que tomó de ellos, con la franqueza y honrada sumisión de un alumno dócil.

Esta calidad de frescura tan bien conservada debió ser lo que llamó primeramente la atención de este joven francés, recién escapado del taller de Tomás Couture, de sus ganancias y de sus salsas rojas. Retratos como los del escultor Montañés o del bufón Pablillos hicieron comprender a Manet lo que podía ser un negro puro en la luz, cuando un maestro con ojo y mano impecables sabe posarlo sobre un lienzo. Valuó la gran sencillez, primer secreto del estilo. Los retratos hechos por Manet del actor Rouvière y del cantante Faure, los dos representados en los papeles de «Hamlet», no fueron otra cosa sino reconocidas imitaciones velazqueñas. Por esto podemos comprender que Manet se esforzó, antes que en nada, en estudiar la indumentaria, los fondos grises con tonalidades doradas, las carnes mates pintadas con grandes contrastes de luz y sombra, sin pasar por medias tintas ni por claroscuros, y hasta las sombras proyectadas por las piernas. Este estudio encarnizado era lo único que le importaba, como si hubiese hecho copias directas del gran español; los asuntos a los cuales él lo aplicaba le interesaban poco; era y fué siempre demasiado pintor para no sacrificarlo todo a los problemas técnicos. Estas obras, con otras muchas, no levantaron en París ni extrañeza ni cólera, a causa de la increíble ignorancia en la cual, desde 1850 a 1870, se encontraban los pintores académicos acerca de la pintura española, y en particular de Velázquez. No se preocupaban más que del arte grecorromano y del Renacimiento italiano, que desnaturalizaban. Y, pese a Mérimée, a Teófilo Gautier, al hispanismo de Hugo, los románticos no estaban mejor informados.

Joven de cultura bastante superficial, pero amante de la realidad, con un buen sentido y dotado de un temperamento magnífico. Manet procuraba instintivamente alejar el convencionalismo y

LA ÉPOCA ESPAÑOLA DE MANET

dar la impresión de la vida física por los medios más sencillos. Para él, Velázquez era un clásico que comprendió al punto; pero no fué de su talla. Los personajes del genial español puede ser que no vivan una vida subjetiva muy profunda; pero podemos atrevernos a decir que alienta más en sus enanos, gente menuda y meninas, que en sus personajes de Corte; pero todos viven; hasta en la enfermedad y en la fealdad, conservan esta distinción especial que da el acierto supremo del pincel. Las figuras de Manet, algunas veces parecen de madera y demasiado vulgares. Basta comparar las efigies del populacho y de muchachas que más tarde pintó con estos bufones tristes y estos pensativos enfermos a los cuales Velázquez supo dar tanto carácter, para poder apreciar la distancia del genio al talento. Y Manet no ha sido capaz, como ninguno de sus amigos impresionistas fué capaz (entre éstos no hay que contar a Degas), de realizar un retrato con expresión intelectual. Sin duda alguna, el joven realista francés encontró en Velázquez algunos de esos soberanos acordes que después transmitió el diestro Whistler inspirado en los infantes. Los negros y grises de Manet, para todo colorista moderno, significan algo extraordinario, y esto no es sino un fragmento de la herencia del pintor de Felipe IV.

Además de Velázquez, Goya también apasionó a Manet. De él no tenemos estudios de paisajes, ni de monumentos españoles, aunque esto se observa en torno a su figura. Barrés, por ejemplo, notó, y no sin razón, que las tonalidades sombrías de los paisajes de Toledo recuerdan los tonos de Manet, del que puede decirse que sólo vino a España a tomar una lección de técnica en los Museos. Imitó a Goya todavía más que a Velázquez, pues en él su imaginación y su realismo fueron cautivados al mismo tiempo. No se puede pensar en la famosa, en la puede que demasiado famosa *Olympia*, sin pensar en la *Maja desnuda* de Goya. Todo invita a ello: la postura, la colocación de los cojines y de la cama, la naturalidad de la carne. La *Maja* es, sin comparación, mucho más majestuosa, más femenina, más hermosa; es una obra maestra, mientras que la *Olympia* es un esfuerzo reactivo, un cuadro «de combate», de los más interesantes, si se une a la historia artística de su tiempo, pero que, por su única belleza, cada vez se sostendrá menos, a medida que pasen al olvido el recuerdo de las discusiones de este período. Al lado de la figura tan sutil de la *Maja*, de su cuerpo lleno de gracia, resumen de todo el atractivo del tipo madrileño, *Olympia* parece estar paralizada, triste y hasta inferior. Goya no necesitó ni una negra, ni un ramo envuelto en papel blanco, ni un gato negro, para hacer resaltar la carnación de uno de los desnudos más deliciosos que se ha podido crear. Con su honradez acostumbrada, Manet demostró que necesitaba todos estos artificos para no fracasar.

Las pinturas o aguafuertes que Goya consagró a la tauromaquia llamaron de tal modo la atención de Manet que hizo vestir de toreros a varios amigos suyos o modelos; por ejemplo, Victorina, el modelo desnudo que se ve en el *Déjeuner sur l'herbe*, lo disfrazó de hombre. Se esmeró en su *Guitarrero*, con lo que se granjeó las simpatías de Teófilo Gautier; a la *Lola de Valencia*, Baudelaire la honró con una redondilla. Emprendió un gran asunto, pero de éste no conservó más que un fragmento, siendo desde luego muy hermoso el *toréador tué* que está tumbado en el primer plano del cuadro. Existen aún de esta época varios dibujos, en los cuales la imitación se ha manifestado francamente. Todo esto produce hoy en nosotros una impresión un poco penosa; parecen deberes de un alumno aplicado que todavía no ve las cosas más que a través de los cuadros amados y se abstiene de adquirir personalidad hasta que llegue a saber bastante; confieso que esto es infinitamente mejor que la absurda pretensión de los «fieras» actuales, que empiezan por hacerse «una personalidad» antes de haber aprendido el oficio. Pero más tarde Manet hizo cosas mejores. Cuando se le antojó hacer un cuadro de historia relacionándolo al estilo moderno se apoderó de un asunto que le ofrecía la actualidad: la ejecución del emperador Maximiliano de Méjico, que fué fusilado en los fosos de Querétaro. Hizo de ello un gran lienzo, con variantes. Fué exhibido, y la curiosidad pública se excitó. A pesar de sus habituales cualidades técnicas, es una obra defectuosa, una viñeta agrandada, ficticia, fría y bastante vacía. Y, sin embargo, se inspira claramente en lienzo en que Goya, bajo los fusiles de los soldados de Murat, llevó adelante a los sublevados de Madrid en la sangrienta noche de mayo de 1808. Solamente el genio de Goya lo transporta a lo inmenso por la vida frenética, el elocuente horror, los siniestros efectos de luz y la mímica de los desesperados. Goya ha lanzado un grito inmortal de justa reprobación. Manet manejó un tema que ignoraba y que no le conmovió. Esa composición paralizada fué, desde luego, el único ensayo que hizo en un estilo para el cual no se sentía atraído. Y prudentemente supo abstenerse de penetrar en el trágico y extraño universo de los ensueños y alucinaciones de Goya; de sus *Caprichos*, de sus escenas de cárcel y de suplicio, de sus últimas pinturas, que fueron falsificadas por el gran colorista belga Janes Ensor y parodiadas de una manera tan vulgar, tan impotente, por el francés Ronault. Por último, se encuentra también la influencia española mezclada con la de Ticiano en los dos Cristos realistas que hizo Manet y que sólo fueron ensayos sin consecuencias, simples fragmentos de taller sin estilo y sin fe; pretextos de estudio.

Se puede comprender que no es mi pensamiento rebajar ni quitar mérito a Manet. Quiero restablecer sencillamente las justas proporciones, demasiado a menudo falsificadas por la precoz crítica actual, que califica de genios a hombres de talento y que prodiga este elogio temible y supremo. Manet fué muy desigual; a pesar de sus defectos y de sus fracasos es desde hace más de medio siglo el pintor francés más importante, por la osadía de su personalidad, por las consecuencias de su reacción violenta y sana contra un arte oficial que se moría. Nadie se expuso tan generosamente a la burla y a las injusticias que tuvo que sufrir, pues este artista, que pasaba por provocador, era modesto, sensible, lleno de probidad y de sinceridad. Era un clásico que se ignoraba, con unos dones naturales magníficos; mucho más que su manera de pintar fueron precisamente sus asuntos los que asustaron a la opinión. Pero él *hispanizaba*, y en su tiempo no se conocían como clásicos más que a los que *italianizaban;* no comprendían ni remotamente el verdadero arte español. Un error funesto cortó dolorosamente su carrera, se debilitó en la lucha, murió a los cincuenta años y no pudo cumplir más que a medias su gran destino. Creo que no soñó con recompensa mayor que el de saber uno de sus mejores lienzos colocado en el Prado, no lejos de los dioses de su juventud, con esta sencilla inscripción: «Eduardo Manet, Aragonese», del mismo modo que Stendhal soñaba con que pusieran sobre su tumba: «Arrighi Beyle, Milanese». Su época española le fué muy querida, hasta cuando se consagró al realismo parisino y, por fin, al impresionismo, bajo la influencia de Claudio Monet. Sólo he querido recordar que el *leit motiv* de los grises y negros de Velázquez, de las actitudes de Goya, reaparece en toda su obra, y que nada lo demuestra tan claramente como una visita al Prado.

CAMILO MAUCLAIR

GARBO Y DONAIRE DE UNA PROSA

I



Si la prosa de tantos de nuestros famosos clásicos nos aburre es—así lo creo—porque arrastra demasiado rumbo.

Rumbo en los dos sentidos: en el de orientación ética excesiva y en el de vistoso atuendo—sastrería y joyería—. Hasta el punto de que a esta prosa nunca se le ven los pies. Mucho empaque en las faldas—diría Nietzsche—. Hacen crujir desaforadamente los volantes del período. Quieren, como las damas de su época, esconder bien los chapines. Párrafos y mujeres construídos en forma piramidal. Inicios pomposos, delgadez en el centro, eclosión floreal, remate fascinador. (De los pies a la cabeza, el pudor va perdiendo gradualmente intensidad. Los pies se pierden, se persiguen atolondrados buscando el foco de una amplia circunferencia. El busto se ofrece algo más cínico: idolillos adorables, frutos gemelos—ojos, senos, mejillas... —o impares—la boca, el cuello, la frente, un lunar...)

Las hembras y los párrafos marchaban pesadamente. El cuerpo y la idea se sometían al traje, no al revés. De modo que el cuerpo y la idea apenas sabían ir desnudos, andar sin trabas. No conocían el arte de someter el traje y las palabras a la graciosa desnudez del cuerpo o de la idea.

Parece que es difícil a quien posee un buen guardarropa sastreril o retórico prescindir de él, lanzarse a la calle con una delgada muselina pegada al cuerpo, con un esquemático *maillot*. En todos los tiempos se ha sentido miedo de revelar las verdaderas formas. A trueque de perder dos seducciones: el garbo y el donaire.

(Garbo: «Gallardía, gentileza, buen aire y disposición del cuerpo»—y de la idea—. Donaire: «Discreción y gracia en lo que se dice. Agilidad airosa del cuerpo—y de la frase—para andar...» Atengámonos a definiciones consagradas.)

El esquemático *maillot* y la delgada muselina van hoy triunfando sobre los hombres y sobre los pensamientos. Ya el pudor no exige formas piramidales, y penachos con que jugar el viento. El pudor se reparte equitativamente por todo el cuerpo femenino, y por todo él se reparte el garbo y el donaire... cuando existen. Los pies han aprendido esos idiomas de inquietud, de coquetería, de otras muchas cosas, que antes sólo conocían los ojos y algún abanico. Los pies—en la mujer y en el escritor actuales—ya se atreven a lanzarse al tremendo espectáculo de su propia marcha.

El garbo y el donaire crean un estilo dinámico: el estilo de hoy. Nunca faltó entre los escritores de ayer, pero era preferido el estilo mecánico: que el período pudiera desmontarse, como un reloj, por el obrero de la sintaxis.

2

¿Cuál es la razón de este garbo y donaire de algunos—no muchos—de nuestros prosistas contemporáneos? (Son escasos, porque la inteligencia tiende a la lentitud, y hace falta, supuesto que haya inteligencia, fustigarla cada minuto para que *avive*, para que vivifique el paso.)

La razón puede ser ésta: Que el prosista actual es más nervioso y sabe romper a tiempo el compás. Domina—o le dominan—el contrapunto y la fuga. Se evade de todo solemne cortejo, suelta *el paso* y se mete en un bar a inyectarse inquietud.

Aun quedan prosistas que se sientan frente al río, entre las célebres cañas pensantes, a acompasar el ritmo de su espíritu con el ritmo lento del agua. Miden el tiempo con el metro cósmico elemental. Pero ya *Azorín* demostraba que se puede representar el cosmos—las nubes, lo más lento—en abreviatura. Aplicando al espectáculo no un monumental cronómetro, sino uno de esos rebeldes relojitos de pulsera, un pulso individual. Un viaje a cien kilómetros por hora y un viaje en carreta pueden ser expresados con un mismo compás.

La prosa actual no resiste—no debe resistir—estaciones ni adjetivos preestablecidos en ninguna guía. Su viaje es a campo traviesa. La buena prosa actual es, como siempre, una rica, una costosa arquitectura; pero hoy no resiste—no debe resistir—esas relucientes bolas, con su cruz o su media luna, que rematan el artefacto. De-



GARBO Y DONAIRE DE UNA PROSA

bemos hoy llamar escritor equilibrado precisamente a aquel que siempre esté dispuesto a romper todo equilibrio, porque supo hacerse dueño de él; que esté dispuesto a salirse de estampía, precisamente porque domina plenamente el instrumento, porque nunca es dominado por su propio estilo.

Precisión, claridad, vivacidad... Quien no alcance esas cimas no puede ser buen escritor actual.

Y buen humor. Que lo mismo puede tenerlo el saltimbanqui que el filósofo. Se trata de un verdadero riesgo, y el saltimbanqui de la idea lo corre siempre mayor. El saltimbanqui de la palabra suele pisar terreno firme. O le aguarda la Academia con su red. Un terreno apisonado por los otros; unas palabras ya con prestigio propio: cubiletes o platos que el sufrido clasicismo paga si se rompen.

El saltimbanqui de la palabra apenas arriesga nada. Por eso, cuando su juego termina, suele ir a sentarse en los sillones de la docta Academia. Mientras el saltimbanqui de la idea nunca da por terminado el juego. Trabaja sin red, con ideas sin prestigio propio, a la intemperie... Y suele quedarse a la intemperie, sin sillón. Se sienta Marinetti, acaba por no sentarse Nietzsche.

(Muchas veces el saltimbanqui de la idea acaba por sentarse en el banquillo.)

3

Al hablar del garbo y del donaire en la prosa española contemporánea pensaba siempre en Antonio Espina, y, concretamente, en su *Luis Candelas, el bandido de Madrid*, recientemente aparecido. Porque sabíamos lo bien que su prosa se ceñía para dar la vuelta al ruedo, pero queríamos que se saliese del ruedo, que mantuviese su gracioso dinamismo durante una larga maniobra, durante un largo libro. Y aquí lo tenemos ya. Queda realizada la experiencia. No es el ruedo con los mismos—y acaso afines y aficionados—espectadores, sino el camino real, entre gentes de toda calaña y estirpe. Y del brazo de un *Candelas*. Que no es ir precisamente del brazo con nuestro respetable poeta y erudito D. Luis de Góngora.

¿Cómo irrumpe nuestro autor en el sector de vida del que ha de hacer después un espectáculo?



Antonio Espina, autor de «Luis Candelas», recientemente publicado por la editorial Espasa-Calpe

«Antonio Espina—decíamos en otra ocasión—se acerca al mundo que le rodea con un aire de detective—de jovial detective—siempre receloso. Penetra en él de soslayo. Le hurta el cuerpo, pero el perfil que de él hunde en las cosas es el más duro, a veces el más agresivo. Penetra en su mundo como un ágil torero, como un triunfador, previo el astuto examen del frente por donde prefiere acometer. Espina ve el bosque, árbol por árbol.

Es de los escritores que están siempre a la ofensiva. Es, pues, de los escritores masculinos. Porque hay otros, los fácilmente dispuestos a dejarse prender por cualquier estímulo, a entregarse a cualquier categoría; escritores femeninos, a la defensiva, pasivos, que no suelen decidirse a eliminar amantes; tipo frecuente—Proust, Stendhal—entre los novelistas. Cualquier mohín de las cosas, un menudo repliegue de su vida, les tienta, les zarandea, les posee. La sensibilidad predomina en ellos. Se estremecen, son víctimas a cualquier aldabonazo.

Antonio Espina se asoma—cauto, reflexivo—por la ventanilla de la razón y acude o no a abrir al recién llegado, según convenga al inquilino. Su labor más grata—y más profunda—es, precisamente, ahuyentar estímulos con el látigo de su humorismo. En *Luna de copas* elimina muchos impertinentes vagabundos de la literatura, esos hampones conceptos tan frecuentes en los libros donde no suele haber cabina para el detective ni ventanilla para el crítico. Antonio Espina se reserva—hasta el ensañamiento—el derecho de admisión.»

4

Luis Candelas es un libro escrito con donaire. Antonio Espina, durante esos doce capítulos, ha sabido *burlarse con gracia* de su héroe, y este es precisamente el llamado donaire. El *esprit*.

Porque el *esprit* no es otra cosa que donaire. Ceñirse gentilmente al objeto, pasear con él a lo largo de un libro sin perder alegría y perdiendo a cada instante el ritmo para recuperarlo en el momento siguiente, llenando el intervalo con una graciosa pirueta. Tener siempre en la mano la fantasía, como un abanico, para situarlo de frente o de perfil, según se intente desnudar o soslayar el tema... Donaire es un producto complicado: sensibilidad a través de una criba inteligente, voluntad de coquetería, agilidad en el ritmo de la mente—porque la inteligencia tiende a caminar a paso de buey—, vivacidad, jovialidad... Resulta que donaire—esta cosa encantadora de que rebosa el libro de Espina—es el mismo *esprit*, puesto en buen castellano.

5

El garbo, en *Luis Candelas*, alguna vez tenía que bordear la majeza. ¡Qué sutilmente la bordea! De pronto la prosa parece haber sido escrita no por el biógrafo, sino por el héroe. Por el héroe trasplantado a nuestros días, pues el auténtico Luis Candelas—romántico y, como tal, de estilo triste—nunca hubiera podido escribir sino algo así como unas *Memorias de ultratumba*. Por el héroe espectador de sus propias aventuras, pues el auténtico nunca hubiera visto sino más allá de sus narices, y el héroe de Espina es capaz de ver más acá, signo de extrema agudeza, es decir, de autocontemplarse.

«Un buen ladrón de los que saben su oficio—anota el biógrafo—, posee ante todo excelente nariz. Fina pituitaria y rapidez olfativa. Por supuesto, la nariz y el sentido de la olfación tienen una importancia inmensa en la vida de cualquier persona... Ella es el gancho con que atrapamos las cosas. El sustentáculo de las gafas de vidrio y de los espejuelos de la fantasía. El arpón con que pensamos las grandes ideas que flotan en la atmósfera... La nariz es la proa del ser...»

También un buen biógrafo de los que saben su oficio habrá de poseer, ante todo, excelente nariz. Metido de rondón en un fenómeno vital, también sus diagnósticos han de ser anotados en vivo. No en vista de un documento, sino de una personal resurrección del personaje, con el peligro de dejarse contaminar por él. Y este personaje—Luis Candelas—irradiaba tal atmósfera, a ratos canalla, y bronca a ratos, sentimental y cursi, que sumergirse en ella era correr una peligrosa aventura. Por un lado acechaba el folletín, por otro la turbia novela pícara. No dejaba de acosar la insoportable erudición foklórica... Cruzar airosamente, bien ceñido, por tales desfiladeros, sin perder una brizna de su estilo, creo que ha sido el acierto mayor de Antonio Espina.

Y otro, el no haber dibujado la caricatura del héroe, sino el retrato del héroe; eso sí con un halo humorístico. Era de esperar. La caricatura—cosa es bien sabida—es implacable, mientras el humorista prefiere cultivar la simpatía a condición de simpatizar con garbo. La simpatía es hija de la comprensión; la simpatía auténtica, no el *contagio afectivo*, según la definición de Max Scheler. El secreto del buen humorista es que conoce todos los secretos del tema, no como la vieja caricatura, que se limita a rondar la superficie. El humorista puede llegar a lo más hondo, sin perder, claro es, el ritmo gracioso de sus pies. Puede tañer el arpa, rozar lo solemne, lo entrañable de las cosas: su poesía.

He aquí la labor de Antonio Espina en su reciente libro. Llegar al umbral de la misma poesía—al corazón del tema—pasando por foklorismos, por majezas, por todas las picardías, por todos los estratos caricaturescos de la época, de los tipos, de las costumbres, de un grupo de hombres ilegalmente incrustado en otro grupo legal. Llegar a la medula del personaje arrostrando todos sus pintorescos alrededores.

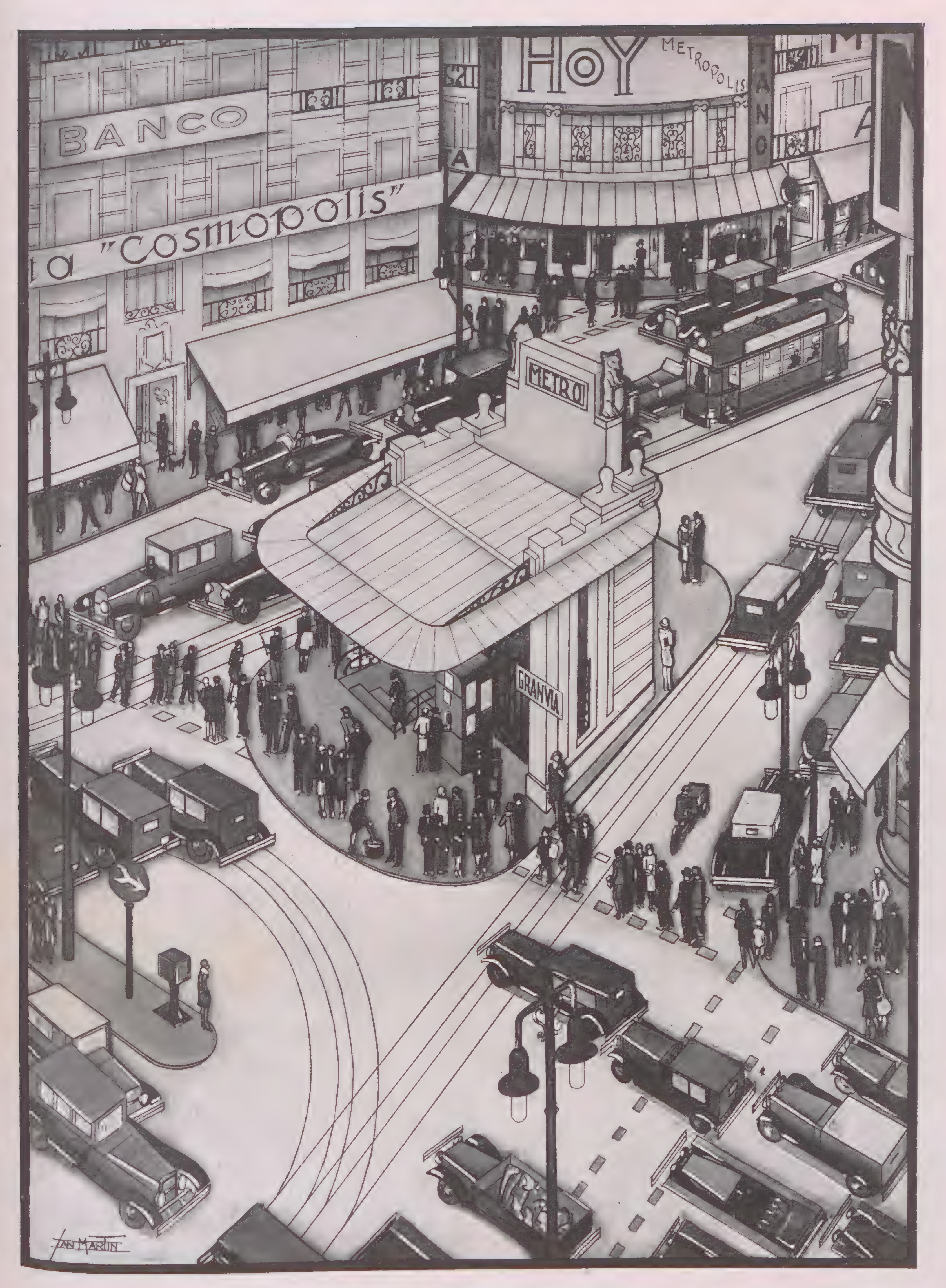
Con paso menudo, en alto la nariz—«arpón» de grandes ideas y de enjutas imágenes—. *Luis Candelas* es un libro humorístico: gran hallazgo siempre. Sobre todo para aquellos que sepan conceder al humorismo todas sus prerrogativas. En pocos libros españoles podríamos señalar, como en éste, tal garbo y donaire.

Dibujo de Rivero Gil

BENJAMÍN JARNÉS



Madrid de ayer. (Capricho de San Martín)



Madrid de hoy. (Capricho de San Martín)

Las Exposiciones de Pintura en Madrid



Dos aspectos de la Exposición de Artistas Independientes, celebrada en el salón del «Heraldo de Madrid»





Un rincón de la Exposición Lezcano

Rigoberto Soler







Marisa Roesset y Gisela Ephrusi

Fotos Marín.



EL CAZADOR DE PAJARITAS

Por Samuel Ros

Ilustraciones de Santa Cruz.

Entre la balumba de sus negocios ciudadanos se acordó un día del campo. Fué en una fiesta imprevista, marcada por el calendario político, sin el rojo santoral que pone pautas de esperanza en los almanaques negros.

Al recuerdo del campo siguió una visión de su adolescencia, y entonces, evaporándose los primeros deseos vagos de sustituir las sombras ciudadanas geométricas por las otras sombras libres de los despoblados, exclamó con el rubor feliz de los grandes hallazgos: «Quiero ser cazador.»

Formulada la idea, ya no era posible retroceder y se entregó con furia a sus recuerdos de caza. Acostumbrado a la tiranía de los números ciertos, sintió en su imaginación la dulzura de aquellas automentiras que iba pensando...

Sintió retoñar en sí al hombre cazador, porque, en realidad, cazar es una costumbre que no puede extirparse sin dejar raíces; es como el cáncer de las aficiones, ya que la caza será siempre inagotable, como lo es el virus de la enfermedad. Sólo el lírico cazador de mirlos blancos supo después de conseguir la última pieza que ya nunca volvería a ser cazador.

Animado por su resolución, el hombre de negocios se lanzó a la calle hasta tropezar con el mejor escaparate de objetos de caza. Allí se extasió contemplando las escopetas de cañones brillantes por donde patinan las miradas *sui géneris* de la puntería; las cartucheras como cinturones de contrapesos graduables, al modo de los lastres que llevan los globos rodeando sus barquillas; las cantimploras que prometen hacer el agua inmejorable que se bebe en los desiertos; y sobre todas las cosas, la perdiz-reclamo que, encerrada en su jaula verde, marca la soberanía que tienen los maniquíes en los escaparates sobre el resto de los objetos.

Elegidos *in mentis* sus nuevos arreos de caza, se encaminó al Círculo en busca del grupo de cazadores que siempre había despreciado. Aquella tarde encontró grata su compañía y se unió al coro de anécdotas, saboreando como caramelos las cifras falseadas que le arrojaban al fin de cada cuento.



Cuando se quedó solo con el cazador más empedernido, aquel que conservaba perpetuamente en su ojo izquierdo el guiño homicida de la puntería, exclamó, sin poderse contener:

—Mañana salgo de caza por una temporada larga.

Pero el cazador auténtico, el que nunca había roto en sí mismo la afición, le dijo, indignado:

—Es una inmoralidad no respetar la veda, ¡señor mío!

—¡Ah! ¿Usted cree?

—¡Que si creo! Yo nunca disparé un cartucho durante la veda.

—Bien, lo comprendo. Entonces, tendré que esperar...

—Así debe de ser; con eso demostrará que es usted un buen cazador.

EL CAZADOR DE PAJARITAS



Esta última frase convenció al hombre de negocios, y tan íntima se hizo la nueva amistad que decidieron cenar juntos en el Círculo para continuar la conversación y asistir al estreno de una película de caza mayor.

Ya muy tarde, después de la película, que había exaltado sus ansias cinegéticas de cazador renacido, se despidió de su amigo en una calle extrema y se dispuso a regresar a su casa. La noche era tan hermosa, tan de víspera de gran cacería, que él caminaba despacio para aprovechar mejor el último resto de la fiesta imprevista.

Por primera vez el bastón adquiría en sus manos aire de escopeta alerta, y pronto se dió cuenta de que sus pasos eran sigilosos, con el sigilo legítimo de los cazadores, no con el otro condenado de los ladrones.

En una bocacalle se le unió providencialmente un perro perdido, que fué como un marchamo de garantía para su condición de cazador. Entonces, él caminó tras el perro que venteaba rastros—el extremo de los rastros que une espiritualmente la ciudad al campo—con el andar imprevisto que hace infatigable la marcha.

Ante un café decidió hacer un descanso, y entró allí después de descargar prudentemente el bastón, que en sus manos había tomado aires de escopeta.

Mientras le servían el coñac quiso recordar cuándo se alzaba la veda, la maldita veda que le privaba entregarse en seguida a su afición renacida; pero le era imposible recordar y... De pronto se quedó paralizado, con esa ansiedad del descubrir la pieza: en una mesa fronteriza había una bandada de pajaritas de papel, recién fabricadas por una señorita impaciente.

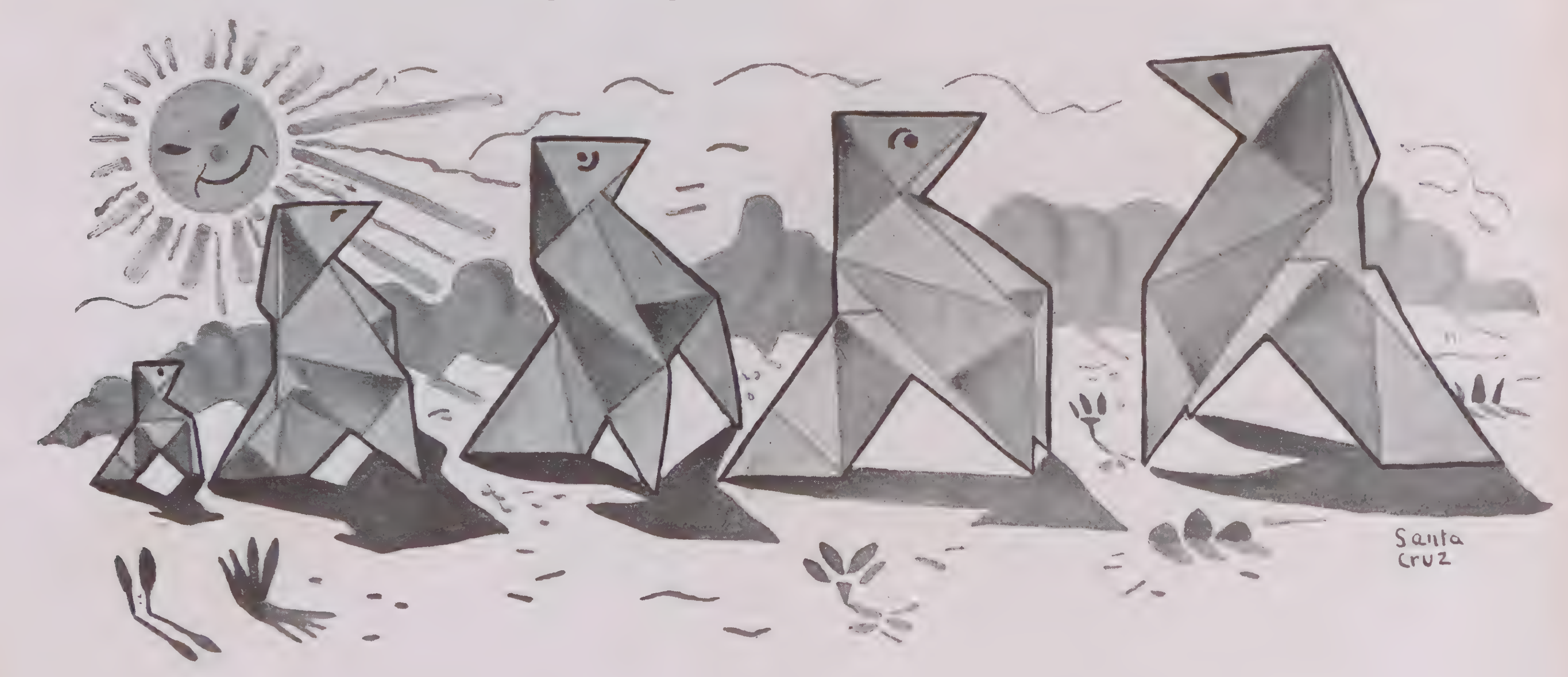
El cazador, recordando el escaparate de sus deseos, tuvo una idea magnífica: sacó de su cartera una hoja en blanco e hizo con ella su pajarita-reclamo, que encerró bajo un vaso. Después esperó, haciéndose el distraído y conteniendo la respiración.

En la bandada de pajaritas hubo primero un revuelo intranquilo al escuchar el canto de su compañera; pero al fin se fueron confiando, y la más atrevida, ayudada por un soplo de aire de la puerta, llegó en un vuelo junto a la pajarita-reclamo. El cazador la mató de un papirotazo.

Así fué él acabando con la bandada de pajaritas, y cuando las tuvo a todas engarzadas por el pico en la cadena de su reloj, salió muy satisfecho, precedido del perro y con el bastón al hombro.

Ya no tendría que esperar que se alzase la veda. Lo peor era que había encontrado la fórmula de transacción, ese eclecticismo a que llegan en su vida la mayoría de hombres y que a él le permitiría compaginar la caza con sus negocios ciudadanos. Además... ¡qué pajaritas tan espléndidas fabricaba aquella muchacha!

SAMUEL ROS



CACERÍAS REGIAS

EN LA VENTA DE LA RUBIA



Su Majestad la reina, acariciando su caballo «Rosse Marie» antes de salir para la cacería de zorros.

Jaimito Milán, hijo del gobernador civil de Barcelona, durante la cacería.

Su Alteza la infanta Doña Cristina y la señorita Isabel Cayo del Rey, en primer término, y S. M. la reina con el marqués de Torneros.

CACERÍAS REGIAS

EN LA VENTA DE LA RUBIA



La jauría que intervino en la cacería regia celebrada en la Venta de la Rubia.

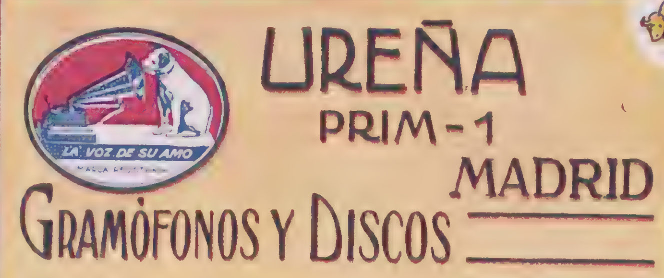
Una bella cazadora: Lucía Alvarez de Toledo.



La jauría siguiendo la pista del zorro.

Fotos Marín.

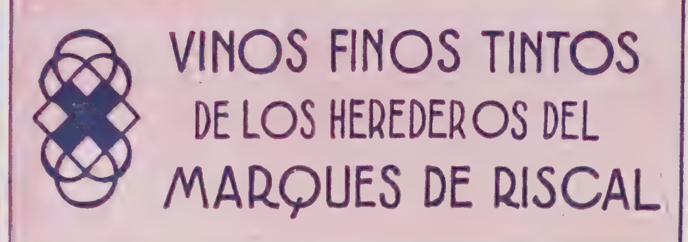






















1929 J. IGLESIAS

Gran Mundo

Boda aristocrática en Jerez de la Frontera



La duquesa de Algeciras y D. Ricardo López de Carrizosa, hijo de los marqueses del Mérito, que han celebrado su boda en Jerez de la Frontera, apadrinados por sus altezas el infante don Carlos y la infanta doña Luisa.



(Foto Ragel.)

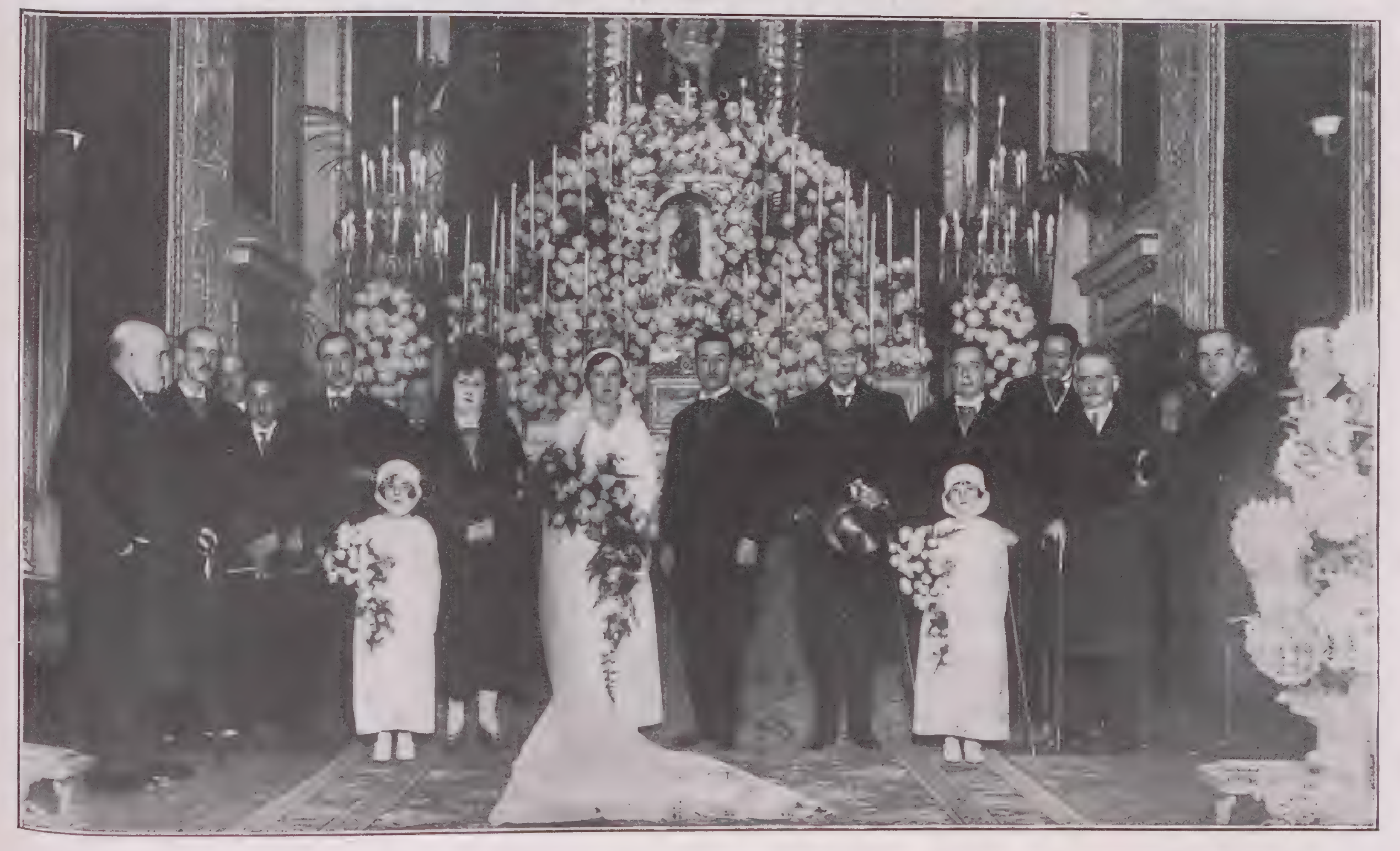
BODAS ARISTOCRATICAS



En la iglesia de la Paloma se celebró la ceremenia de enlazar matrimonialmente a la señorita Ceferina Poblaciones con D. Ignacio Valenzuela



La vizcondesa de Palazuelos, hija de los condes de Cedillo, y D. Pedro Miguel Pérez de Ayala, que han celebrado su matrimonio en la capilla particular de los de Cedillo



Boda de la señorita Carmen Baillo y Manzo, hija de los condes de las Cabezuelas, con D. Valentín de Céspedes y Mac-Crohon, celebrada en la iglesia de San Sebastián, de esta corte

Fotos Marín



La marquesa de Montesión (Fotocolor)

FIGURAS DEL PERIODISMO INTERNACIONAL

Caricaturas originales del artista cubano MARIBONA

Avilés Ramírez, de «El País» y «Excelsior», de la Habana.

M. Goemáse, de «La Revue Belge».

Sr. Montarroyos, periodista brasileño.



Mauricio de Waleffe, de «Le Journal», de París.

M. Robenne d'Azcona, director de «La Dépêche», de Tours.

Lino Ficensi, periodista italiano.

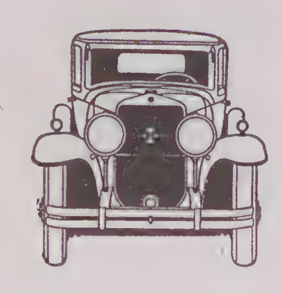


Cadillac es un marco digno de la elegancia de sus poseedores

Un grupo de distinguidos propietarios de Cadillac

Excmo. Sr Duque de Sotomayor
Excmo. Sr Marqués de Valterra
Excma. Sra. Marquesa Viuda de Pidal
Excmo. Sr. Conde de Altamira
Excma. Sra. Vizcondesa de Roda
Excmo. Sr. D. Felipe Salcedo Bermejillo

EL lujo en los detalles, la distinción y belleza de líneas y una gran cantidad de refinamientos y perfecciones mecánicas caracterizan este coche aristocrático por excelencia. La aceptación dispensada al Cadillac por todos aquellos que aprecian el verdadero confort, es el mejor elogio que de él puede hacerse. Entre las largas filas de automóviles que esperan a sus propietarios a la puerta de los más aristocráticos lugares de reunión, observe cómo el Cadillac destaca siempre el bello trazado de sus carrocerías, diseñadas por el arte insuperable de Fisher y Fleetwood.



Cadillac y La Salle llevan en sí todo lo que pueda pedir el más exigente automovilista: desde su incomparable motor en V hasta los cristales irrompibles, un detalle más del lujo que caracteriza ambos coches. No deje de ver los más recientes modelos.



CADILLAC Y LA SALLE

GENERAL MOTORS PENINSULAR, S. A., MADRID

Crónica de París



Sorpresas de la gran ciudad





Grupo de mujercitas paseando por el Bosque de Bolonia.

PERO es que en París todo es ruido, tráfico humano, estruendo? No me explico cómo podéis resistir este torbellino y este clima; yo no podría permanecer aquí más de tres meses sin sucumbir en brazos de la Muerte o en los abismos de la más negra neurastenia...

Esto que me decía hace un momento un amigo inteligente y cariñoso, me lo han asegurado antes muchos otros...

¿Será que los que amamos a París, si no sobre todas las cosas, al menos sobre todas las ciudades, *no vemos claro,* y el veneno o el delirio de la gran ciudad se nos ha infiltrado en la masa de la sangre, hasta el punto de ver un completo paraíso donde otros no ven más que un infierno?

¡No! No, no. Es más bien, creo yo, que París, como todo lo grandioso, como todo lo gigantesco, no puede ser juzgado en una semana, ni en un trimestre, ni en un año... Para comprender, para *sentir* a la ciudad de la luz y de las sombras, de los escándalos y de la independencia, de los esnobismos y de las más rancias tradiciones, hemos de dejar que la urbe única vaya ganándonos poco a poco, a través de las brumas de muchos inviernos... Y tal vez podamos sentirnos únicamente hijos espirituales de París cuando la nieve de nuestros cabellos contraste con la negrura de los edificios históricos... tal vez cuando plenamente podramos comprender a la que por muchos conceptos podría titularse capital del mundo, será cuando la juventud haya dado ya el adiós definitivo a los más seductores encantos de la vida...

... Mas París no es sólo París. Perdonad la paradoja, porque no soy un malabarista literario de esos que a sí mismos se llaman de vanguardia, pero que yo llamaría de retaguardia intelectual. Quiero decir que París no es sólo la ciudad en sí. París es el Sena y este gran río no sólo atraviesa París... París es, en fin... los alrededores de París...

Una ciudad sin alrededores bellísimos, sin las afueras verdaderas que van más allá de los barrios extremos y populares, desmerece mucho y pierde tal vez sus más ricos encantos...

Así, por ejemplo, yo esta mañana he ido a pie por los Campos Elíseos hasta la plaza de la Ópera, atravesando la plaza de la Concordia, la rue Royal, la plaza y el bulevar de la Magdalena...

Después he tomado el *Metro,* he salido por la Puerta Maillot, me he paseado por el Bosque de Bolonia... allí he visto grupos de mujercitas que paseaban a la hora del aperitivo, aprovechándose de las últimas clemencias del invierno que empieza...

... Y, por lo tanto, después de almorzar he ido a la estación de San Lázaro, he tomado un



Ángulo de la Avenida de la Ópera y la rue de la Paix

Crónica de París



Los hermanos legos, trabajando en la huerta de su convento, situado en las inmediaciones de París.

tren, y media hora más tarde estaba frente ... a un convento... He llamado a la puerta y al hermano *concierge* le he pedido ver al prior... Sin vacilar, el religioso portero me ha guiado hacia un salón inmenso, donde me ha rogado esperar... Saliendo un fraile, bondadoso y sonriente, me ha preguntado, sin hablar a qué había venido; yo le he dicho:

—Padre, yo soy un pecador... Pero un pecador que está enfermo... que siente necesidad de reposo, de estar a solas consigo mismo... Si me voy a un hotel, por solitario y desacreditado que esté, otros pecadores y pecadoras del siglo estarán junto a mí, y la paz del alma que busco se me hará imposible. Yo quisiera que aquí se me concediera asilo durante veinte días, un mes... Los médicos dicen que estoy neurasténico... Pero yo creo que lo que tengo es desasosiego del espíritu, inquietud malsana... ¡qué se yo!, algo que afecta más a la vida interna que a la salud física...



Puerta de la fachada principal en un convento de los alrededores de París

Después de informarse de mi profesión, nacionalidad, etc., etcétera, me ha dicho:

—Nosotros no tenemos huéspedes, a menos que alguno solicite albergue espontáneamente como usted... Si quiere, se le dará una de las celdas más apartadas del convento. Puede venir cuando quiera; pero antes vea usted nuestro edificio, por fuera y por dentro. Si le gusta, ya sabe que le recibimos humildemente, pero cristianamente. Y ni le preguntaremos sus ideas ni le abrumaremos con sermones...

—¿Y no podría usted, padre, darme algunas fotografías de esta casa, o autorizarme a que un fotógrafo las obtenga?

—Sí, hijo mío, no las tenemos; pero puede usted ordenar que las saquen, a condición, eso sí, de que no ha de ir el nombre del convento ni el de la Orden a que pertenecemos...

—¿Y por qué?

—Es una regla que nos tenemos impuesta desde hace algún tiempo. Quienes vienen aquí, como usted, son bien recibidos; pero no queremos nada con las indiscreciones del mundo...

Recorro el convento, veo la celda *en que seré recibido*—un crucifijo, un sillón, una mesa, una cama de hierro con un colchón de *borra*...

—Recibirá usted mañana mismo la visita de un fotógrafo—dije al superior.

—Como quiera. Pero ya sabe...

... Y cuando regreso a París voy pensando en lo que antes decía, en que París *no es sólo París*... He aquí, a dos pasos de la gran ciudad, un refugio amable, encantador, bellísimo, que ofrece hospitalidad al obrero de la pluma que pretende buscar para sus lectores impresiones y visiones gratas... Yo no pienso, por ahora al menos, meterme en un convento, ni por quince días. Quise, sobre todo, oír la contestación del padre... ¡Que Dios se lo tenga en cuenta, como yo se lo agradezco!

... ¡París, París! París es también el convento que acabo de visitar y forma parte de sus inagotables sorpresas.

ARTEMIO PRECIOSO

París, 1929.





Fotografía bucólica... un hermano y un padre dispuestos a ordeñar a las vacas en un convento poco conocido, a dos pasos de París... Fotos Henri Manuel

EL FÚTBOL EUROPEO

LOS GRANDES PARTIDOS INTERNACIONALES

✶

ESPAÑA-CHECOESLOVAQUIA



Zamora

EL PRIMER CHOQUE

✶

EN EL ESTADIO DE LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA

POSIBLEMENTE, cuando estas hojas de COSMÓPOLIS salgan a luz, ya estarán, sobre los gazones del Estadio barcelonés trazados los amplios cuadros blancos dentro de cuyos límites, horas más tarde, un balón empujado por checos y españoles habrá de dirimir con sus trayectorias la superioridad deportiva de un país sobre otro.

Hecho para las grandes fiestas del músculo, ha sido el gran Estadio catalán escena ya de empeñadas contiendas en las diferentes ramas del deporte; pero quizá ninguna haya superado en interés nacional a este primer choque de España y Checoeslovaquia, en espectáculo ya tan enraizado en nuestras costumbres como el fútbol.

En la serie obligada de luchas internacionales no es la de España y Checoeslovaquia la que cristaliza en un partido; mas varios factores contribuyen a que la pelea entre latinos y eslavos alcance, para las cotizaciones de los salones deportivos europeos, la consideración de una prueba expectante.

Es Checoeslovaquia, en fútbol, uno de los países más fuertes de Europa, quizá la nacionalidad donde el juego del balón redondo ha alcanzado aquel conjunto de factores que hacen de él la modalidad más caracterizada y peligrosa del continente. El checo ha sabido aunar, en el fútbol, la ciencia y el método peculiar de los países centrales con la furia y el ardor de los latinos. Aquella Checoeslovaquia fuerte y poderosa que admiró al deporte mundial en la Olimpíada de Amberes y que, asqueada luego por el pseudo amateurismo reinante en Europa, se refugió en los límites de su nacionalidad, renunciando a la mascarada de Amsterdam, es la que hoy nos envía su interesante embajada deportiva.



Kada

Únese a las ya apuntadas circunstancias de poder y fortaleza en el once checo el hecho de ser el pueblo disgregado de la vieja Hungría uno de los pocos países con los que España aun no encontró ocasión de medir sus armas deportivas. La batalla no ha de ser tan fácil para nuestros colores como algunos suponen, y sin entrar de lleno en el campo del derrotismo, permítasenos abrigar ciertos temores y dudas de victoria, cuya ausencia en los tableros del marcador seríamos los primeros en celebrar.

Ha contendido España, desde nuestra suerte de



Amsterdam, con Francia, con Portugal y con Inglaterra. Tres peleas resueltas con otras tantas victorias para los *maillots* rojos. Difícil sobre el papel y sobre el campo, ¿quién lo duda? la de Inglaterra; pero a nuestro juicio más erizada de dificultades para el triunfo ésta de Checoeslovaquia, por ser la velocidad y la furia del juego checo más parejo al nuestro y aventajarnos, indudablemente, en las cualidades restantes, desprendidas de un verdadero juego de conjunto. Apartada Inglaterra, por el unánime reconocimiento de su hegemonía, quedan en Europa dos países en disputa de las supremacías del balón redondo: Austria y Checoeslovaquia. Y entre ellas, para nosotros, Checoeslovaquia con más posibilidades de *premier* que Austria.

Se nos dirá, por los confiados, que puesto que Inglaterra sucumbió ante nuestros *defenders*, lo mismo y hasta con mayor facilidad puede acontecer a los checos. Se olvida para ello una cosa, la *siguiente:* Inglaterra juega más que Checoeslovaquia, indudablemente; pero no esperemos que los checos se empleen ante nosotros con la frialdad e indiferencia que lo hicieron los ingleses, no. Los checos son otro carácter, quizá menos profesionales, otra cosa que les hace más duros, más temibles; porque la inferioridad del brazo del entusiasmo acierta a desbordar muchas veces a la superioridad ligada a la indiferencia,

Siguiendo su criterio de sacrificar cualquier otro mérito de equipo a la propia homogeneidad, nuestro seleccionador, Sr. Mateos, ha formado el once español a base primordial de equipos catalanes, a los que les liga un mutuo y estrecho conocimiento de juego, que ha de redundar en beneficio del conjunto. Es un acierto más de nuestro seleccionador, que nos complace proclamar. Puede tener el conglomerado catalán la desgracia de un mal día, posible a cualquier equipo, pero la experiencia triunfante del once de selección barcelonesa frente al equipo vencedor de la Copa de Inglaterra demuestra que el seleccionador español pisa nuevamente sobre el seguro terreno de las realidades.

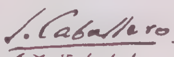
Sin caer en un pesimismo exagerado, no queremos tampoco abrir demasiado la puerta de la esperanza. Si el once español está en su tarde de juego, nuestros colores conocerán una vez más la victoria; pero cualquier desfallecimiento, el menor error, puede sernos fatal. Démonos cuenta de que no nos encontramos ni ante un Portugal novicio, ni ante una Francia incomprensiva, ni siquiera ante una Inglaterra confiada, engreída, perezosa y despreocupada. Estamos frente a Checoeslovaquia, ese país ante el que deportivamente, y según frase del gran Hugo Meisl, no hay puerta segura.

RIENZI



Vista general del Estadio de Barcelona







Primo Carnera.

Las grandes peleas

Los momentos del boxeo europeo



Pladner.

LA AVENTURA DEL GIGANTE CARNERA

LA SORPRESA DE FLIX ANTE PLADNER

DURANTE un mes toda la gran prensa europea ha movido sus secciones deportivas al conjuro de un solo nombre: el de Primo Carnera, y Primo Carnera, el gigante italiano metido a boxeador, ha escalado las más altas cimas de la fama. He aquí cómo la vida abre las fuentes de su humorismo y acierta a convertir, de la noche a la mañana, el anónimo de un hombre grande con el eco triunfal de un gran hombre. Paciencia.

El deporte también puede ser una aventura; lo ha sido, sin duda, para este *dos metros* de púgil italiano que no se ha conmovido siquiera ante la dinamita escondida en los guantes del yanqui Stribling, su víctima y su vencedor por descalificación; ante el ímpetu del germano Diener, que, como otros, fué la pluma soplada por el huracán entre las cuerdas del *ring*.

* * *

Flix, el catalán artista de la *boxe*, nuestro flamante campeón europeo de su peso, ha hecho su primera salida a París. Fué a vencer, y resultó vencido. En pocas cosas vive la sorpresa tan agazapada y pronta al zarpazo como en el pugilismo. Flix fué cara a Pladner, el hombre mundial un día, y Pladner le humilló con las armas de su experiencia.

La derrota de nuestro Flix quizá haya sido un bien. Lo ha sido, desde luego, si ha servido para mostrar a nuestros púgiles que es muy peligroso aspirar a grandes títulos sin acostumbrarse antes a los aires de fuera.

VIDA CICLISTA


Cañardó


Montero

DEGRANGE es uno de los grandes hombres del deporte francés. Su labor en *L'Auto* es un título acreditativo de eficacia. La Vuelta ciclista a Francia, la famosa organización anual del rotativo amarillo, ha cambiado de fórmula por iniciativa de Degrange. «Que sea una competición deportiva de países y no una guerra comercial de marcas, como hasta ahora»—ha venido a decir el redactor jefe de *L'Auto*. Y tal como lo proyectó lo está llevando a la realidad.

Ha sido *Excelsior*, de Bilbao, el periódico español encargado de seleccionar el equipo de ciclistas nacionales que represente a nuestro país en la famosa *Tour*. *Excelsior* ya ha dado los nombres, un grupo de hombres selectos, con Ricardo Montero, Cañardó, Cardona y Telmo García en cabeza; pero...


Telmo García

Quizá de todos los designados, de esos cuatro «palmares», en especial, falten la mayoría. ¿Por qué? Los recelos, las dudas, el descontento ha invadido, al parecer, el ánimo de nuestros corredores. Esta es una versión, y la otra es la de que al final aceptarán en su casi totalidad la designación, y España se verá dignamente representada en tan importante prueba.

El mismo deseo de que España reciba su espaldarazo internacional en la forma en que lo ha recibido de no presentarse deserciones, es la que nos conforta y alienta en la creencia.

La ocasión para que el deporte mundial compruebe la halagüeña iniciación española en las rutas internacionales del ciclismo es ésta ofrecida por la iniciativa de Degrange. Lo obligado es no desaprovecharla.

Del atletismo a lo pintoresco



Ya no saben lo que inventar. Los frutos de la imaginación han caído también sobre el deporte, y lo peor es que han complicado en ello a la mujer. Del atletismo se ha pasado a lo pintoresco. Os bastará detener unos momentos la mirada sobre estos dos grabados para convenceros del extremo a que ha llegado el afán de lo nuevo hasta en zona obligada a moverse con tanta seriedad y disciplina como la deportiva. De ahí al circo no hay más que un paso.

En Alemania están haciendo furor estas originales carreras de aros con lo que pudiéramos llamar motor femenino. Como veis, las competiciones del nuevo deporte están hechas a base de lindas muchachas que para asegurar un ingreso, más que para practicar un sano ejercicio, no reparan en lanzarse hasta cabeza abajo, girando dentro de sus grandes ruedas, por los campos de *sport* berlineses. Ahora, que lo que ellas pueden decir: «Más vueltas da este mundo.»

La excentricidad va adueñándose de la vida. Las complicaciones espirituales del hombre necesitan de nuevos sedantes y nuevos estímulos. Y ahí tenéis el deporte estilizante en la mujer en lo que va acabando. La «écuyère» ya pasó; la funámbula sobre el alambre ya sabe a rancio. Ahora es esto. Y se le llama deporte. También se le llama al ejercicio de un troglodita que se dedica a partir una barra de hierro con los dientes. ¿Qué más da?

Ahora, que entre el troglodita y estas lindas gimnastas preferimos a éstas, por hidalgos y hasta por sentir el orgullo del buen gusto.

VIDA ACTUAL

Cara y cruz del matrimonio

El eterno dúo

POR
M. FERNÁNDEZ ALMAGRO

A prensa diaria ha lanzado estos días, con humos de escándalo, puntuales informaciones sobre la sospechosa actuación de un determinado Tribunal extranjero en materia matrimonial. Parece ser, en efecto, que una interpretación demasiado extensiva de las leyes está permitiendo la nulidad de muchos matrimonios. No hemos de entrar en el fondo de la cuestión, toda vez que sería preciso rozar temas de Derecho canónico y Derecho civil en forma que no parecería adecuada al lugar ni al instante. Con marcar el interés general del hecho, basta para que el lector añada un síntoma más al cuadro en que se fija la actual crisis de una institución que es piedra angular de la familia, y con ella, de todo el orden social propio del mundo moderno.

Porque esto es lo cierto, a reserva de todo juicio: que son hoy superiores en número al de otras épocas las parejas que pugnan por sacudirse como sea el yugo nupcial. Cuando el divorcio no es viable, como ocurre en aquellos países, cual el nuestro, en que la separación del marido y la mujer desavenidos no pasa de los cuerpos, subsistiendo el vínculo, los interesados en recuperar su libertad de movimientos acuden al rodeo de la nulidad, llamando a la puerta trasera de las leyes. La repetición del hecho no puede ser más significativa. De aquí que no pase inadvertida al comentarista de la actualidad o al observador de las costumbres.

* * *

El matrimonio nace del amor, pero el amor no es la única sustancia sentimental de que se nutre. Del amor—se entiende—entre hombre y mujer. El matrimonio, indudablemente, no se considera granado sino cuando florece en el hijo. Y es notorio que la interpolación de este término altera profundamente la relación establecida. La pareja inicial desaparece para dejar franco el primer término a una entidad nueva: la familia. Ya no se trata, en puridad, de un varón y una hembra, sino de un padre y una madre, unidos con un nuevo lazo: el de la criatura, punto de referencia común que será ya el centro de las dos vidas, así proyectadas fuera de sí mismas. Hora augusta, seguramente, ésta de la fecundidad: hora penosa; hora de repetición; hora que sueña y resuena con renovadas responsabilidades. ¡Qué lejos ya el frenesí, la inquietud, la ansiedad del noviazgo! ¡Qué lejos la ilusión, el goce, la magnífica realidad del mutuo descubrimiento en los días inmediatos a la boda!

El hogar fecundo es cuna de preocupaciones y desvelos, llevados con la alegre abnegación de que son capaces las almas educadas en la moral del sacrificio. Pero justamente ha querido la voluntad de la Historia que esta consoladora y terrible moral del sacrificio sufra rudo quebranto. Las gentes de hoy no muestran gran placer en seguir adscritas a la austera moral de los matrimonios clásicos. De vez en cuando pasa por el mundo, dotada de las más bellas irisaciones y de los más tentadores rumores, esa ola que los predicadores llaman de «grosero materialismo», y que, en definitiva, representa el interdicto de recobrar—perdón por el símil forense—que los instintos plantean con todo el apremio y anhelo de desquite que les caracteriza.

* * *

El matrimonio, institución histórica, tiene su moral, histórica también. La natural ondulación de los tiempos hiere o menoscaba los principios sobre que se asientan las cosas, de cualquier índole que sean. Necesario es, pues, que se resienta el matrimonio, si la moral muda de rumbo. Nuestros días favorecen la Vida; persiguen, ante todo, lo fácil, lo agradable, lo rápido, lo que no compromete demasiado; todo aquello que pueda pasar alegremente por nuestra inteligencia o nuestra sensibilidad, sin notarse estorbado por el lastre de las obligaciones. Cuantas menos obligaciones, mejor para la Vida... Y es justamente el Deber la deidad olvidada, de culto abandonado o eludido, en la trastera del hogar moderno. Los médicos podrían esclarecer y documentar con datos fehacientes esta presunción general. Los farmacéuticos, los confesores... El «anticoncepcio-

nismo» es tema que ha logrado auge cierto en la bibliografía; por supuesto, en las conversaciones también. Y no académicas, precisamente...

Miedo a ser padres o madres. Miedo a sentirse sujetos de responsabilidad. Miedo a dejarse enlazar por juramentos de amor eterno. Miedo al riguroso estatuto de la fidelidad en todo caso, incluso cuando median agravios... Para que la mujer aguante, sin acudir a las represalias, las deslealtades del marido, sería menester que *La perfecta casada* continuara siendo lectura favorita—si es que alguna vez lo fué—y que el feminismo no hubiera marchado tan apresuradamente, haciendo saber a todas las hijas de Eva que ellas pueden gozar de iniciativa, con la plenitud del hombre, en amor como en trabajo. La mujer puede trabajar y ganarse la vida sin patrocinio de hombre alguno, ni servidumbre conyugal. Puede también querer del modo caprichoso e irresponsable que parecía hasta ahora privativo del varón. Para amar «porque sí», «para pasar el rato», la mujer ha inventado el *flirt*, juego más remunerador de momento que otro cualquiera. Y pasado el momento presente, ¿qué importa lo demás?... Así se pregunta *la garçonne* de hoy, encogiéndose de hombros y ahogando cualquier conato de cariño grave y duradero con gesto displicente.

El amor es fácil, gustosamente retribuído, cuando se aviene a convertirse en capricho. El amor es difícil, cargado de angustias, cuando asciende a pasión. Por eso ha tenido fortuna este refrán español que, en su propia salsa idiomática, recogió Schopenhauer: *El que casa por amores, ha de vivir con dolores.* El doctor Marañón lo utiliza también en reciente libro admirable para relacionarlo con adagios de otras lenguas: *—Qui se marie par amour, a bonnes nuits et mauvais jours,* por ejemplo—, e inferir el valor del matrimonio como categoría superior a lo meramente amatorio. «Aquí—dice el gran médico y ensayista—la visión del pueblo percibe el problema con sagacidad reaccionando contra el absurdo, mantenido por los prejuicios literarios de confundir unas noches de pasión sexual con el matrimonio, que es, además de todo lo demás, una sociedad en comandita que ha de plantearse, no como se plantea una aventura, sino con las garantías que exige la excelsitud de un verdadero fin: la creación de los hijos.» Para no ver las consecuencias, el amor tradicional es ciego. Despejada la visión, no es asombroso que cuantos descubran en su alma flaqueza y egoísmo rehuyan el matrimonio; fantasma que esquivan incluso los que ya cayeron en su garra falaz. Éstos, los ya escarmentados, con más motivo que los clarividentes del celibato. La soltería es preferible a las nupcias sin ilusión, ajadas y hasta deshechas por el resentimiento recíproco de dos vidas encadenadas a disgusto. En este supuesto, todo es apetecible. ¿Divorcio? Pues divorcio. ¿Nulidad? Pues nulidad. El suspiro de alivio se compra a cualquier precio.

* * *

Contra la evasión de las cargas matrimoniales votarían siempre los hijos. Pero... también sabe, en este sentido, a qué atenerse la despreocupada *garçonne* de nuestra época. Lo que, sin embargo, ignora es que una vez apagadas las llamas del deseo, una vez decaída la juventud y superada la madurez, ¿qué puede reservarle la vida?... El amor caprichoso pasa pronto; por fuero propio es efímero. Para que el amor persista tiene, pues, que renunciar a los incentivos de corto alcance, predestinados a caducar muy de prisa; tiene que proyectarse en el tiempo, buscando en los hijos punto de apoyo. Gracias a esta resonancia, lograda a lo largo de los años, no se extingue del todo la voz poderosa y fascinante del amor juvenil. Nos vuelve a herir el oído y el corazón con un eco que depura la canción pretérita. Y hasta es seguro que el eco se reproduzca al advenimiento de la generación siguiente: a la llegada del nieto. Otra distante resonancia de la primer caricia... Es el amor prescrito, que revive nuevamente, hecho ya pura sonrisa. No es aventurado presumir que en el nieto besan los abuelos el espectro seductor de su propia vida, recuperada de súbito, con reflejos fugaces y engañadores de un crepúsculo que es fatalmente puerta de la Noche y se ofrece con seducciones y promesas de aurora.



El matrimonio no se considera granado sino cuando florece en los hijos

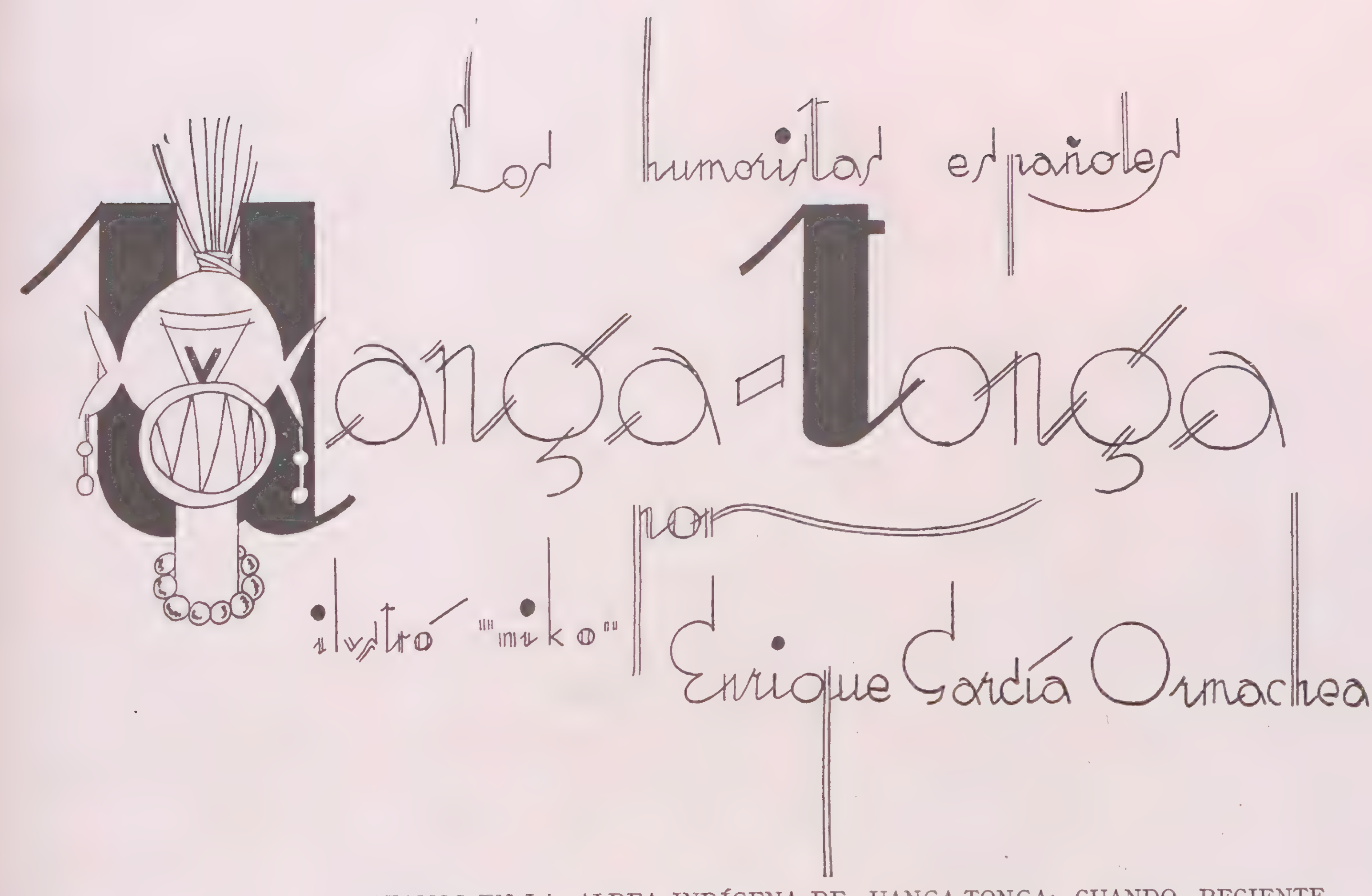
Vivimos en nuestros descendientes; nos reproducimos en ellos mismos, y sus ojos nos devuelven—como inverosímil pantalla encantada—la visión remota de nuestras peripecias más íntimas.

* * *

Acabo de escribir lo que antecede bajo la acción, seguramente, de un padre de familia, satisfecho, enorgullecido de serlo. No todos tienen motivos para encabezar ufanos el desfile de hijas e hijos por la calle real de una vanidad legítima. Pero son éstos precisamente quienes tienen razón contra los demás. Cosa santa, el matrimonio ha de contraerse y mantenerse santamente. En otro supuesto, ¿a qué?...

Las madres frívolas, los padres despreocupados no pueden jamás persuadir al soltero. Cualquier recurso del soltero para endulzar su tedio de verso suelto o para fortalecer su alegría de espíritu independiente será preferible a la repelente ficción de un matrimonio sin conciencia de estado ni sentido de la responsabilidad. Malo es que la conveniencia concierte bodas. Pero no pocos que se enlazaron por el interés se quisieron al cabo de una digna convivencia. Los que jamás se fundirían en el acorde de un mutuo cariño son los que se casan por oscuro mandato de la Rutina, Musa de tanta absurda normalidad. Lo normal viene siendo que se casen Eva y Adán para continuar cada cual su vida por líneas que, al ser paralelas, no están jamás destinadas al contacto saludable. Círculo y salón de té, deportes, amigas y amigos, viajes por separado, «plan» análogo siempre, pero siempre al margen el uno del otro... Para cónyuges de este tipo, el matrimonio no es un repertorio alternado de goces y preocupaciones, ni una carga, ni una disciplina... Es, pura y simplemente, una ficción. ¿Cómo escandalizarse de que esta comedia, compuesta por la costumbre y la hipocresía, cese por el corte fulminante de una sentencia de divorcio, donde éste rija, o de nulidad, cuando ella sea posible, aun forzando la letra de las leyes?... No procede el escándalo ni la protesta. Nada tan inmoral como un hogar basado en la mentira. Eso sí; cuide el legislador de evitar la trampa y el cartón, proveyendo sinceramente a la necesidad creada por el amor y desamor moderno. Y cuiden los interesados, con la previsión posible, de no obrar por ligereza. El solterón, indudablemente, gana a todos en sagacidad, conocimiento de sí mismo y modestia. Vistas las arduas prerrogativas del matrimonio, abate su cabeza humildemente y dice: *—Domine, non sum dignus...*

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO



ESTAMOS EN LA ALDEA INDÍGENA DE «UANGA-TONGA». CUANDO, RECIENTEMENTE, FUÉ DESCUBIERTA LA ISLA, SU CIVILIZACIÓN SE HALLABA EN EL PERÍODO NEOLÍTICO SUPERIOR. ENTRE LAS CHOZAS PULULAN SUS HABITANTES, PERTENECIENTES A LA RAZA VERDE, VESTIDOS CON CUATRO PLUMAS Y UN COLLAR. DELANTE DEL POBLADO HAY UN GRAN LETRERO, SOSTENIDO POR DOS POSTES, QUE DICE: «PERÍODO NEOLÍTICO SUPERIOR».



A lo lejos se divisa el mar.

LOS HABITANTES DE UANGA-TONGA.—¡Hu! ¡Hu! ¡Ah! ¡Ah! Somos alegres y bulliciosos. Trabajamos el barro y el sílex, la espina de pescado y la madera, el hueso y la piel de nuestras cazas. ¡Hu! ¡Hu! ¡Ah! ¡Ah! Hace sol, y nuestra civilización rudimentaria nos permite gozar de él sin molestas vestiduras.

UN HABITANTE.—No hace mucho que los hombres blancos llegaron a nuestra isla.

OTRO.—Ellos tienen barcos de vapor y han construído un puerto allá abajo.

OTRO.—Y nos han puesto un letrero a la entrada del poblado.

OTRO.—Es que estamos en el período Neolítico Superior.

(Risas).

UN HABITANTE.—Nuestra vida primitiva puede servir de estudio a los investigadores.

OTRO *(afeitándose con máquina).*—Ayer he hallado dos sílex de punta roma de los que sirven para afeitarse.

OTRO *(atando con un tendón una espina al extremo de un palo).*—Ese tendón es de una babirusa que el otro día maté de un solo tiro. Va a quedar una lanza excelente.

OTRO.—Ved qué hermoso collar de dientes para la exhibición.

OTRO *(modelando una vasija).*—Este cacharro de tosca alfarería es el producto de varios ensayos seculares.

OTRO.—Hablas como un profesor.

EL ANTERIOR.—Frecuento el trato de los más ilustres.

(Risas).

UN HABITANTE.—Me gusta más el tabaco habano que el inglés.

OTRO.—El inglés está muy bueno con corteza de manzana.

OTRO.—¿Queréis tomar té? He puesto el agua a hervir en el infernillo de gasolina.

OTRO.—Gracias, no podemos. Estamos en el período Neolítico Superior y desconocemos esa hierba aromática.

(Risas).

UN HABITANTE *(cantando).*—«Charlestón»...

(Óyese repentinamente un toque de trompeta).

LOS HABITANTES DE UANGA-TONGA.—Es el aviso. ¡Pronto! Metamos en los escondites nuestras armas de fuego, nuestros cuchillos de acero, nuestros recipientes de aluminio, los infernillos, las botellas, las bolsas de tabaco y los relojes de pulsera. ¡Hu! ¡Hu! Qué precipitación, qué jaleo. ¡Ah! ¡Ah! Dejemos sólo a la vista el ajuar prehistórico correspondiente al Neolítico Superior.

UN HABITANTE. *(A otro).*—Oye, ¿esta tranca pertenece al Neolítico Superior?

EL OTRO.—Mírale la etiqueta.

OTRO HABITANTE.—Ya vienen los turistas.

OTRO.—Todo está en su punto. Adoptemos gestos estúpidos. *(Se sientan en cuclillas, formando círculo).*

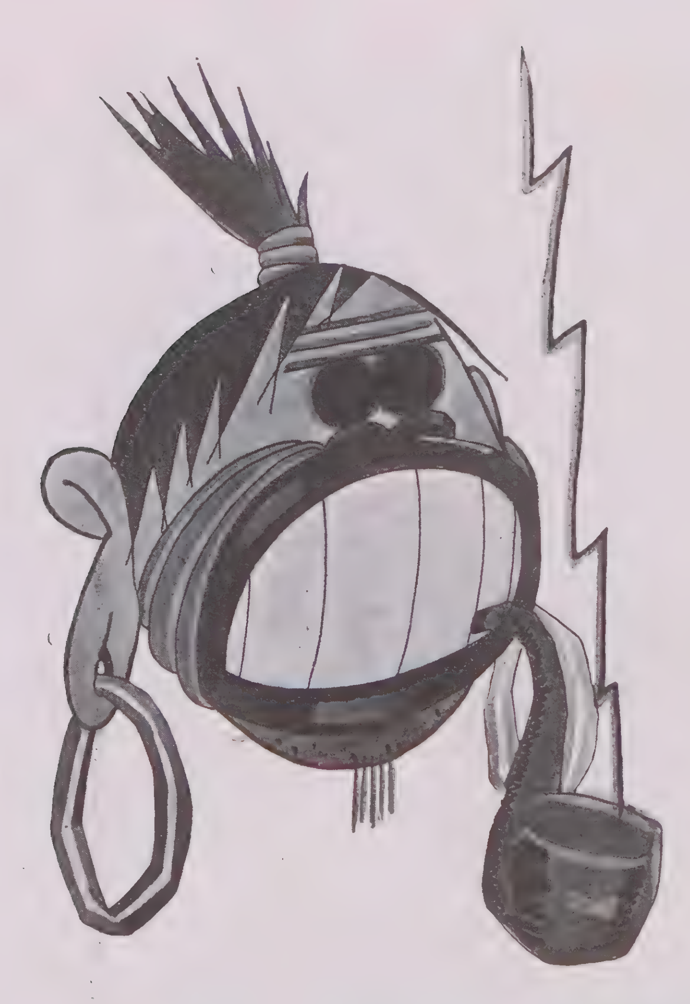
(Llegan los turistas con el guía).

EL GUÍA.—Hemos conservado los habitantes de Uanga-Tonga en el estado en que se hallaban cuando fué descubierta la isla. Su vida puede servir de estudio a los investigadores. Su civilización rudimentaria pertenece al período Neolítico Superior, como pueden apreciar.

LOS TURISTAS *(leyendo el letrero).*—Período Neolítico Superior.

EL DOCTOR MULLER *(que figura entre los turistas).*—Los utensilios, los adornos y las armas pertenecen evidentemente al Neolítico Superior.

UANGA TONGA



LOS HABITANTES DE UANGA-TONGA *(con caras de estúpidos)*.—Gugú, tabú, tua tua.

EL PROFESOR LEFRANC.—Su lengua gutural deriva de una rama de la clasificación polinésica.

EL NOVELISTA DE MODA.—¿Ha entendido lo que han dicho?

EL PROFESOR LEFRANC.—No es preciso. Fíjese usted en la excesiva importancia que dan a las amígdalas en la pronunciación de la «g».

EL DOCTOR MULLER.—Dado el calor que hace en Uanga-Tonga, hallo lógico que sus habitantes no vayan vestidos de pieles, como los neolíticos europeos.

EL PROFESOR LEFRANC.—¡Quién diría que esta tosca vasija es el refinado producto de varios ensayos seculares!

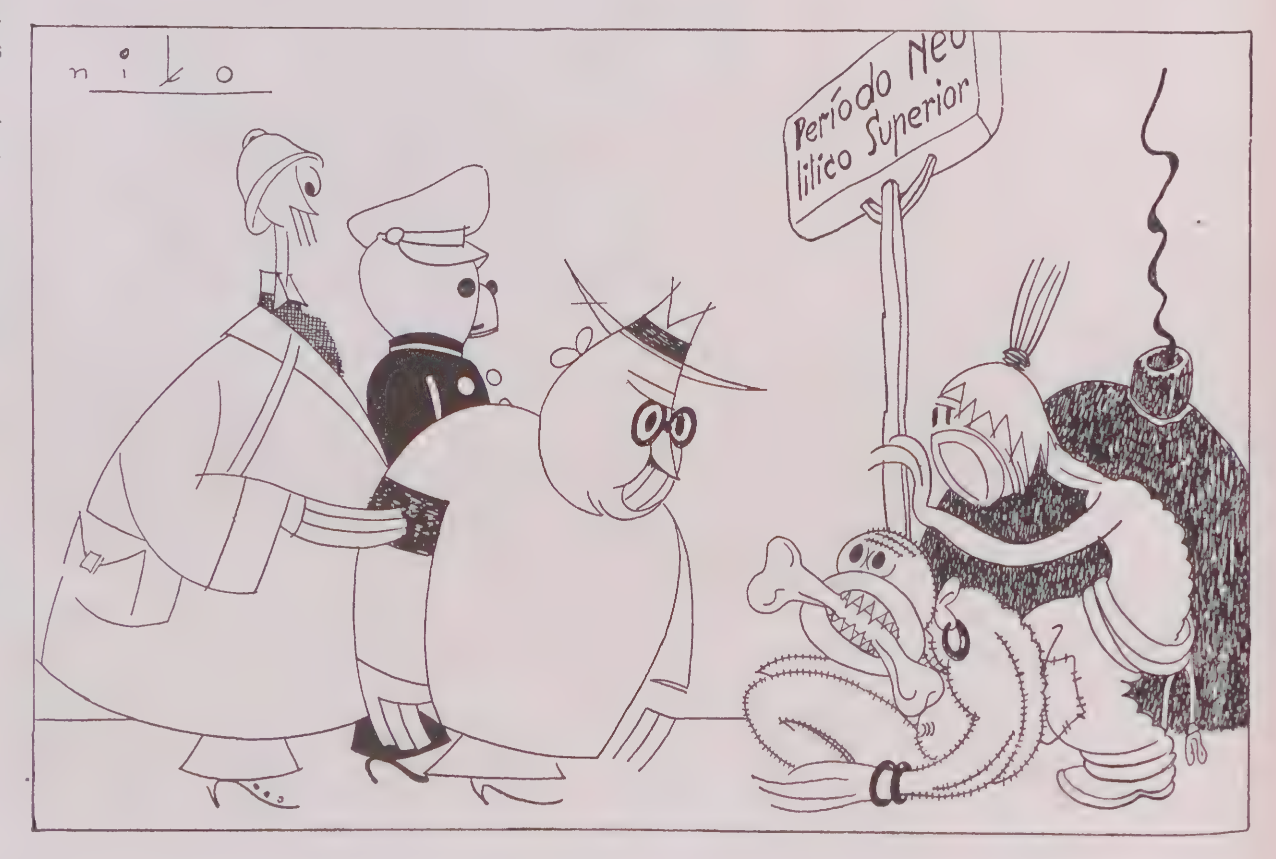
EL PENSADOR EVANGÉLICO.—¿Están al menos bautizados estos salvajes?

EL GUÍA.—No, no hemos querido imbuirles ninguna idea que pudiera alterar su idiosincrasia. Sólo hemos suprimido la costumbre de los sacrificios humanos.

LAS SEÑORAS.—¡Oh! ¡Qué horror!

EL NOVELISTA DE MODA.—Han suprimido ustedes lo más pintoresco y han rebajado el nivel de la civilización de Uanga-Tonga. Un pueblo civilizado que no hace barbaries, ya no está civilizado.

LAS SEÑORAS.—¡Oh! Cuán a la moda resulta nuestro famoso novelista.



(De pronto todos lanzan grandes gritos y acuden a refugiarse en las chozas.)

LOS TURISTAS.—¿Qué pasa? ¡Un oso! ¡Un oso que baja de las montañas!

EL DOCTOR MULLER.—¿Un oso? ¡Qué animal más raro en esta latitud!

EL GUÍA.—Cálmense, señores, la casualidad les va a hacer testigos de un cuadro real de vida primitiva.

LOS HABITANTES DE UANGA-TONGA *(agitando las armas prehistóricas, saltando y contorsionándose)*.—¡Hu! ¡Hu! Tabú, tabú, tabú ¡Ah! ¡ah!

EL PROFESOR MULLER.—He aquí una danza guerrera. Sus miembros contorsionados son el modelo vivo estilizado en la svástica.

EL PENSADOR EVANGÉLICO.—La svástica no es más que un presentimiento de la cruz.

(Los habitantes de Uanga-Tonga avanzan cautelosamente hacia la fiera, que se lame las patas como un can.)

EL PROFESOR LEFRANC.—Vedlos. Su mirada brillante sorprende en el animal el gesto audaz que pintaran en la roca.

LOS HABITANTES DE UANGA-TONGA. *(Llegan donde está la fiera y la apalean vigorosamente)*.—¡Tabú, tabú, tabú!

LAS SEÑORAS AMERICANAS — ¡Oh, salvajes, corridas de osos!

EL FAMOSO NOVELISTA.—Estamos asistiendo a un drama que representan nuestros abuelos.

LOS HABITANTES DE UANGA-TONGA. *(pegando)*.—¡Tabú, tabú, tabú!

(El oso huye.)

EL DOCTOR MULLER.—Me propongo estudiar la magia de la palabra «tabú».

LAS SEÑORAS *(mezclándose con los habitantes de Uanga-Tonga)*.—Bravo, bravo, generosos antepasados nuestros. Un autógrafo: un autógrafo acá.

LOS HABITANTES DE UANGA-TONGA.—Burú, braú.

LAS SEÑORAS.—¿Qué dicen?

EL PROFESOR LEFRANC.—Dicen: Gracias, muchas gracias, y que no saben escribir.



EL GUÍA.—Ruego a ustedes, señores, que no obsequien a los habitantes de Uanga-Tonga. El uso de objetos modernos les haría perder su idiosincrasia.

LOS TURISTAS.—Estamos satisfechos, complacidísimos.

EL GUÍA.—Vengan por aquí, señores. Vean el Océano, el eterno Océano, que mece la cuna y canta el responso de todas las civilizaciones humanas.

EL DOCTOR MULLER *(al guía)*.—No creí que hubiera osos en esta isla. ¿En qué latitud estamos?

LOS TURISTAS *(yéndose)*.—Estamos encantados, complacidísimos.

(Los habitantes de Uanga-Tonga, una vez solos, se sonríen y encienden cigarrillos. Al cabo de un rato aparece el pagador de la Compañía con un carrito.)



LOS HABITANTES DE UANGA-TONGA.—¿Hemos estado bien?

EL PAGADOR.—Muy bien. Los turistas se han ido encantados. Pero el oso da que sospechar. La próxima vez lo sustituiremos por un jaguar.

LOS HABITANTES DE UANGA-TONGA.—¡Hu! ¡Hu! Un jaguar, por muy domesticado que esté, siempre es más peligroso que un oso. Exigimos doble paga.

EL PAGADOR.—Tendréis doble ración de aguardiente. He aquí la paga de hoy: la carne, los cartuchos, las latas de conservas, tabaco, todo.

LOS HABITANTES DE UANGA-TONGA *(desvalijando el carrito)*.—¡Hu! ¡Hu! Pertenecemos al período Neolítico Superior. ¡Ah, ah! Aprovechémonos de la civilización de los curiosos hombres blancos, que pretenden estudiar nuestra vida rudimentaria. ¡Viva la Compañía!

ENRIQUE GARCÍA ORMAECHEA



LOS PREVISORES DEL PORVENIR.—*El ministro del Trabajo, Sr. Aunós, con los Sres. Francos Rodríguez, Madariaga, conde de Vallellano y González Llana, presidiendo la sesión celebrada el 19 de diciembre de 1929 en los Previsores del Porvenir.*

En defensa del idioma



El Excmo. Sr. D. Daniel García Mansilla, embajador de la República Argentina en España

Así como la excesiva sensatez suele ser tenida por muestra inequívoca de una sospechosa simplicidad de espíritu, la formulación de afirmaciones demasiado exactas es juzgada, en literatura y en arte, con mucha frecuencia, como signo de irremediable vulgaridad.

Por huir de este peligro con que me amenaza el tópico, y aunque el tema de esta crítica me empujaría a ello, prescindo de insistir una vez más en la gran importancia que, desde el punto de vista de las relaciones de España con las naciones americanas, tiene el idioma. Ahorro al lector la repetición de los consabidos argumentos tan divulgados ya por una florida oratoria hispanoamericanista, y le invito a guardar conmigo cinco minutos de silencio a la memoria y por el definitivo reposo del Tópico.

Cumplido este deber que, al mismo tiempo, es una comodidad, acaso no será del todo ocioso e inútil referirnos a un folleto que, firmado por el excelentísimo señor embajador de la República Argentina, D. Daniel García Mansilla, ha circulado recatadamente y ha producido, no obstante, cierto revuelo en los círculos académicos y literarios.

El folleto trata, en suma, de un «Proyecto de Asociación Cultural Hispanoamericana para conservar el idioma». La idea capital expuesta por el Sr. García Mansilla parece resumirse en los siguientes párrafos de su folleto: «El nexo, pues, que mantiene troncalmente el hispanoamericanismo es la lengua, caudal depositado por el genio de España allende los mares. Este soberbio exponente de común hermandad constituye una excepción histórica y encierra, a la vez, un privilegio de incalculables beneficios que tenemos el deber imprescindible de cuidar y defender, no sólo por venerables lazos sentimentales, sino por un verdadero instinto de conservación, si queremos salvar influencias más o menos directas, aprovecharnos de valores literarios, económicos, científicos y artísticos, en cada uno de nuestros países respectivos, frente a poderosas actividades que ejercen una muy legítima ley de vida: la competencia.»

El propósito y la idea no pueden ser más claros ni tampoco más nobles. El proceso idiomático de la influencia española en América está de continuo amenazado, por mil diversos modos, de innumerables peligros y ataques. Sin apartarnos de un orden puramente filológico, es evidente que la corrupción y el desmán han hecho estragos barbarizantes en el viejo tronco añoso del idioma español. Y si, a pesar de ello, América ha producido y produce admirables escritores que usan un idioma español perfecto, puro y castizo, es señal evidente también de que la América culta se da cuenta de su responsabilidad en esa común y plural obligación difusa de procurar por la buena mantenencia y conservación de la lengua castellana. A esto responde, ideológicamente, el proyecto propugnado, con elocuencia y acierto, por el señor embajador de la República Argentina.

Pero responde también, en el terreno de la realidad, a otras consideraciones imperativas y apremiantes. La competencia establecida por diversas naciones y culturas por el predominio de influencia en América obliga más que nunca a ese robustecimiento del vínculo más eficaz y más poderoso para una estrecha solidaridad y una mutua comprensión. A medida que, por la intromisión de neologismos y corrupciones, vaya descaeciendo la influencia efectiva del idioma español en América y vaya éste perdiendo entre las zarzas de los barbarismos jirones de su casticidad, irá menguando irremediablemente la influencia efectiva de España en los países americanos. No faltan quienes no lo han olvidado, y es preciso que tampoco lo olviden los españoles.

Ya la Real Academia Española de la Lengua, en las últimas ediciones de su Diccionario, parece salir al paso de la realidad, dándose cuenta de su verdadero sentido, admitiendo hasta diez mil americanismos que han pasado así a engrosar el caudal del idioma.

Pero acaso ni en España ni en América parezcan, a este respecto, suficientes medidas como ésta. Es ya viejo el afán americano de que la Real Academia Española de la Lengua preste a este problema fundamental una atención más constante y más audaz. Más audaz en el sentido de temerle menos a la injerencia en su propia constitución del elemento americano autóctono. Piensan muchos que no puede ser grave inconveniente abrir de par en par las puertas del docto y solemne recinto a elementos americanos, a grandes escritores de América que, sobradamente, tienen acreditada con brillante labor su excelencia.

El proyecto que expone el cultísimo diplomático Sr. García Mansilla, ¿es una derivación de esa campaña? ¿Representa, dentro de una misma tendencia, una desviación de procedimiento? Más claro: esa «Asociación Cultural Hispanoamericana para conservar el idioma» ¿pretende sustituir, suplantar las funciones privativas y específicas de la Real Academia Española, que *limpia, fija y da esplendor?*

Desvelan estos interrogantes un aspecto del problema, que, aun no siendo fundamental, es el que puede solevantar los ánimos. Por de pronto, al solo anuncio de ese proyecto, el secretario perpetuo de la Real Academia Española, D. Emilio Cotarelo, en unas manifestaciones publicadas en la *Gaceta Literaria*, se pone en guardia y hasta, en algún momento, adopta con bizarría, muy a tono con su nominal perpetuidad, una actitud ofensiva, arremetiendo contra lo que él califica de veleidosas fruiciones de vanidad.

Sea cual sea el alcance que en este aspecto puedan adquirir las cosas, se debe ante todo tener en cuenta, con ecuánime serenidad, que el problema a que alude el Sr. García Mansilla tiene una realidad innegable y hay que atenderlo sin cómodos subterfugios. Quizá sea ello más difícil por el desconocimiento que, por lo general, se tiene en España, no sólo de la literatura de la América española, sino también de su verdadera naturaleza y su carácter. Precisamente la gravedad del problema idiomático estriba en que está arraigado en la dolorosa verdad de este desconocimiento.

Por ahí hallaríamos quizá un camino fácil y utilísimo para las actividades de la proyectada Asociación, sin que ésta tuviese necesidad de invadir demasiadamente las atribuciones propias de la Real Academia de la Lengua. Una labor constante y tenaz para el mutuo conocimiento de España y América y de ambas culturas sería, por sí misma, por propia ley de su ideología, el arma más útil para la defensa y conservación del idioma. Y esta labor está por hacer, a despecho del profuso florilegio lírico de discursos y brindis de confraternidad. No sería entonces difícil que el asesoramiento mutuo, en los casos convenientes, y la labor común de la proyectada Asociación y la Real Academia Española fuesen de tanto provecho como de buena armonía.

En este sentido sugiere posibilidades gratísimas el folleto del Sr. García Mansilla.

Rafael Marquina



El *Leviathan*, esbelto gigante de los mares, una ciudad flotante, completa en todos sus detalles, tan colosal, que sus botes salvavidas (de los cuales hay sesenta y ocho), son casi tan grandes como las carabelas con que Cristóbal Colón navegó por los mares desconocidos para descubrir el Nuevo Mundo.

Todo lo que pueda suponer *confort*, conveniencia y eficacia se encuentra en el *Leviathan*.

Naturalmente, el *Leviathan* usa

LA MÁQUINA PARA ESCRIBIR ROYAL

como parte esencial de su equipo administrativo... porque a bordo de este vapor, velocidad y exactitud son factores de vital importancia.

De irreprochable construcción, moderna en todos sus detalles,

LA MÁQUINA PARA ESCRIBIR ROYAL

de escritura fácil, atrae la atención en toda organización moderna de negocios. Por tierra o por mar, velocidad sin errores y duración indefinida, que son los complementos esenciales en toda gran organización.



EL HOMBRE QUE MANDA
EL BARCO MÁS GRANDE DEL MUNDO
EL CAPITÁN
HERBERT HARTLEY



The Leviathan steaming majestically down the Hudson, New-York

CONCESIONARIO EXCLUSIVO

TRUST MECANOGRÁFICO, S. A.

AVENIDA CONDE PEÑALVER 16, ENTRESUELO - MADRID

SUCURSALES: ZARAGOZA ★ BILBAO ★ GIJÓN ★ VALLADOLID ★ TARRAGONA ★ MÁLAGA ★ VALENCIA
CORUÑA ★ CEUTA ★ GRANADA ★ BARCELONA ★ SEVILLA ★ CARTAGENA ★ MELILLA ★ BADAJOZ ★ CASTELLÓN
TOLEDO ★ LEÓN

EL TRAJE Y EL TIEMPO

POR ANTONIO ESPINA



HACE dos años se promovió en París una gran expectación, en momento señalador, por un lanzamiento de moda masculino. El señor Mauricio de Waleffe se presentó en las carreras—no recuerdo si en Longchamps o en Auteuil—con un traje de su invención. El traje consistía sencillamente en un pantalón corto, medias, chaqueta ajustada a la cintura y abierta con amplitud por el cuello. El cuello de la camisa, flojo y ancho, caía sobre los hombros...

La expectación que produjo el caballero de Waleffe—el cual ostentaba, además, un monóculo en la órbita y un junquillo dorado en la mano—fué grande. Se le acogió con esas sonrisas discretas y amables con que París puntualiza en su verdadero grado cualquier esnobismo y disuelve, comprensivo, cualquier escándalo, aunque en el caso que cito no hubo, naturalmente, el menor escándalo.

La iniciativa de Mauricio de Waleffe apenas encontró secuaces y prosélitos. Pasados los efectos de la nota pintoresca, nadie se ha vuelto a acordar de aquel intento. Y, sin embargo, el intento merecía un poco de atención por parte de los hombres, ya que los hombres no hemos resuelto a la moderna y con su sentido higiénico y estético, nuestra indumentaria. Alguien pensará que este problema de la indumentaria y cosmética masculinas carece de importancia, y por su frivolidad no debe siquiera plantearse seriamente. ¿Qué más da que el hombre lleve pantalón largo o corto, que use cuello blando o cuello almidonado, que se afeite el rostro o se deje crecer las barbas? En efecto, da lo mismo desde un punto de vista *absoluto, infinito y eterno*—como dicen los profesores al hablar de lo trascendente—. Pero desde el punto de vista temporal, inmediato y social, no da lo mismo, puesto que la moda, sea masculina o femenina, no es una cosa enteramente caprichosa y tiene en la vida y las costumbres su sentido profundo.

La moda representa siempre una actitud vital. Un modo biológico. La forma de un traje, la preferencia por tales o cuales colores, el uso de unas prendas determinadas en lugar de otras caracterizan el espíritu de una época tanto, por lo menos, como el arte o las normas de cultura de esa época.

De aquí que el alma de cada tiempo, sus gustos y tendencias, sus preocupaciones y sus necesidades se hayan reflejado siempre en ese espejo social que se llama el traje. El traje no sólo nos revela el carácter general y colectivo de las diversas sociedades que en el planeta han sido, sino que nos ayuda en cada caso particular a descifrar la psicología de un sujeto, el afán interior que lo anima.

La evocación del ayer en una mujercita de hoy.

A su vez ese exponente refinado de la moda — me refiero ahora sólo a la moda vestuaria — que se denomina elegancia, ha influído por manera constante en el hombre y en la mujer. El traje del hombre en los siglos de espíritu militar y aristocrático, corresponde a su patrón bélico, que pasa a la vida civil y da lugar a los ropajes ceñidos y recogidos que se usan, por ejemplo, en la Europa de los siglos XVI y XVII; ropajes que dejan las piernas y los brazos muy libres para el manejo de las armas. El ferreruelo o la ancha y larga capa, única prenda flotante, cumplía finalidades de abrigo y ocultamiento, además de prestarse con docilidad a servir de escudo arrollada al brazo y a ser abandonada en el suelo, si la fuga de su propietario era necesaria. En esos siglos influye también el espíritu clerical sobre la moda.

El estudiante, con su ropilla y su manteo, compone un tipo mixto de indumentaria entre militar y eclesiástica.

En el siglo XVIII es la vida de salón la que determina los usos y formas del traje. Moda estética, sin duda, pero sobrada de perifollos y complicaciones.

* * *

La mujer, modernamente, ha resuelto su problema del traje con admirable acierto. Sería una verdadera lástima que por uno de esos contrasentidos suntuarios de que sólo los modistos y los maestros

EL TRAJE Y EL TIEMPO

de ceremonias tienen la exclusiva, la mujer retrocediese hacia los absurdos figurines del pasado y particularmente los que se usaron a fines del siglo décimonónico.

La mujer va ahora por buen camino (en el asunto de que hablo se entiende). Ha logrado conquistas—no salgo de mi terreno—que ya no debe dejarse arrebatar bajo ningún pretexto. El pelo corto, el traje breve. Gracia, sobriedad, buen gusto, higiene. Por primera vez en la historia, la Eva cautiva que tenían dominada y aprisionada con toda clase de trapos y camisas de fuerza (materiales y espirituales) los cómitres egoístas del sexo contrario, ha roto sus cadenas de cintas y ha proclamado su libertad. Todas sus libertades: la de sus ideas y la de sus pantorrillas, la de sus pasiones y la de su trabajo. Claro que todavía le faltan muchos obstáculos que vencer hasta llegar a esa aspiración suya tan justa y noble de igualarse al varón—a base de sinceridad en carne y espíritu—, tarea en la cual tendrá que luchar con ahinco en países como España, donde las nieblas del catolicismo y la penuria cultural del ambiente impiden el desarrollo de las mejores inteligencias.

En nuestra vida actual, dinámica y deportista, parece que es el deporte el que va decidiendo la evolución del vestido, en hombres y mujeres, inclinándolo hacia formas ligeras y desembarazadas.

Pero, además del deporte, hay otras muchas causas, otros muchos elementos que favorecen aquella evolución. Entre ellos figura, en primer término, la variación de los conceptos morales que, incluso en las conciencias menos amplias, viene operándose. Un criterio estrecho, de falsa visualidad, podría relacionar rudimentariamente el hecho indudable del moderno amor al desnudo, a la despreocupación física y a la sinceridad vital, con una previa relajación de costumbres motivada por la falta de aquellos famosos *sólidos principios de moral* que constan en los tratados.

La visión de los que piensen así es errónea. Nuestra época quizá no pueda presumir de esa gran honestidad de costumbres. Pero dista mucho de estar tan corrompida como otras épocas de la historia, en las cuales las mujeres se arropaban profusamente y apenas participaban del primordial derecho fisiológico, que es el del aire libre, reservado entonces al hombre con abusiva parcialidad. Los períodos que casi todos los moralistas señalan como típicos de corrupción de costumbres, el del renacimiento italiano, el del reinado de Luis XV en Francia, el del reinado de Felipe IV en España, etc., no se distinguen por la ligereza de ropa en la mujer. El culto al desnudo o al semidesnudo no traspasaba ni siquiera en sus más pequeñas manifestaciones a la vida exterior y pública. Se quedaba en aquellos tiempos, burlón e hipócritamente, escondido entre el misterio de las florestas y en las sombras de los camarines. En la antigüedad pagana, en la abyecta Roma de la decadencia y en la luminosa Grecia de los artistas y de los filósofos, no fué el exhibicionismo carnal femenino—pocas veces más ostensible que el que circula en nuestros días—el motivo profundo de las perversiones de que ofrecen ejemplo. Más bien fué aquel exhibicionismo fenómeno aparte, nacido también como el de ahora por un apasionado amor al desnudo y por la despreocupación y alegría física que producen el gusto por el arte y el deporte. Pero a ellos les faltaba como centro de gravitación de todo el sistema de sus dos conceptos morales la sinceridad vital que hoy va ganando, progresivamente, el alma moderna. Sinceridad vital significa desnudo también. Desnudar el espíritu. No tapar los impulsos naturales del espíritu de nuestros sentimientos con ninguna clase de recelos ni de supersticiones, sino reconocerlos con sutil estudio y con biológica humildad, y proporcionarles el natural y limpio cauce que requieren. La ciencia nos ayuda a nosotros en esta obra de vitalismo sincero. La gravitación de los conceptos éticos hacia las verdades de la ciencia nos aseguran el porvenir saludable de las costumbres sin necesidad de prescindir de ninguno de los dos desnudos: el del alma y el del cuerpo. Y si la ciencia no alcanzase a garantizarnos ese porvenir, podemos afirmar, sin temor a equivocaciones, que no habrá nada en el mundo que nos lo garantice. A los pobres griegos socráticos les faltó el apoyo y la luz de la Biología.

* * *

Respecto a la actual moda masculina, no cabe duda que es horrible. Sobre todo, el problema de la pierna es atroz. Porque el del cuello, con estos cuellos de camisa amplios y bajos que ahora se usan, está casi resuelto. Y aun el del busto, con el ropaje soso y neutro, pero cómodo, en que nos envolvemos. Pero el de la pierna carece de toda justificación higiénica y estética.

El caballero de Waleffe tiene razón. Habría que ir resueltamente a la abolición del pantalón largo. Estos dos tubos feos, incómodos, ridículos, que convierten en patas de elefante las piernas de toda o casi toda la humanidad masculina, deben desaparecer. Yo creo que de la fealdad indiscutible de la moda actual en los varones tiene la culpa—y vuelvo a la tesis vulgar del influjo del tiempo sobre el traje—la promiscuidad utilitaria, industrialiforme y plebeya de la vida en el siglo XIX. El pantalón largo deviene uno de los símbolos de esa vida, como también lo es la perínclita chistera. Y como lo fué el sombrero con flores y aves y el polisón que llevaban las damas.

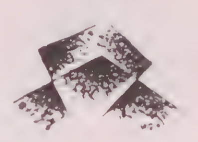
El pantalón largo explica bastante las novelas mesocráticas de Palacio Valdés. Así como la chistera y el polisón justifican el ambiente de la alta burguesía francesa en el período finisecular. Y el sombrero de flores y aves a aquellos estupendos poemas lírico-adulterinos de D'Anunzzio.

El modelo más lógico y estético para un hombre de la época presente no debería prescindir, a mi entender, del pantalón corto, bombacho o suelto. La camisa de cuello blando y abierto hasta la garganta, para dejar en total libertad de movimientos la cabeza y no ocultar la plasticidad airosa de su entroque. La americana o chaqueta también suelta, aunque ligeramente ceñida a la cintura, con objeto de que no haga saco ni estorbe y obedezca a la naturalidad de la línea corpórea y a la proporción. La invasión alegre de colores claros (aunque discretos) en nuestra indumentaria, desterraría el exceso de color monótono que hoy se advierte en todas partes.

Nadie sabe hasta qué punto se nutren la psicología y la economía de esas vanas exterioridades de trapo que los seres humanos nos ponemos encima. No son, por lo tanto, vanas. El amor y la ambición, las dos pasiones más fuertes de la humanidad, se producen y desarrollan casi siempre con la colaboración del sastre, del zapatero, del joyero, del inventor de corbatas y del tejedor de medias. No es, precisamente, que el sentimiento amoroso brote sólo al contacto de la fruslería externa del trapo y de la joya, ni que el hombre que trabaja, impulsado por el anhelo del poder y la gloria, cifre estas ilusiones en la colección de vestidos de su guardarropa, no. Pero el amor al nacer se nutre de todo género de estímulos *de presencia*—todavía no de esencia—y entre ellos, de los más sensuales y sugeridores, que son después de los que emanan de la belleza física, los que fabrica con lujo y refinamiento la industria. No hay que olvidar que el amor, antes que incendio de la entraña cardíaca, suele ser deslumbramiento de la retina. Y de todos los sentidos. Por su parte, los acicates de la ambición, de la sabiduría, del vicio y aun de las virtudes más cristianas en su aspecto social, emergen de esos brillos pequeños, intensos, breves, de esas ventajas menudas que proporcionan, como he dicho, el inventor de corbatas, el tejedor de medias, el sastre y el zapatero. (Todo un ejército de productores de satisfacciones, de mercaderes de vehículos del placer.) Brillos pequeños que a veces pasan inadvertidos. Pero que, juntos y sumados, constituyen el fulgor del gran escaparate. El escaparate radiante de la vida.

Nuestro tiempo, rico en espejismos y luces, no necesita aumentarlas con el abigarre de los trajes. Por eso la suprema elegancia debemos buscarla en las delicadas exteriorizaciones del desnudo y en la sencillez práctica del vestido.

ANTONIO ESPINA

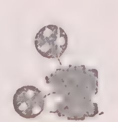



ROLDOS-TIROLESES S.A.
Coty
PARIS
MUJERES...
Al acostaros no dejéis a vuestro cutis que conserve el polvo y las impurezas adheridas durante el día. Limpiadlo cuidadosamente con "Colcreme Coty" que lo dejará suave y reposado.
Por la mañana, después de vuestra "toilette", aplicaos con un lienzo fino ligeramente humedecido una pequeña cantidad de "Crema Coty", que preservará vuestra piel del aire y del frío y es la base perfecta para los "Polvos Coty"
Con este sencillo tratamiento daréis y conservaréis a vuestro cutis suavidad y finura eternas.
CREME DE COTY
A. T.

Temas cinematográficos



EL ACTOR DE CINE





Una escena del «film» de Jean Epstein, el primer director de vanguardia mundial, «El hundimiento de la casa Usher», traducción cinematográfica del cuento de E. A. Poe. Esta banda ha sido proyectada en la primera sesión del Cineclub de Jiménez Caballero y Juan Piqueras, con franco éxito.

El actor, intérprete, entre todos los sujetos del cinema, es lo más respetable. Como es digno de respeto todo lo que tiene una virtualidad—esencia propia—, sea buena o mala. Para ser intérprete de una película se necesitan ciertas aptitudes nativas—dignidad de todo lo apto—que obstruyen el camino en los advenedizos e inhábiles, prontamente desplazados y sustituídos por valores reales. Cabe la intromisión de incapacitados en la esfera de los directores, productores, empresarios, operadores y técnicos, críticos y ensayistas del cinema. Pero entre los intérpretes, no. Es imposible obtener la categoría de artista de la pantalla sin una serie de cualidades innatas, no tan difíciles de poseer como generalmente se cree; sin embargo, bastante excepcionales.

No tenemos la intención—en este breve ensayo—de fijar y definir esas cualidades, y menos aún enumerarlas. Solamente nos ocuparemos de un problema vulgarmente trascendental para los actuales aficionados al séptimo arte, cuya importancia, a nuestro juicio, ha sido exagerada—confesamos nuestra incredulidad—. Se trata de la espeluznante palabra *Fotogenia*.

* * *

Fotogenia—fotogénico—es un término comenzado a usar en Francia, que sirve todavía para designar en general las aptitudes favorables de una persona para la fotografía. Es *fotogénico*, en palabras corrientes, todo aquel que *sale bien* en las fotografías en que aparece.

Hay ciertas cualidades físicas y psicológicas reflejadas, independientes de la mayor o menor belleza del sujeto, que unas personas acusan ante el objetivo de la cámara fotográfica tal como son, o mejorándolas, y otras, en cambio, pierden hasta el último extremo desfavorable. A las primeras, que aparecen tal como son, o favorecidas, en la fotografía se las puede aplicar el adjetivo *fotogénico*, al contrario que a las últimas.

Del escaso papel que en el asunto juega la belleza, es ocioso discutir. Generalizando el concepto *Fotogenia*, para nada debe intervenir la hermosura. Ya veremos después cómo se ha tergiversado y desvirtuado la primitiva—y auténtica—acepción de fotogenia.

La importancia de la cuestión se halla en el mecanismo de la fotografía. Puede explicarse el misterioso hecho de la fotogenia del siguiente modo:

El ojo humano, la retina, no sorprende jamás una cara, el aspecto general del sujeto, en un estado de quietud absoluta, de estatismo momentáneo. Aunque vea por primera vez a una persona, y rápidamente, antes de trasladar al cerebro la impresión—o una serie de impresiones parciales formadoras de un todo global—estudia su figura general, sus detalles desde los más diversos puntos de vista, adivina—con el poder de la inteligencia—e intuye la psicología del sujeto campo de visión, reflejada en su cara, gestos y movimientos, mientras actúa el pensamiento sobre las impresiones visuales dirigiéndolas adonde conviene para formarse una mejor y más completa idea de lo que se mira. Pero, y he aquí lo más importante, la vista humana y los caminos que sigue para informarse de lo que ve está compuesta de recuerdos y antecedentes. La retina podrá retratar fríamente un objeto, por ser incapaz—por sí sola—de transformarlo en la acción visual; pero la inteligencia, en el momento de recoger la impresión retiniana, la desvirtúa y disciplina según conveniencias momentáneas y subconscientes, que obedecen

A partir de su perfecta realización en «La ley del hampa» —«Underworld»—, George Bancroft se ha acreditado como el primer actor de carácter del cinema

Sobre un maravilloso tema colonial, las aventuras del virrey Amat con la famosa «Perricholi», en el ambiente fastuoso y sensual de la Lima del 700, se ha inspirado la película a la que pertenece esta foto: «The bridge of Saint Louis Rey»—«El puente de San Luis Rey», interpretada por Raquel Torres, E. Torrence, Don Alvarado y Lily Damita, dirigida por Ch. Brabin. Nos huele a terrible «españolada». Y es lamentable que la raza se deje arrebatar sus grandes motivos de inspiración cinematográfica como éste de la Perricholi, por el que sintió tanto cariño el inmortal Ricardo Palma, dedicándole muchas páginas en sus bellísimas «Tradiciones peruanas».

a una larga historia psicológica y temperamental. En resumen: las personas, los seres humanos, no son para nosotros exactamente como los vemos, sino como los queremos ver. Además, la movilidad del ojo dentro de la órbita permite la visión del sujeto en planos e iluminaciones variadísimas; que pueden ocasionar la compensación de algunos momentos luminosos favorables—puesto que la impresión de la belleza de una cara, por ejemplo, nos la da la descomposición de la luz en los distintos planos faciales y la distribución de luces y sombras—por otros desfavorables, y al contrario. Y siempre, repetimos, esas impresiones están tamizadas, desvirtuadas por la inteligencia del sujeto visor.

En cambio, el ojo de la máquina, el objetivo, impresiona, sorprende una actitud del objeto que entra en su campo y la fija permanentemente. No recorre—por imposibilidad material —los diversos puntos de vista que ofrece el sujeto visado, sino que fija, de un modo implacable, uno solo. Aun en la misma cámara cinematográfica, la película es una sucesión de instantáneas estáticas que unidas, y por un sencillísimo fenómeno óptico, producen la impresión del movimiento. Así, pues, todo depende de la luz y de los diferentes planos luminosos que despide la figura y el contenido del campo visual. No hay nada que modifique la impresión del objetivo ajeno a ese reflejo de los planos luminosos.



Emil Jannings, en una escena de su última producción, «Los pecados de los padres». Jannings, que ha acentuado su afectación y teatralidad en estos tiempos de su estancia en Hollywood, interesa —artísticamente— cada vez menos a los buenos críticos mundiales de cinema.

La belleza fotográfica es distinta de la belleza óptica en absoluto. Sobre el objeto visado fotográficamente no puede intervenir la memoria ni la inteligencia en el momento de reflejarlo. Ni siquiera aparece como es, sino como descompone la luz en aquel momento.

De aquí la razón de que muchas personas que vemos provistas de

Clara Bow, la revoltosa «flapper» del pelo rojo —que entre los egipcios faraónicos era símbolo de maldad—, ha encontrado un caballo blanco. Y se agarra a su cabalgadura con todas sus fuerzas: las manos en la crin y las piernas —maravillosas— prietas sobre el lomo de cartón.

encantos o de detalles sugestivos *tête-à-tête* defrauden en la pantalla o en el retrato hasta el punto de parecernos otras muy distintas. Todo consiste en la desafortunada distribución de planos reflectores de luz. Y, al contrario, existe una gran cantidad de sujetos que mejoran notablemente en la fotografía y nos ofrecen particularidades que no captaba el ojo humano.

Concluída esta somera explicación del fenómeno *fotogenia* nos resta explicar la incredulidad que subrayamos al comienzo sobre su importancia actual en la elección de los artistas cinematográficos. Mientras sirvió para designar una serie de cualidades fotográficas independientes del concepto *belleza* tuvo razón de existir y desempeñar importante papel en la técnica del cinema. Pero la abundancia extraordinaria, entre los artistas de la pantalla, de hombres y mujeres perfectos desde un punto de vista físico, con preferencia a otros aspectos, el predominio y dilección públicas que empezaron a gozar—y disfrutan todavía—los hombres guapos y las mujeres hermosas, convirtió a la fotogenia en un sinónimo de belleza. Hoy, al decirse *fotogénico*, se traduce por arquetipo de perfección física. Es más; se ha llegado a tal exageración que en la misma patria de la palabra, en Francia, se llama irónicamente *fotogenique* a los hombres y mujeres presumidos o excesivamente engreídos de sus perfecciones, reales o supuestas.

Tan vulgar se ha hecho la última, desacertada, acepción de la palabra *fotogenia* que no bastan las aclaraciones, por precisas y concluyentes que sean. Es necesario borrarlas del léxico del cinema, negar su valor. Cualquier persona, en algún momento, puede ser intérprete de una película. Por eso no necesita, no debe necesitar ser *fotogénica*. El interés de una película no puede depender de la mayor o menor belleza de sus intérpretes.



He aquí a una simpática émula nacional de Clara Bow. Se trata de Isabelita Alemany, que comienza a destacar brillantemente en algunas producciones españolas.

Dos formidables apoyos ofrecemos en favor de nuestras afirmaciones. Como hemos establecido, la *fotogenia* en cualquiera de sus dos acepciones, la auténtica y la falseada, depende de la refracción de luces, de la luz en último término, y de la distribución de sombras en la cara del sujeto. No es necesario que la misma naturaleza se dedique a proporcionar a determinadas personas, con exclusión de otras, esas ex maravillosas cualidades. El cinematografista dispone de dos magníficos recursos que le capacitan para transformar un objeto o sujeto que no lo sea en *fotogénico*. Estos recursos son el maquillaje y la distribución y ordenación de luces, capaces, cuando se los utiliza sabiamente, de trastornar y corregir a la Naturaleza y a sus obras.

Pero, sobre todo, el cinematografista actual tiene un prodigioso ejemplo que copiar de los cineastas soviéticos, de la nueva Rusia. Esenstein, Pudovkin, Ziga, Vertoff y otros realizadores comunistas, cuya aptitud esencial es la improvisación, han prescindido en absoluto de los valores fotogenia, belleza, educación artística, historial de actuación y todo lo demás que se exige a los actores de cine en los países capitalistas. Para cada *film* escogen al tipo necesario, sin preocuparse para nada de si ha trabajado o no antes de su utilización. Se huye del



La bella artriz cinematográfica Paulette Dubal.

estrellato y de la clasificación, de calificar a cualquiera como *gran actor*. No hay ídolos ni se venden postales de favoritos. Todo queda supeditado a la voluntad del realizador, y a su cargo está la educación artística y momentánea-ocasional de los intérpretes de una película. Hay escuelas profesionales, subvencionadas y regidas por el Estado, en Moscú, Leningrado y Kief. El Instituto del Estado de las Artes escénicas y la Kino-Photo-Technikun son las principales. Pero si entre todos los alumnos de esas escuelas no hay alguno que responda al tipo que se desea realizar se prescinde en absoluto de ellos, no se altera el curso del *film* ni la intención del realizador y se busca en el campo o en la fábrica el personaje conveniente. Ese es el verdadero camino del cinema, el único modo de librarle de las limitaciones impuestas por los *divos* consagrados, cuya categoría exige películas hechas a la medida, exprofeso, a sus aptitudes. El actor del cinema, para realizador, ha de significar lo mismo que un objeto de la utilería cuando esté confeccionando el guión. Y después, en el rodaje, no amoldarse a criterios y moldes, sino plegar el alma del artista-intérprete a sus deseos y a su realización. Abrir el escape libre de la interpretación personal únicamente cuando así convenga a los fines de la película. Pero siempre disciplinada, encauzada. El cinema—arte nuevo—es diciplsina y renunciamiento de la personalidad. Es el gran medio de expresión de lo colectivo, de las muchedumbres. Es un arte esencialmente colectivista, y es la nueva religión de las masas.

Fernando G. MANTILLA

Con Valentín Parera, a raíz de sus últimas interpretaciones, vuelve a surgir la esperanza de que tengamos un actor internacional en nuestro cinema casero y localista. Se ha impuesto en Francia, que vale tanto como decir Europa, y ya es muy importante escalón en su carrera. Una de estas fotografías le representa en una apasionada escena de su último «film», abrazando a Conchita Piquer. En la otra lleva con gallardía esa especie de uniforme andalucista tan difundido por el mundo. Y en todas está sobrio de gesto y perfecto de ademán.

LAS GRANDES OBRAS DE INGENIERÍA NACIONAL



UN NUEVO PUENTE SOBRE EL GUADALQUIVIR



Recientemente ha sido lanzado sobre el río Guadalquivir un puente metálico, en cinco tramos, de 250 metros, que servirá para el tendido de la doble vía férrea entre Córdoba y Sevilla. Tan importante obra de ingeniería ha sido proyectada y realizada en su totalidad por los ingenieros españoles D. Julio González-Valerio, D. Rafael Ceballos y D. Adrián Alberca. Estas curiosas fotografías, tomadas antes de ser lanzado y en pleno lanzamiento, dan una idea de la magnitud del puente al relacionarlo con las patrullas de obreros que, sobre el mismo, le impulsan por medio de poderosas palancas hacia el último pilar en que descansará uno de los extremos.

LA VIDA EN EL MUNDO

CIRCO Y CANCIÓN

por

Miguel Pérez Ferrero



FIERAS EN LIBERTAD – HOMBRES ENCADENADOS



En cualquier rincón. Tristes, solas, desoladas: las fieras del circo. De todos los circos. Que levantan sus banderines de colores al cielo. Que abren sus puertas al silencio y no a la algazara de los espectadores. Que se limpian de olor a cuadra o a cubil y se perfuman de camerino. Forzosa, ha llegado la huelga del hambre y, con ella, la libertad de los animales, ya domésticos, hijos de otros domesticados. El domador: oro de entorchados, talle ceñido, polainas brillantes, en lugar de empuñar la fusta y la pistola, maneja la pluma, un estilógrafo de escritor. Es la vida, la nueva vida, novísima, que le pone en el duro trance de escribir poemas. Antes los inspiraba. Eran tiempos en que sólo había que preocuparse de apretar rápida y repetidamente el gatillo de los disparos; éstos se confundían luego, en el estampido, con los aplausos en salvas. El león—el tigre real, o la pantera—se tendía en el suelo amodorrado por los efectos de una laboriosa digestión. El hombre triunfaba, encadenaba a la fiera. Ofrecía el símbolo de una evolución de muchos siglos. Se evocaba el antiguo circo romano, donde el débil hombre siempre hacía de víctima. El público quedaba satisfecho y salía alabando la civilización. Todo conseguido con un pequeño juguete de seis cápsulas, con una ración previa, abundantísima, de buena carne y con una serenidad fabricada a fuerza de miles y miles de teorías filosóficas. Indudablemente, significaba un éxito de la humanidad... Pero así como no existe cosa que no pueda mirarse y apreciarse desde puntos diversos, y varía, de continuo, la predilección por distintos miradores, conforme las épocas se suceden, tampoco—por fortuna, como regla general, y desgraciadamente, como excepción—aparecen los pensamientos inmutables. Se establece de pronto ¿y por qué? un sistema flamante de concepciones e idealismos. Se cuelgan de los carteles y de las luminarias sociales unas palabras hoscas, duras, acaso no tanto sin corazón como sin cerebro. No invitan a la liberación ni al asociamiento, sino a encadenarse. Al brotar de unos labios ya mudos, la masa, una masa, las acepta sin replicar y otra las aplica, igualmente, pero con más antipática fórmula: «La Libertad es un prejuicio burgués», dicen las palabras. Así, un deseo justo, que en poco más de un siglo estaba al borde de adquirir vitalidad plena—los fenómenos sociales se desarrollan y adquieren estado en bastantes más de uno—muere y se ahoga por falta de aire respirable en el viraje velocísimo de la aspiración común. Se trata de una regresión y, sin embargo, los hombres de la actualidad buscan con su linterna, llevados de un impulso mismo, las más gruesas cadenas, que han de juntarles concienzudamente las manos.



En el circo, departamento casi invisible, fuera de su condición espectacular, ha ocurrido lo propio. Hombres encadenados voluntariamente han abierto las puertas de todas las jaulas y han mostrado a las fieras el camino que ellos anduvieron antes, con sudor y alegría. Sendas libres y el lejano desierto al final. La rosa aplastada de la pista hay que prenderla en los ojales y no en la trompa del primer elefante que se la quiera llevar. Ese ha debido ser el pensamiento de los humanos invasores. Los canguros boxeadores, los monos trapecistas, sobran. El circo lo han tomado por asalto los escritores que desempeñaron hasta el último de los papeles. Era la cadena que les correspondía, que tenían que hallar, porque la literatura era, y sigue siendo, la más difícil prueba acrobática; las ideas y palabras que sólo pueden caer en su sitio, con el peligro de estrellarse. Era eso, eso; el circo sin local, sin las letras que componen el nombre, y

sin la alfombra multicolor... El hombre—¿pena o júbilo?—se encadena, el escritor, como tal, también. (El estadio estaba tomado de antemano y la escena decadente,) Tzara, Ramón, Cocteau, Aragón, Alberti, han ido ocupando las mejores anillas. Van a ofrecer asombros de agilidad. Las fieras se marchan, aunque intenten supremos esfuerzos y superen sus habilidades. Acaso las admitan en los Jardines de Aclimatación. Los domadores, arruinados, se preparan a escribir poemas...

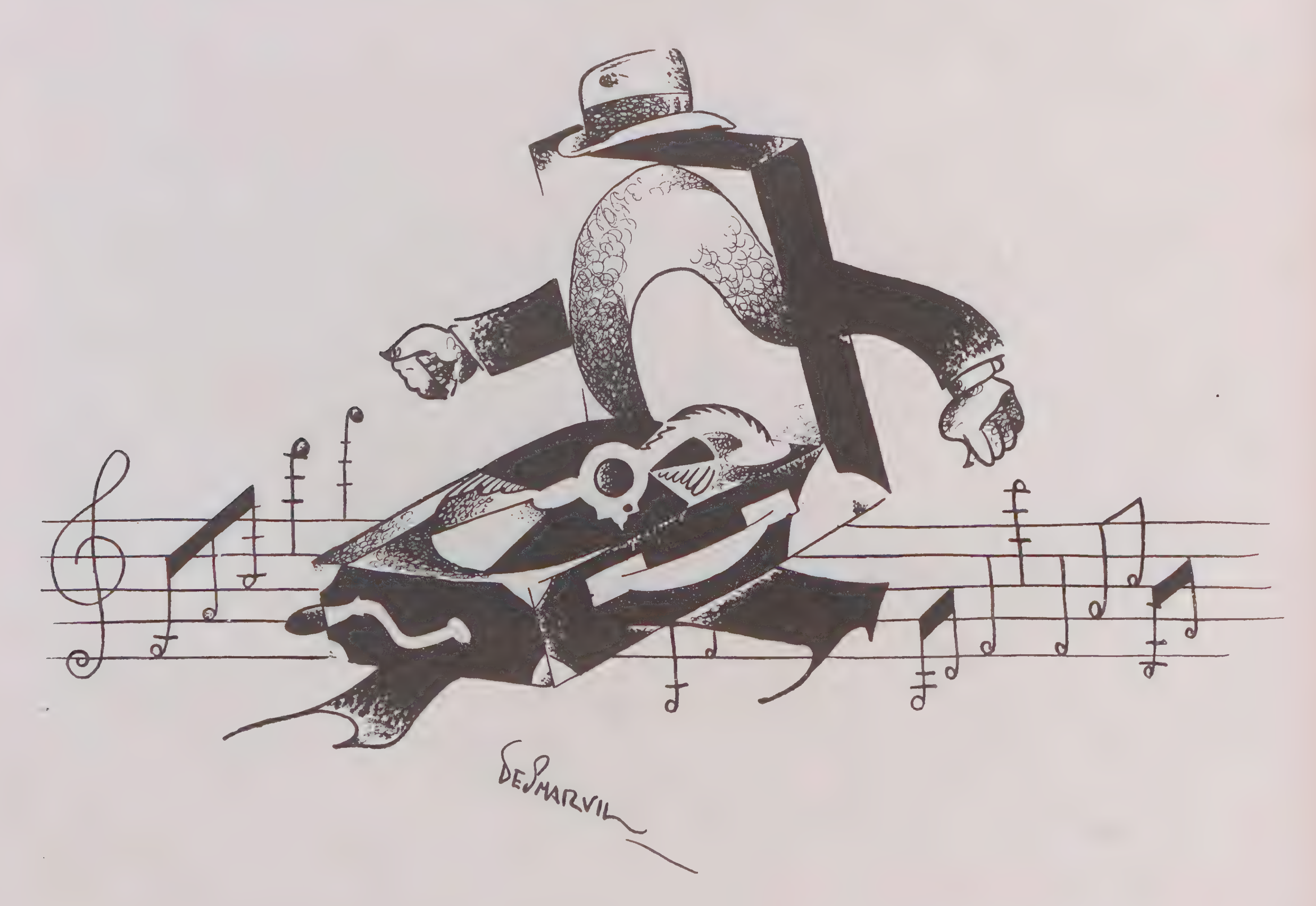
MALETÍN DE MÚSICA

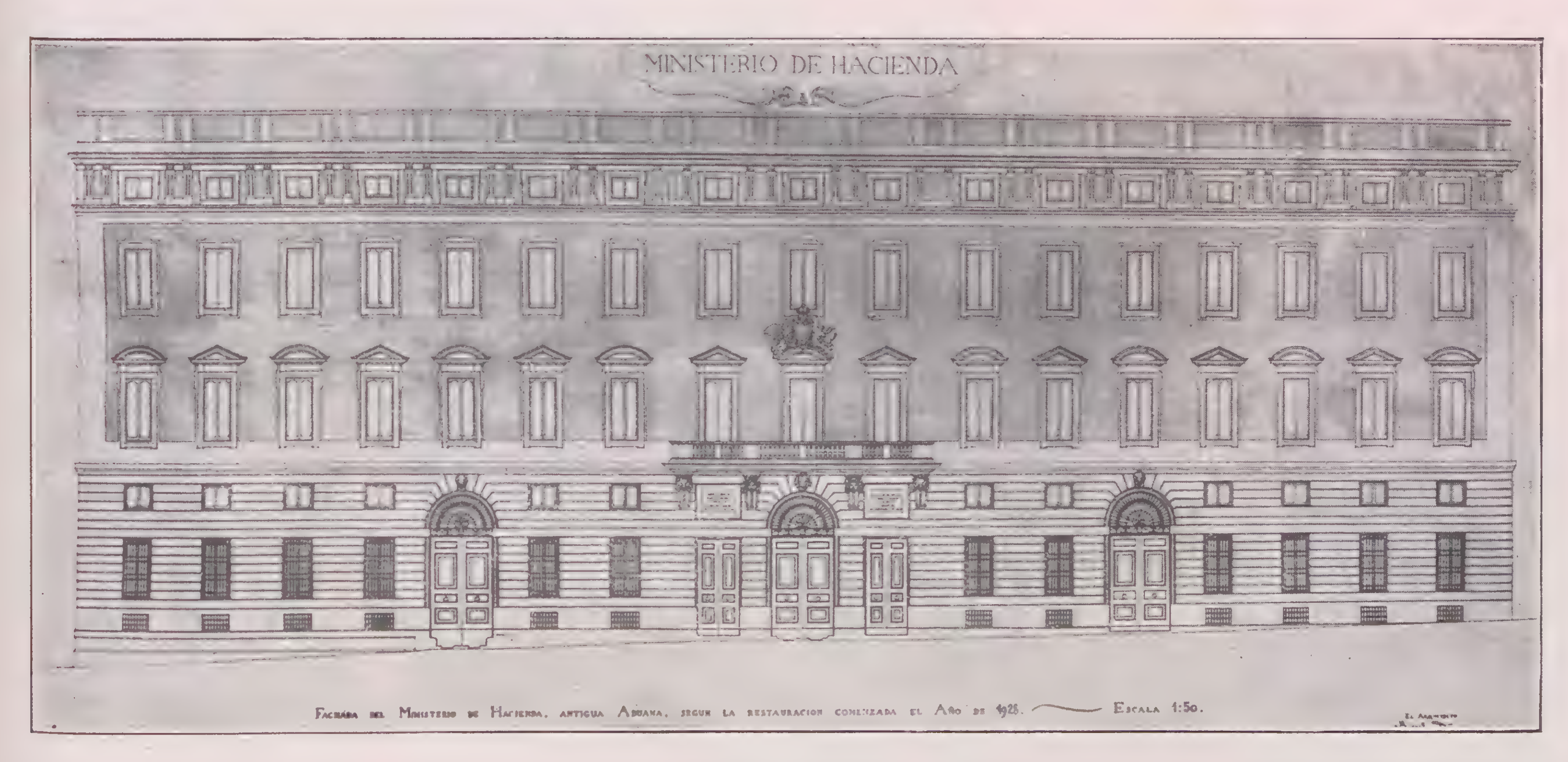
Antes, la gente se daba cita en el turno impar. Pero a la melodía dulzona de la ópera sucedió el concierto, y en éste se implantaron, tras lucha breve, las nuevas modalidades. Una música que acababan de hacer los músicos para ellos solos y que poco a poco irían entendiendo los demás. La clave la dió un día, para España, el filósofo José Ortega y Gasset, en una conferencia sobre nuevo arte en general. Los poetas griegos habían creado una poesía impenetrable a la masa, esa poesía que ahora sería un pecado no entender o impugnar. Los artistas jóvenes de espíritu no hacían sino seguir antiguas huellas, saber valorar y continuar la tradición. El oído no acostumbrado, la mirada no educada, la sensibilidad sin preparación, no tenían, ni tienen, derecho a la protesta, a la airada réplica, al juicio. Así, con sus compañeras de otros sectores, entró la música moderna en las viejas salas y en los programas de las orquestas. Y una legión de músicos—¿para qué citarlos si están en todos?—modeló la materia y creó el sentido, ese sentido que faltaba y que era tan necesario. De sesión a sesión se avanzaba un paso, se lograba un mayor respeto y una más honda admiración. Un día, al fin, una voz autorizada lanzó a los cuatro vientos las excelencias del maletín de música y la ilusión, aun irrealizable, de escribir para discos y sobre discos, de eliminar todo otro aparato musical. Aquello era la puñalada a los exquisitos, a los maestros, a los de dedo en ristre para marcar compases, y mano en la oreja para no dejar escapar ni una sola nota del divo. ¡Escribir sobre discos músicas de ingeniero! Una música en la que no se podría llevar el compás. Pero las quejas de los exquisitos, blandos y tontos, había que apagarlas, que inutilizarlas al lamento. Surgió, como por encanto, una palabra en una etiqueta: «Polidor». Una divisa, algo engaño y algo anticipo de ese grande y maravilloso porvenir. Al contacto de una aguja: las más finas vibraciones, los más limpios sonidos, con eliminación de ajenos componentes, pero no con exclusión de su característica. No era la superación del hombre por la máquina, sino la máquina prodigiosa humanizada en sones propios. Otra firma, en su correspondiente etiqueta, hacía el dúo: «Columbia». Nombres evocadores de nada, libres de recuerdos, vacíos de sentimentalismo, llenos de esfuerzo, de dinamismo y de expresión peculiar... ¡Escribir sobre y para los discos, esos discos que van más lejos que los deportivos, y que, tan frágiles, rebosan de vida y de velocidad!

Matar los cánticos que, apenas empezados, ya se sabe cómo van a terminar. Los músicos ya no escriben para volverse al éxito inmediato con los ojos llenos de agua, como el clásico e inmortal maestro. Prefieren que éste les llegue a su rincón. Prefieren que cada hombre posea sus obras en su maletín de música y las oiga en esos momentos de soledad en que no sabe si teme o no encararse consigo. El ritmo de su época le enseñará lo primero a afrontarse y a conocer su verdad. Y el hombre, quiera o no, será de su tiempo. Y la afirmación de Pérez de Ayala no parecerá dudosa. «Polidor», «Columbia», otras divisas, hacen mucho todos los días por que esto se cumpla.

MIGUEL PÉREZ FERRERO

Ilustraciones de Desmarvil.





Plano de la fachada del ministerio de Hacienda

Arquitectura y decoración

La extraordinaria transformación que arquitectónicamente Madrid viene sufriendo en la última década merece muy bien la atención de propios y extraños, porque significa la evolución profunda de la idiosincrasia habitual de sus habitantes tenida por espacio de más de un siglo. Hemos de ocuparnos, antes de estudiar la arquitectura moderna, de la orientación que se sigue actualmente en la restauración de los edificios oficiales antiguos, que precisamente venían siendo modelo de desidia en su conservación cuando nomotivo o pretexto de gastos cuantiosos para el Erario público, por sus restauraciones onerosas e inútiles por defectuosas.

El precedente de las restauraciones de la Casa de Cisneros, del mismo Ayuntamiento y las de las Salesas Reales ha cristalizado en el espíritu de los Gobiernos actuales, y dedican con cariño y acierto créditos cuantiosos a las restauraciones de sus edificios, criterio que hemos de agradecer, pues, con la honradez que hoy se realizan, se subsana la falta, si existe, de recargar en un momento determinado capítulos del presupuesto, pues a la larga ha de servir con creces para acumular economías. Lo barato siempre es caro. La actualidad que hoy tiene la restauración del ministerio de Hacienda ha determinado nuestra interviú con el ilustre arquitecto D. Miguel Durán, que, confirmando las noticias que de su amabilidad y valimiento teníamos, ha complacido apresuradamente nuestros deseos, que le agradecemos muy cumplidamente.

Escuchándole atentamente y sin interrumpir sus manifestaciones con preguntas premeditadas, nos dice:

Dado el espíritu que orienta todos mis trabajos, que es fundamentalmente en las restauraciones la probidad artística, busco siempre los elementos de juicio más autorizados, para no salirme del cauce trazado en su edificación; pero en esta ocasión no tengo inconveniente en declarar que he enmendado la estructura, en parte, sin menoscabo del conjunto estético logrado por su autor.



Escudo y esculturas originales de Michel

La restauración de la fachada del actual ministerio de Hacienda fué el producto de estudios lentos que llevaron al convencimiento mío que el ladrillo que se recordaba existía antaño en la mitad su-



Salón grande de recepciones, que se ha conservado como estaba anteriormente

perior de la fachada no fué más que figurado, hechos confirmados después por detalles de muy antiguas fotografías. Una vez hechas las calas necesarias, se vió por la estructura del muro y la colocación de los sillares de piedras que no pudo haber nunca ladrillo, y entonces determiné colocarlo; pero para ello fué preciso cortar los atirantados de hierro de las bóvedas de la primera, que salían al ras de la fachada, consolidándolos de nuevo. Es decir, que he hecho una enmienda que no sólo desvirtúa la visual estética del gran edificio, sino que creo que Carlos III y Francisco Sabatini, autor del proyecto en el año 1761, no dejarían de reconocer hoy que no sólo admiramos su obra, sino que procuramos avalorarla con elementos que en nada perjudican la obra primitiva.

¿Que por cuantas vicisitudes pasó la construcción del edificio? Por muchas y de variada índole y que todas ellas demuestran cómo han variado los tiempos. En un párrafo de uno de los escritos que recuerdan su construcción dice D. Damián Menéndez: «Tenía el asentista sesenta hombres que trabajaban como queda referido en los dos hornos de ladrillo junto a la ermita de San Blas, y solicitó se le permitiera sacar pan de Madrid para el consumo de dichos jornaleros, a lo cual no se accedió, porque además del fraude que harían, causarían un ejemplo muy perjudicial; pero que si quería 50 ó 60 fanegas de trigo para panadearlas por su cuenta se le darían en San Fernando, al precio del Pósito, a lo cual se avino el asentista.»

Estos detalles, al parecer de poca monta, se repetían con harta frecuencia en variados asuntos como la escasez de carretas, requisadas en toda España para el acarreo de trigo a Madrid, y la discusión que se entabló al surgir el pago de los compromisos del asentista, sobre si había de ser el rebatir o el tirón, conceptos que hoy desconocemos. El contratista tenía hecho el 25 por 100 de descuentos sobre el precio de subasta, y al hacerle el pago se le daban 75 pesetas por 100 de gastos, que es lo que se llamaba al tirón, y él pretendía que fueran 100 por cada 125, que se denominaba al rebatir; pero la suspicacia del contratista fué vencida, después de innumerables discusiones de economistas y aficionados, por



Nuevo despacho del director general de Propiedades

Arquitectura y decoración

el que llevaba las cuentas geométricas, don Enrique García San Martín. De otros detalles puedo decirle que la obra costó 17 millones de reales, durando su construcción ocho años; que el edificio se construyó para Aduana, hasta que, el año 1848, fué ocupado por el ministerio de Hacienda.

A nuestra observación de que tiene en su ornamentación muy pocos elementos decorativos, asiente el Sr. Durán, continuando: pocos, pero buenos. El escudo y las figuras a modo de tenantes del centro del balcón principal y sus ménsulas son obra de Michel, de una gran belleza, pero que los madrileños, acostumbrados a ver diariamente, no le prestan atención.

Dentro del edificio se hace una verdadera labor de saneamiento, procurando conservar su verdadera estructura, haciendo desaparecer de ella los aditamentos inverosímiles que habían constituído otras antiguas reparaciones. Únicamente se trata de colocar a la altura que merecen las dependencias anejas a los salones y despachos oficiales, decorándolos a tono con el edificio, pero dentro de una sobriedad extraordinaria; afirmación que comprobamos visitando los lugares reformados, que denotan, aparte de un vasto conocimiento de los estilos, un depurado gusto en el difícil arte de la decoración.


Nuevos decorados de la crujía de acceso a los salones y despachos del ministro

Ya en plan de despedida, agradecidos por los elementos de juicio que hemos recibido, inquirimos del joven arquitecto qué otras obras oficiales ocupan su atención, y nos habla de la restauración, que se está llevando a cabo bajo su dirección, del patio y paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares, en cuyas obras ha tenido el acierto el Patronato Nacional de Turismo de llegar en el momento preciso, pues de no haber comenzado las obras con la diligencia que en ellas se puso hubiéramos tenido que llorar su pérdida, porque estaba en situación de ruina inminente. Inquirimos de tan ilustre restaurador qué criterio ha de seguir, y nos contestó que el de conservar y consolidar solamente la estructura del edificio, limpiándolo de todo elemento dañino al buen conjunto y dándole la apariencia de algo vivido actualmente.

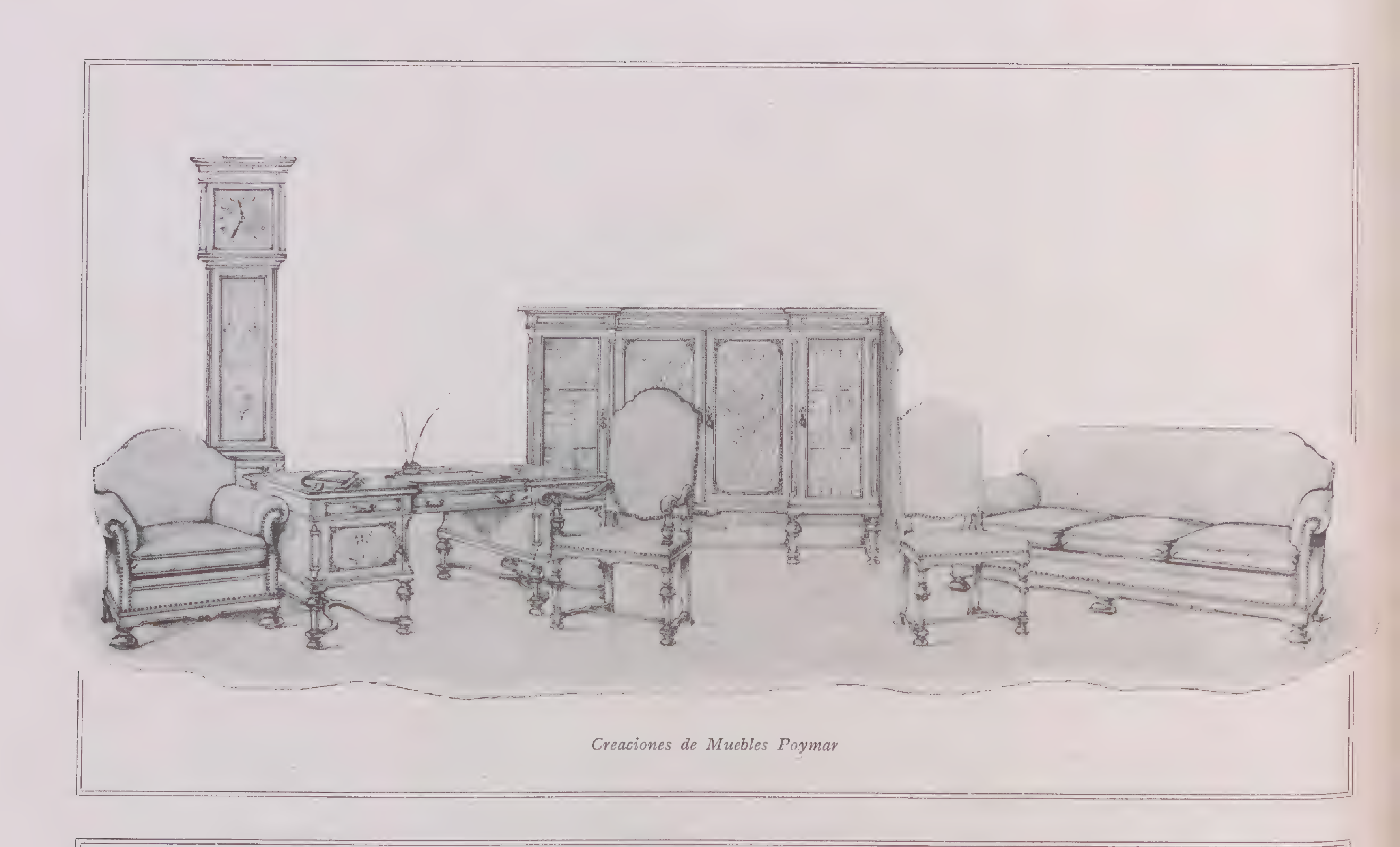
Me hace admirar un notable antiguo dibujo de Villamil, y observo en él el empaque de distinción que tiene y la severidad con que hacen realzar el conjunto del paraninfo unos soberbios reposteros colgados de sus muros, decoración que si no fué la de su tiempo pudo muy bien serlo; tanto avalora su visualidad.

El constante requerimiento de personas que solicitan su personalidad me obliga a despedirme de D. Miguel Durán, agradeciéndole sinceramente las palabras que de sus labios he escuchado y estrechando su mano, que tan certeramente sabe desarrollar sobre el papel los destellos de su clara inteligencia.

COLOFÓN

He hablado con un hombre que es una planta del vivero actual de arquitectos, entre los que descuellan capacidades hasta ahora poco comunes que sabe llevar, a la par, que es lo más difícil, y a la misma altura los vastos conocimientos matemáticos y el entusiasmo del más genial artista en el campo luminoso de la belleza en las artes, uniendo a esas cualidades otras personales como la afabilidad y la simpatía, cosas todas que no van siempre unidas.

Antonio PRATS



Creaciones de Muebles Poymar



Un animal del que se aprovecha casi todo su peso en vivo

El ganado de cerda

«CON PERDÓN»



No se por qué, pero es el caso que las buenas gentes de los pueblos, cuando ante uno nombran al cerdo, guarro, cochino, gocho, puerco, marrano, etc., pues con estos y otros delicados nombres es conocido, siempre dicen finas: «con perdón».

«Con perdón» diré yo también, para no ser menos, ya que me propongo hablar a ustedes del guarro, gocho, marrano, etc.

Con perdón... pero no lo entiendo. Porque ocurre que esas mismas palabras se las grita la madre al hijo, que es más «espeso» que una mayonesa bien trabada, y nunca antepone, «con perdón».

Y se las espeta una ciudadana a «su hombre», si a mano viene, y tampoco hace la salvedad.

Decimos «don Fulano es un cerdo»... y no le pedimos perdón a nadie.

Lo que enseña, que la falta no es decir guarro, pongo por improperio, sino que el guarro sea el cerdo. ¡Una manifiesta injusticia!

Porque el cerdo es un animal como otro cualquiera, muchísimo más útil que otro cualquiera, y limpio y pulcro como el que más.

Las instalaciones modernas de los cerdos, vulgo porquerizas o cochiqueras, cuentan con el detalle del baño—como esos pisos que se anuncian *todo confort*—, porque así lo piden, gruñendo, sus calumniados inquilinos.

Los cerdos se bañan, y las «cerdas» se utilizan para *cepillos*. ¡Imposible mayor aseo!

Pero la costumbre hace ley y no es cosa de que vayamos a quedar mal por dos palabras.

Con perdón...

HISTORIAS Y CUENTOS

Que si fué...

Que si vino...

Esto del cerdo debe ser cosa muy antigua.

Por un lado aprendemos que, en los primeros tiempos de la Era Cristiana, se entablaron cruentas luchas entre los que reputaban al cerdo inmundo, impuro y de carnes nocivas y los partidarios de su consumo.

Quizá debido a alguna infección de triquinosis—determinada por un parásito: la triquina—decidieron Moisés y ciertos legisladores mahometanos prohibir el uso de la carne de cerdo, veto que ha sido respetado y que aun se observa entre los fieles de Mahoma. Aunque muchos se lo salten a la torera, como la famosa ley seca de los americanos.

Isaías habla de judíos que se juntaban por la noche en sitios retirados para comerse unas magritas.

Antíoco Epifanes, en el deseo de que la raza judía infringiera la ley mosaica, pretendió forzar a este pueblo a consumir carne de cerdo. Y se dieron casos heroicos de inquebrantable resistencia, seguidos de inhumanos martirios.

Flaco, prefecto del Egipto en tiempos de Calígula, invitó en

El ganado de cerda



Maternidad.

cierta ocasión a varias judías a comer cerdo públicamente en un teatro. Las judías rechazaron al cerdo, sin sospechar que, andando los tiempos, habían de hacer tan buenas migas.

Indios, árabes, etíopes, fenicios, etc., se abstienen asimismo de saber lo que es bueno.

¡Peor para ellos!

CERDOS Y JABALÍES

En el reverso de medallas consulares romanas aparece grabado un bicho. ¿Es un cerdo? ¿Es un jabalí? En monedas y en relieves en piedra y en pinturas rupestres surge la misma duda. La tosquedad de los dibujos, la acción demoledora del tiempo acentúan la confusión. Cerdo o jabalí fueron distintivo y emblema de romanos, celtas y galos. Pero ¿cuál de los dos?

El cerdo de ahora es un lejano descendiente del jabalí común de Europa, *Sus scrofa,* y de un jabalí asiático, *Sus indicus,* representado en la actualidad por razas domésticas. El cerdo difiere del jabalí porque tiene cara y cuello mucho más cortos; porque sus orejas, más o menos péndulas, se alargaron; porque los colmillos del macho o verraco logran un menor desarrollo; por el pelaje, constituído sólo por cerdas, muy escasas en ciertas razas precoces, faltando por completo el vello lanoso que entre aquéllas tienen los jabalíes; porque las crías o lechones no presentan la piel a listas... Mas, si el cerdo *fué* jabalí y tiende a hacerse jabalí, cuando se abandona a sí propio, cuando, como aquél, vive los montes y lucha por la vida libre de la tutela del hombre, ¿cerdo o jabalí qué más da?

RAZAS

Las razas del ganado de cerda pueden dividirse en tres grupos: De tipo céltico: cráneo braquicéfalo—más ancho que largo—chatas, de orejas anchas y colgantes. Ejemplos: la craonesa (la mejor de Francia); el Large Black (una de las más antiguas inglesas); la gallega, etc., etc.

De tipo ibérico: cráneo dolicocéfalo, orejas largas, estrechas y horizontales; hocico alargado. Ejemplos: razas andaluza y manchega.

De tipo asiático: cráneo como el céltico, orejas pequeñas y rectas: razas siamesa y tonkinesa.

Y, en grupo aparte, las modernas razas inglesas: York, Berk, etcétera, por cruce de sus antiguos cerdos con las razas asiáticas.

También se pueden dividir las razas de cerda en *de montanera* y *de estabulación.* Son ejemplos del primer grupo las nacionales extremeña y andaluza y la Tamworth (inglesa), y del segundo las razas vitoriana y murciana, entre las españolas, y las York, Berk, Large Black, etc., como extranjeras.

Galicia y Asturias, con sus cerdos de raza céltica para estabulación; las Vascongadas, donde el cruce del cerdo indígena con el York ha conseguido un tipo fijo: la raza llamada vitoriana; Baleares, con la llamada mayorquina, y Extremadura y Andalucía, con las de este nombre, de montanera, son las regiones españolas de ganado más definido.

LA BOCA AGUA

Pensar en las utilidades del cerdo es sentir que se le hace a uno la boca agua.

¡Hay que ver!...

Para darse cuenta del provecho que se obtiene de este animal, baste decir que el hombre llega a utilizar, en ocasiones, hasta el 90 por 100 de su peso en vivo. El cerdo suministra: un 60 por 100 de grasa, de cinco a siete kilos de sangre, seis a ocho de huesos, de 40 a 60 gramos de pelo y lo demás de carne.

Su carne y grasa constituyen en ciertas comarcas rurales los únicos productos de origen animal que se consumen. La grasa del tejido adiposo, subcutáneo, sacada en grandes trozos u *hojas,* forma el sustancioso tocino.



Paseo al sol, de madre y crías de raza precoz, de estabulación.

El ganado de cerda

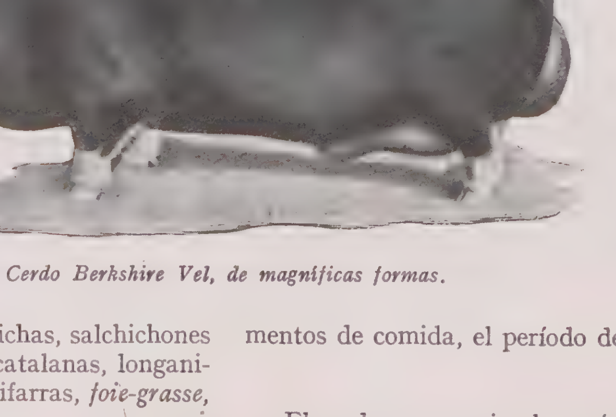


Moderno sistema de cochiqueras.

Otras grasas fundidas se convierten en manteca de cerdo, de aplicaciones culinarias y farmacéuticas; queda un residuo en la fusión: los chicharrones.

La carne no aprovechada en fresco se sala, se conserva en pimienta o se cura al humo, y da lugar a larga serie de artículos enemigos de la conservación de la línea.

Carne apetecible y sabrosa son los jamones. Los famosos de Trevélez, que guardan el gusto y el aroma de la flora agreste de Sierra Nevada; los de Avilés y Cangas, orgullo de la región asturiana; los de Jabugo, al norte de Huelva, y el jamón de Aracena, que es un estupendo *jamón serrano*, como algunas estupendas señoras.



Cerdo Berkshire Vel, de magníficas formas.

Jamones que no tienen que envidiar al famoso de York, ni al de Estrasburgo, ni a los afamados de Bayona, ni al de Vestfalia, ni a ningún jamón extranjero.

Del cerdo, inagotable chistera de prestidigitador, salen, luego de esparcidos los polvos milagreros de la Matanza, largas tiras de rosadas salchichas, salchichones tan deliciosos como el de Vich, ricas mortadelas catalanas, longanizas y chorizos de la Rioja, salchichón de lomo, butifarras, *foie-grasse*, morcillas, ¡la apoteosis de la Gula!

Y aun nos ofrenda este animal—impuro e inmundo— su piel, de numerosos empleos en talabartería: maletas, carteras, guantes, etc., y la aspereza de su pelo para cepillos y pinceles.

¡Una tontería de animalito!

¿CUÁNTOS CERDOS HAY EN ESPAÑA?

Todos tenemos la idea vaga de que en España hay muchos cerdos. Bien, pero ¿cuántos? La estadística da una cifra. ¿Son más? ¿Son menos? Probablemente serán más...

El censo del ganado cerdío español dista mucho de los 73.000.000 de cabezas que poseen los Estados Unidos; de los 34 de Alemania, y, ya apenas, de los nueve de Bélgica y de los seis de Francia.

La riqueza porcina de España se cifra en cinco millones escasos de individuos. De éstos, alrededor de 600.000 son hembras de cría, madres por año de 4.700.000 lechones. Calculando una mortalidad comprendida entre el 35 y 40 por 100, quedan 2.800.000 altas. Las bajas por sacrificio se calculan, poco más o menos, en dicha cifra.

Nuestro consumo anual de carne de cerdo se estima en 250.000.000 de kilos, con valor superior a 800.000.000 de pesetas.

Y como de vacuno —reses adultas y terneras—se calculan 160 millones de kilos consumidos al año, y 85 millones para el lanar, corresponde al cerdo el primer puesto.

Badajoz, Lugo, Córdoba, Cáceres, Baleares, Málaga, Coruña, Jaén, Cádiz, Oviedo, Gerona, Sevilla, Granada, Orense, Barcelona, Valencia, Pontevedra y Ciudad Real son las provincias de mayor población porcina. Y las regiones más ganaderas en dicho aspecto, Andalucía, Galicia y Asturias, Extremadura, Cataluña, Baleares, Levante, la Mancha, etc.

ESTABULACIÓN Y MONTANERA

El régimen a que se puede someter el ganado de cerda varía mucho con las condiciones del medio.

En regiones de propiedad dividida e intenso cultivo—Galicia y tantas otras—impera la estabulación: el corralito, la porqueriza o cochiquera que favorecen la formación de grasa, y unos paseos por el campo. En tales zonas pueden explotarse razas precoces, esos cerdos que a los dieciocho meses escasos logran su completo desarrollo: la llamada madurez anatómica; esos bichos de cabeza, cuello, orejas, rabo y extremidades cortos, de escasa producción de pelo, de cuerpo muy alto, lomos amplios, jamones bien desarrollados (los *cuatro* jamones del cerdo Berk). Esos individuos *monstruosos* que baten el *record* de las tres dimensiones: lo más largo, lo más ancho y lo más profundo, con dorso y vientre paralelos y horizontales, que parecen gruesos cilindros fijos en patas diminutas.

En provincias de grandes fincas, de montes y dehesas: Extremadura y Andalucía, con bosques de robles, encinas y alcornoques que ofrecen el maná de sus frutos, el cerdo se cría en montanera, formando piaras nutridísimas que andan mucho y engordan poco. Estos cerdos, mal alimentados, descuidados desde el punto de vista de la reproducción e higiene, propicios a diversas y graves enfermedades, no pueden producir lo que aquéllos. Son los que a veces tardan tres años para estar en condiciones de sacrificio.

En España tienen que existir los dos sistemas: estabulación y montanera, pero cuidando en el primero de reducir, por alimentación intensiva, el período de cría y procurando abreviar, también, en el segundo, con suplementos de comida, el período de explotación.





COMIDAS A LA CARTA

El cerdo es un animal omnívoro. No hay apenas materia que no le sirva de alimento. Por su aparato digestivo, verdaderamente pri-

Corralizas de ganado de cerda en una explotación americana.

El ganado de cerda



Cerdos pastando.

vilegiado, es el bicho de mayor potencia transformadora y de más alta facultad de asimilación.

Suponiendo, como punto de partida para el cebo de este voraz animalito, un peso de 50 kilos, es capaz de aumentar en la vida retirada, oscura, tranquila y plácida del cebo, más de un kilo diario. Y de comerse de 37 a 40 kilos de alimento sin sentir.

Imposible citar siquiera los numerosos alimentos del cerdo, ya que el cerdo, como antes decimos, «hace a todo». Imposible asimismo lanzar fórmulas de raciones, pues éstas han de variar, obligadamente, con los cultivos e industrias de cada zona, la edad, el estado particular del cerdo o cerda y el modo de criarles.

Cuando el cerdo come lo que le dan, y no lo que bonitamente se apropia, en sus *menús* suelen figurar: harinas, salvados y granos (mejor triturados que enteros) de trigo, cebada, avena, alforfón, maíz, arveja, etc.; patatas, nabos, remolachas, zanahorias, patacas, calabazas, muy indicados estos productos para madres de cría en unión de *gachas* de harinas de cereales; alfalfa, trébol, heno; frutas de todas clases; orujos de uva y de aceituna; suero de leche; tortas oleaginosas; residuos de cervecería; despojos de animales diversos; castañas, bellotas, fagucos, base del sistema de montanera, y, especialmente para el cebo, maíz, castañas, patatas, bellotas, leche descremada, etc., etc.



Una piara extremeña.

El cerdo es extremadamente puntual. Gusta de comer a horas fijas. Si la comida se retrasa, gruñe y se pone muy nervioso.

Como algunos padres de familia.

MUCHO EN POCAS PALABRAS

No hay más remedio que abreviar. Recordando en pocas palabras—lo que den de sí tres cuartillas—cosas curiosas y útiles.

* * *

El cerdo es muy prolífico y muy fecundo; gran condición para poder seleccionarlo con rapidez.

Los cerdos precoces se sacrifican de los doce a catorce meses. De los dieciocho a veinticuatro los de explotación mixta (montanera con suplementos en los períodos de escasez). En este ganado no hay nunca viejos.

Los cerdos jóvenes se prefieren a los adultos económicamente.

Conforme se alejan de su *primera juventud*, exigen mayor cantidad de alimento y aumentan de peso en más reducida proporción. No sale cuenta. Es mejor criar dos cerdos de 80 que uno de 160 kilos. La pareja representa, además, cuatro jamones, dos despojos y otra porción de ventajillas.

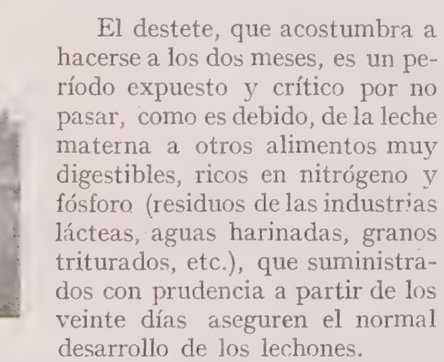
* * *

En buen régimen de explotación, cada macho debe atender solícitamente a 35 ó 40 hembras.

El estado que hemos dado en llamar *interesante* o *de buena esperanza*, puede referirse en las marranas a un capicúa, 3—3—3 —tres meses, tres semanas y tres días.

Las razas precoces tienen menos hijos que las rústicas. En Andalucía y Extremadura son frecuentes partos de doce crías. Su número suele variar de tres a veinte.

* * *



El destete, que acostumbra a hacerse a los dos meses, es un período expuesto y crítico por no pasar, como es debido, de la leche materna a otros alimentos muy digestibles, ricos en nitrógeno y fósforo (residuos de las industrias lácteas, aguas harinadas, granos triturados, etc.), que suministrados con prudencia a partir de los veinte días aseguren el normal desarrollo de los lechones.

* * *

La higiene debe seguir al cerdo, como la sombra al cuerpo. Higiene en los alimentos y bebidas, en los locales, en el individuo. Limpieza e higiene por todas partes.

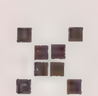
* * *

El cerdo padece enfermedades que constituyen desoladoras epidemias y otras ya no tan graves, pero de señalada importancia: mal rojo, neumonía contagiosa o peste, viruela, glosopeda, bacera, tuberculosis, tifus, triquinosis, aborto epizótico, etc., etc. La profilaxis moderna dispone de sueros y vacunas y de tratamientos adecuados para prevenir y combatir estos males, que diezman la población porcina.

* * *

Se llenaron las tres cuartillas.

ANTONIO GARCÍA ROMERO





Fotos Marín.

Tatuaje o marcado de los cerdos.



FUMANDO EL PITILLO DE LOS ENTREACTOS

POR LUIS GABALDÓN



El año teatral que hizo *mutis* por el foro ha sido uno de los más moviditos—no aludimos a los fracasos—que en el *guardarropa* de nuestra memoria conservamos.

Entre estrenos, reposiciones, beneficios y otras vanidades de menor cuantía, el total fué verdaderamente abrumador, hasta el punto de que el público se preguntaba muchas noches: «¿Dónde *no* hacen hoy nada nuevo, para ir?», porque ésta era, al fin, una novedad.

Por otra parte, como las encomiásticas gacetillas le aseguraban que la obra nueva, de éxito sin precedentes—desde el estreno anterior, en que se decía lo mismo—, llenaba el teatro, *agotándose las localidades con dos días de anticipación*, prefería, con evidente lógica, seguro de no encontrar billetes, ir a otros espectáculos que no tuvieran *precedentes*, para su mayor comodidad.

Y los *grandes éxitos* se han premiado con *vales*, como en los colegios. Aunque parezca paradójico, algunos de esos *grandes éxitos* son un mal negocio.

En cuanto a las reposiciones, se ha seguido la costumbre de considerar como tales volver a representar obras que fueron retiradas del cartel quince días antes, o sólo por el hecho de haberse puesto en otro teatro, y por el gusto—suele suceder—de que los espectadores mostrasen sus dudas acerca de cuál compañía estaba menos afortunada, porque, lejos de *reponerse*, las comedias suelen empeorar.

Bien están las reposiciones cuando el interés artístico de la obra, el acierto en la elección o la calidad de un reparto lo merecen; pero así, tan sin medida, me parece demasiada convalecencia.

Por lo demás, globalmente, pudiéramos decir, en cuanto al año transcurrido, lo que aquel baturro que con resignada actitud oía el sermón de Pasión al cura de su pueblo.

El padre de almas, no muy sobrado de oratorios recursos, con seráfica expresión y meliflua palabra, dirigíase a sus feligreses, poniendo ante sus ojos nuevamente cuánto sufrió y padeció Nuestro Señor por los pobrecitos pecadores, y cuando más seguro estaba de haber producido en el auditorio el efecto estudiado, el mocete cortó su discurso diciéndole: «Lo mismo, lo mismo que el año pasado.»

Parecida consideración se nos ocurre al relacionar un año y otro. Aun ha sido éste de mayor movimiento de compañías. Unas a otras se sucedieron transbordando de un teatro a otro. Tan poca estabilidad, agravada por la presura en los ensayos y presentación de las obras, hizo infructuosos los desesperados esfuerzos de empresas y artistas para atraer la atención del público, que, como siempre—no se hable de crisis que no existe—, acudió donde se le ofrecía algo interesante que satisficiera sus gustos, o le divirtiese, sin perturbar sus plácidas horas digestivas. No se debe hablar de crisis cuando el público muestra cada vez más afición al teatro. Díganlo las obras que se hicieron centenarias en los carteles—y algunas rebasaron la cifra—: *Vidas cruzadas*, de Benavente; *La Lola se va a los puertos*, de los Machado; *Para ti es el mundo*, de Arniches; *¡Pégame, Luciano!* y *El alfiler*, de Muñoz Seca; *¡Tararí...!*, de Andrés Álvarez; *Seis pesetas*, de Luis de Vargas; *Los claveles*, del maestro Serrano, y, en fin, el caso de *La copla andaluza*. Hay crisis, sí, pero de producción y de malas compañías. Se produce mucho, se estrena demasiado para abastecer los escenarios de la corte, y este exceso, claro es, va en perjuicio de la calidad.

Madrid, sin población flotante, no es posible que sostenga un número de diversiones para las que no hay público indígena suficiente. En relación con otras grandes capitales, tiene Madrid más salas de espectáculos, y de éstos, la mayoría de un mismo género; la comedia de medio tono, acursilada y merengosa—el gran problema de nuestro teatro, el que la niña se case o no se case, que es el tipo normal de producción—, o la desaforada pieza de astracán, de loza ordinaria.

Las obras, tal es la premura para lanzarlas, se ensayan por actos, por escenas sueltas, como las va enviando el autor, y así, fragmentariamente, el cómico va conociendo su papel, sin poder abarcarlo en su totalidad, ignorando cómo tendrá que producirse en el último acto, porque hoy rara es la comedia de los autores de la primera serie que se lee completamente terminada. Todo, en conjunto, se precipita y se malogra, porque las obras van prendidas con alfileres y a veces sin hilvanar siquiera. Y en tanto, en la calle, una infernal algarabía de feria, la polvareda de las gacetillas: *¡Adelante, señores, adelante! ¡Pasen y verán la mejor comedia que se ha conocido! ¡El éxito de la temporada! ¡La mejor compañía de Madrid! ¡Todos los días se pone el cartel de no hay billetes!*, y duro al parche sin interrupción, mientras bostezan los acomodadores en las salas vacías.

Empero no toda la culpa ha de reprochársele al autor. Hay otras causas determinantes que malogran bien encauzados intentos. La más inmediata en el orden relacional es el *divismo*, la pretensa idea de los primeros actores de no representar aquellos papeles que juzgan inferiores a su *categoría*.

El protagonista de una comedia, por el hecho de serlo, va siempre vinculado a la primera figura del cartel, tenga ésta o no adecuada propiedad, suficiente evidencia interpretativa, que es lo que importa.

Este vicioso cuanto equivocado concepto no responde más que a la ingente vanidad de los comediantes, que mensuran los papeles por el número de pliegos, y no por su contenido, carácter o modo. Ello redunda en perjuicio de las



El ingenioso malabarista literario RAMÓN (Foto Marín.)

FUMANDO EL PITILLO DE LOS ENTREACTOS

obras y, por ende, del público, que se ha de resignar a incompletos conjuntos.

Pero es inevitable entre nosotros. Sabido es que un primer actor no *desciende* a interpretar papeles secundarios. Y viceversa, aunque este viceversa no le sea permitido a los actores subalternos. Contra este narcisismo infecundo, caso individualista, se impone el régimen de una disciplina reguladora; la capacidad y la energía de un director a quien compete utilizar hábilmente, en beneficio de la obra común, todos los elementos y resortes teatrales.

Este es el *produceur*, el animador del espectáculo, al que han de someterse desde el autor hasta el tramoyista.

En los Estados Unidos hay ya una escuela de *produceurs*: la del New York Theatre Guild. Y en Europa se llaman Jorge Pitoëff, Stanislavsky, Reinhardt, Jessener y Pirandello.

Esta teoría de aplicar debidamente las posibilidades de cada autor a la eficacia creadora, sin detenerse en la prelación de categorías, beneficia en un porcentaje considerable el trabajo del autor y constituye para su obra una máxima garantía. Y con tan bien entendido criterio, no sorprende a nadie ver un día representar al primer actor un papel de escasa importancia, si la comedia, para su mejor realización, así lo exige.

Es, pues, necesario para acomodar las comedias al ritmo y uniformidad que el teatro moderno requiere, la presencia de un director que dirija desde el puente del escenario toda la complicada maniobra de la interpretación y de la postura espectacular, sin otras intervenciones que desmembrarían su función, vigilante y autorizada, para la totalidad del resultado.

Una estudiada selección en las obras y en la agrupación de elementos afines, individual y colectivamente, pondrían remedio a esta desarticulada manera con que se producen, en general, obras y cómicos.

Este movimiento, que implica una renovadora organización, una unidad disciplinada de la que carece hoy por hoy el teatro, ha de operarse desde los teatros experimentales, ante un público de minorías, como así se ha hecho en los escenarios extranjeros. Pretender que sin preparación alguna, con deficientes medios de expresión, sean aceptadas por el gran público aquellas obras que rebasan la mediocridad corriente, señalando una tendencia, un modo, un aire nuevo, es frustrado intento que distancia toda posibilidad de renovación.

No se hable para nada del vanguardismo. Este concepto, mal entendido y aplicado, predispone al público en contra. No hay más que un arte, un teatro, bueno o malo, y en tan amplios horizontes, sin marchamos ni etiquetas especiales, pueden contenerse todas las manifestaciones del ingenio.

Los *ismos* son siempre peligrosos. Períodos evolutivos, epilépticas sacudidas de un arte enfermizo, cuando no un prurito exhibicionista en improvisadas plataformas de notoriedad, pasan sin dejar huella. Lo clásico en todas sus maneras perdurará siempre, sin que esto quiera decir que todo avance, dentro de normales experiencias, no sea tan útil como saludable en la obra del pensamiento humano.

Lo que no es posible es imaginar que en pintura se desdeñan las reglas fundamentales de la técnica y del color; que en música se prescinde del ritmo y de la melodía, y en el teatro, de la acción, de la emoción o del interés, piedras angulares de toda obra dramática.

El arte de vanguardia, o de *ven, guardia*, como en el caso de *Volpone*, tiende al acercamiento de los clásicos, que fueron, en suma, los vanguardistas por excelencia. Ahí están *El condenado por desconfiado*, de Tirso; *El mágico prodigioso*, los autos de Calderón, ¿no es un presentimiento del vanguardismo de hoy, que hasta en la división de jornadas por actos vuelve a la manera clásica? ¿No presintieron igualmente nuestros maestros del Siglo de Oro, la escenografía? Hay en ellos una visión futurista al situar y localizar los escenarios de sus obras, con la riqueza imaginativa que les era posible, careciendo de espectaculares medios.

Sigan, pues, manifestándose de menor a mayor por organismos bien preparados, con depuradas interpretaciones, las nuevas corrientes, y ellas en graduada evolución irán transformando el teatro, hasta llegar por su misma bondad y naturaleza a imponerse en el gusto del público, que, al fin, se decidirá a cambiar de postura.

* * *

Y llegamos a *Los medios seres*.

¿Será menester que presentemos a los lectores de COSMÓPOLIS la gran figura literaria de Ramón Gómez de la Serna, disparando en su honor todas las salvas del adjetivo?

No, no es preciso. Ramón es visita de confianza. Su arte ha irradiado con vivas fulguraciones su copiosa labor desparramada en libros, ensayos, novelas y gacetas. Los reflectores de su ingenio han explorado todas las zonas del pensamiento. El catalejo de su humorismo funambulesco lo ha visto todo, lo ha comentado todo sin acritud, aplicando a cada caso y a cada cosa las indulgencias plenarias de su espíritu, como hombre saludable de cuerpo y alma. Pero no hemos de enfrentarnos en este momento con la vasta obra del Pontífice del ortodoxo Ramonismo, sino aludir a lo más inmediato; su advenimiento al tinglado de la farsa, al estrenar su comedia *Los medios seres*, que suscitó muy legítima curiosidad.

Y, sin embargo, no puede decirse virtualmente que Gómez de la Serna sea un autor novel. En su dilatada y original producción, casi en sus albores, dió a la estampa *El teatro en soledad*, y posteriormente dos temas de teatro íntimo, que si por entonces su ideológica estructura estaba muy lejos del meridiano intelectual del público, es posible que ahora hubiera sido más viable alguno de aquellos ensayos. Pero Gómez de la Serna ha preferido a tal experiencia la invención de una comedia nueva, como *Los medios seres*, obra no perfectamente definida, sino de transición entre el gusto pretérito y las inquietudes renovadoras del momento. *Los medios seres*, aun con sus errores, fundamentalmente de óptica y de técnica, son un importante jalón para el porvenir. Creo que esta comedia, mejor concebida que realizada, por una excesiva preocupación de su autor al pensar en el público y en su desconcertante psicología perdió la gracia de su espontaneidad, lo que acaso hubiera redundado en su pro.

Es, valiéndonos de términos comparativos, lo que nos ocurre en una galería fotográfica cuando vamos a retratarnos.

Las indicaciones del fotógrafo para que miremos a una determinada dirección; volvamos la cabeza un *poquito*, ya a la izquierda, ya a la derecha; procuremos sonreír y nos estemos quietos *un momento*, son contraproducentes para nuestro objeto y... para el objetivo, porque nunca salimos como somos, sino con una afectada naturalidad que está muy lejos de nuestra habitual expresión.

Algo muy semejante se ha producido en el caso de *Los medios seres;* Ramón Gómez de la Serna, en la *galería* del teatro, no era el mismo que todos conocemos y admiramos por sus múltiples *instantáneas*. Ha salido demasiado serio en este retrato del Alkázar, mal revelado, ciertamente, en aquel laboratorio de comediantes poco preparados para tal empeño.

Por otra parte, tratándose de una comedia, de la primera comedia de RAMÓN, que iba a pulsar el público, debió anunciarse por otros novísimos procedimientos reclamistas, no los empleados en las producciones de tipo corriente.

Qué sé yo. Pero debió hacerse algo extraordinario. Poner un anuncio luminoso en Pombo; trepar el Sr. Delgrás, como un escalatorres, por la fachada del Alkázar para izar la bandera de las *Greguerías;* recorrer las principales rúas de la urbe animada y pintoresca cabalgata, compuesta por los artistas del circo, en honor del genial cronista circense, y asistir los pombianos al estreno luciendo chaleco rojo, como en la famosa noche del *Hernani*. En fin, cuanto hubiera imaginado la caudalosa vena humorística de RAMÓN, tan fértil, tan varia, tan original en todos sus aspectos, de no ser él protagonista del acontecimiento.

Hubiese estado a tono si contra lo que se supone fuéramos un pueblo alegre y despreocupado, cuando, muy al contrario, nos impone el temor al ridículo y nos atan las ligaduras de los prejuicios. Una mascarada de buen humor hubiera sido digno festejo preparatorio para solemnizar la entrada de Gómez de la Serna en el teatro. Y si el éxito de *Los medios seres* no fué íntegro, no por ello dejaremos de felicitarnos del estreno de esta comedia; el acto tercero, del más puro ramonismo, bastaría a justificar su incorporación al teatro.

LUIS GABALDÓN

Notas gráficas



Los cinco estudiantes de la Facultad de Medicina de Madrid que hacen su viaje a pie a la Exposición de Sevilla, desfilando por la calle de Toledo, seguidos de compañeros y amigos, que acudieron a despedirlos.



D. Eduardo Gómez de Baquero, culminante figura de las letras que ha fallecido en Madrid



El general Martínez Anido, después de recibir solemnemente en el ministerio de la Gobernación la gran cruz de Beneficencia.



La venerada efigie de la Virgen de la Paloma, representación devota del madrileñismo castizo, en la procesión celebrada para solemnizar el LXXV aniversario de la promulgación de María Inmaculada (Fotos Marín)



Perdonad, amiguitas; venía tan de prisa que me he «colao» en esta sección, y como el dibujante no quiere que me vaya, aquí me tenéis dispuesta a dejarme vestir con los trajecitos que vosotras mismas me confeccionéis.

SECCIÓN FINANCIERA

EN LAS GARRAS DEL PÁNICO





El juego es una enfermedad natural en el hombre», ha dicho Horacio Say. Y entre todas las facetas del juego, ninguna tan morbosa, tan avasalladora como el juego bursátil. No hacen falta «ganchos» que recluten las masas de especuladores; se enrolan ellos espontáneamente, y el espíritu gregario pone todo lo demás. De esta forma, los movimientos que no adquirirían de otra manera extensión ni profundidad llegan a límites insospechados. El hombre, que, según Terencio, está lleno de grietas invisibles por donde se le escapa la vida, tiene ciertas resquebrajaduras del sentido común por donde se le escapa el dinero, y no son las más flojas las sinrazones a que se entrega cuando juega a la Bolsa.

La moda, como el agio bursátil, son expresiones características de una sociedad que no discurre ni razona y prefiere que le den hecho el razonamiento y el discurso. A ella sólo toca empujar el carro de las ideas ajenas y montarse en la trasera de las opiniones de la minoría



Nadie pensaría, a la vista del Wall Street o Bolsa de Nueva York, con su aspecto achaparrado dentro de su griega elegancia, gracias a los imponentes rascacielos que la rodean, que de ahí ha salido la explosión de pánico que ha conmovido al mundo.

* * *

Observamos cuando se produce un suceso favorable para un valor. El público no es capaz de discernir el alcance de esa favorabilidad y menos traducir en cifras la elasticidad del beneficio; le basta saber que hay dos personas que compran un mismo papel, para que a ellas se unan inmediatamente cuatro, que serán ocho a los pocos momentos y después dieciséis y a continuación treinta y dos... Así germinan y fructifican los grandes movimientos bursátiles. Pero que no vendan dos personas el mismo valor, porque entonces se producirá idéntica progresión de vendedores y entonces surgirá el pánico, agarrotando la voluntad del público.

Las Bolsas internacionales habían llegado a una saturación de compradores. Y con la misma inconsciencia con que se alistaron para la compra, arrastrando a cifras fabulosas la cotización de los valores, volvieron la espalda, despavoridos, al menor crujido sospechoso del tinglado especulativo levantado. En Nueva York, por ejemplo, ha llegado a pagarse hasta el 10 por 100 de interés de los préstamos conseguidos para jugar al alza. ¿Qué se confiaba ganar? Una mediana dosis de sentido común que hubiera intervenido en el mecanismo financiero habría bastado para hacer comprender que la rentabilidad del 1 y del 2 por 100 a que habían descendido los valores de primera categoría, por efecto del alza de su cotización, era algo anormal que exigía una rectificación de grado o por fuerza.

Pero el pecado de la avaricia es de tal virulencia que atrofia totalmente las fuentes del entendimiento. Júpiter daba una gracia especial en la mirada a los diosecillos del Olimpo a quienes quería perder. Aquí los ciega con la promesa de una fortuna advenediza. Y cuando la venda cae de los ojos es tarde; sólo queda el instinto, y el instinto es también ciego y torpe. Las alas de la ilusión caen a los pies que sólo alas quisieron tener para correr y aun volar. La salvación es la carrera desalentada, aunque hay



El parquet de la Bolsa de Nueva York, en los días de mayor pánico. Y téngase en cuenta que en ella no entra el público, siendo la multitud que se ve de agentes y corredores, «brokers» y «jobbers». Con todo y con eso da idea de algo devastado por el ciclón del miedo.

que ir arrojando a los perros del «crack» los jirones de la fortuna. «¡Mi dinero! ¡Mi dinero!»...

* * *

Prueba al canto. En la Bolsa de Nueva York, las primeras víctimas del último pánico fueron los valores elevados al más alto ápice de la estimación bursátil. El National City Bank, el Banco de la nación, biblia sagrada en el templo de Wall Street, tiene acciones de 20 dólares que el empuje de la especulación hizo valer en algún momento 585; es decir, un 2.900 por 100. ¿Qué mayores esperanzas de alza podían esperar los bienaventurados que compraron a ese cambio? ¿Qué suerte de mágicas proezas financieras esperaban del National City Bank que les recompensara del esfuerzo de comprar sus acciones a 585 dólares, valiendo nominalmente 20?

EN LAS GARRAS DEL PÁNICO



En la Bolsa de Londres o Stock Exchange, la emoción de los días del pánico ha trascendido a la calle, donde se desborda una multitud ávida de noticias o de rumores sensacionales que aprovechar en beneficio propio.

Es el mismo proceso psicológico de los que compraron los marcos a peseta el millón. Aunque Alemania hubiera conquistado, no ya la tierra, sino hasta el sistema planetario, no hubiera reunido dinero bastante para devolver a sus marcos antiguos una mínima parcela de valor. Y, sin embargo, a muy pocos se les alcanzó ese «imposible metafísico»... y siguieron comprando marcos.

Ahora como entonces prendió su mecha en el fácil combustible de la especulación. Y de la misma manera que en sólo cuatro días—jornadas históricas y memorables—ha derrumbado las acciones del National City Bank, el Banco más poderoso del planeta, de 585 dólares a 165, hizo almoneda de todos los valores alemanes, incluso de aquellos que por representar hipotecas inmobiliarias tenían siempre una garantía tangible con marcos y sin marcos. Pero el pánico es ciego. En sus garras se enloquece, y las víctimas de él, si no estuvieran ya bien castigadas con la pérdida del capital en mala hora comprometido, tendrán a su favor, en el juicio de sus pecados, la eximente del «miedo insuperable».

* * *

Por otra parte hay algo que disculpa la inoportunidad de «meterse» en un valor a precios altos y la torpeza de no saberse retirar a tiempo—este, en realidad, es el magnífico secreto de los negocios bursátiles—, y ese algo es lo que se llama «capitalización de esperanzas». Louis Roubaud cuenta en su interesante obra *La Bourse* cómo razonaba una persona a quien alguna vez reprochara sus compras a precios elevados de acciones del Canal de Suez.

—¿Por qué compra usted ese valor?—le decía—. El dividendo que da no representa más de un dos por ciento. Empleando su dinero en Rentas francesas al tres por ciento puede usted sacar el cuatro y medio por ciento más tranquilamente y con mayor seguridad.

—Cualquier cambio es barato para un valor que, como el Suez, sube constantemente. Si la renta es insignificante, la plusvalía del título compensa de año en año la pequeñez del dividendo.

—Pero un día llegará en que tocará su límite máximo. La concesión expira dentro de cuarenta años, y en esta fecha la propiedad del Canal pasará al Gobierno egipcio.

El especulador sonríe.

—De aquí a cuarenta años habrá pasado mucha agua por el Canal y mucho dinero por mi bolsillo. El *quid* está en saber si yo podré vender mañana mis títulos más caros de lo que me han costado. ¿Puedo? Pues lo demás me tiene sin cuidado. Y aun mi comprador podrá aprovecharse y el comprador de mi comprador también. Todavía hay numerosas negociaciones favorables en ese valor. ¿Hasta cuándo? No me interesa.

La historia de la bujía se repite una vez más. Una bujía pasa de mano en mano, como la antorcha votiva de los incas. Cada vez tiene menos cera y la mecha es más larga. Cada vez la llama es más brillante, pero la bujía más corta. Mas, repentinamente, uno de los portadores de la luz lanza un grito de dolor y arroja el cabo, que le ha quemado los dedos. Seguramente ninguno ha pensado al tomar en sus manos la bujía, por muy apurada que estuviere, que habría de ser a él a quien aconteciera la desgraciada contingencia. Igual sucede con los valores, por muy excesiva que sea la supervaloración alcanzada.

Sólo al producirse el caso es cuando el pánico se encarga de hacerse eco de los plañidos del perjudicado, poniendo en su tardía advertencia los trémolos de la emoción y del pavor.

Antonio de MIGUEL

VILA PRADES

EL PINTOR CÁLIDO Y ESPAÑOLISTA





He aquí el nombre de un pintor que labora insistentemente por el buen nombre de España: Vila Prades. De muy preclaro abolengo artístico, ya que hubo de nacer bajo la triunfal paganía del cielo de Valencia, recibiendo sanas lecciones artísticas de aquel coloso de la luz y el color que fué Sorolla. Hay en la paleta de Vila Prades, pintor de recios aristocraticismos, cálidos tonos, viriles policromías y trazos valientes de líneas que juegan con agilidad no acostumbrada.

Más de una vez plumas especializadas dijeron de su labor mucho y bueno. COSMÓPOLIS sólo desea destacar honrosamente en su galería de arte una ligera síntesis de la magnífica obra realizada por Vila Prades.

Su garra de artista prodigioso se ha tendido del uno al otro confín del mundo, especialmente en América. Entre las muchas obras diseminadas por museos, palacios y colecciones particulares, se destacan las decorativas llevadas a cabo en el palacio del Gobierno de Tucumán, en la República Argentina; las ejecutadas en este mismo país para el Tigre Club, Club Rosario y Club Mar del Plata. La decoración del Museo Esprekels, de San Francisco de California. El diorama del Centenario de la batalla de Ayacucho, en el Perú. El techo del teatro del Gran Kursaal, de San Sebastián, y últimamente el techo del nuevo ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, erigido en la madrileñísima calle de Alcalá; a más de valiosos cuadros y múltiples retratos de distinguidas personalidades del gran mundo.



Retrato de S. M. la Reina Doña Victoria.

VILA PRADES

Vila Prades, enlazado con muy destacada familia bonaerense—es hijo político del ex presidente Alvear—, ha paseado por América su españolismo sincero, llevando siempre triunfante la gracia de sus pinceles y la cálida llamarada de su patriotismo de buena ley. Es



Retrato de S. M. el Rey Don Alfonso XIII.

VILA PRADES

acreedor al aplauso férvido que desde aquí le otorgamos, satisfechos de poder ofrecerle a su simpática labor artística toda la decidida devoción que nos inspira su incesante laborar por el buen nombre de España.

R. SANDOVALES DE PEAL



Techo del nuevo ministerio de Instrución pública.

CAMINANDO POR GREDOS



Una vista del Santuario de San Pedro de Alcántara

EL MONASTERIO DE SAN PEDRO DE ALCÁNTARA

En la torre gótica del pueblo, las campanitas del reloj repiten una hora; es cerca del mediodía. La tropilla de peregrinos menesterosos, la flor y la nata de la gallofa penitente se pone en marcha, como si Cronos, al medir el tiempo, los movilizara con el clarín de los badajos. Rostros terrosos, decrépitos miembros que han sufrido todas las miserias y han recogido entre los pliegues de las destrozadas vestiduras el polvo desalentador de las rutas cruentas de la mala fortuna. Ojos de mirar burlón, gesto pícaro. Allá van por el prado de Escalonilla, atravesando viñedos, y por la misma senda que trazaron los carromatos que transportaban la piedra para el palacio del infante Luis de Borbón. Los hermanos de esa cofradía: la *Leluta*, la *tía Manoleja*, la *Dora*, la *María Antonia*, el *tío Chischás*, que invariablemente y con puntualidad se reúnen al filo de las doce, en la misma esquina de *Los jabalíes*, para llegarse hasta las puertas del santuario en busca de *guilopa*.

Cuesta arriba, acariciados por el sol abrileño, que juguetea entre las copas, mientras la brisa de Gredos riza la *candela* de los castaños, ellos ríen; rumian sus pensamientos; ponen el comentario mordaz a los sucesos del pueblo; recuerdan las ilusiones juveniles de los años mozos, y junto a la cruz del *mal pelo* evocan las tradiciones que escucharon de labios de sus mayores. *Los primeros castaños* les hacen apretar el paso, con el aguijón del apetito cosquilleándoles el estómago; las linfas cabrilleantes de la *Avellanea* les inspiran desagradable desdén. En la fuente de *el Chorrito*, donde San Pedro de Alcántara, ahogado por el calor, hizo brotar agua con el talismán de su bordón, arriman los labios exangües la *hermandad*, por aquello de las virtudes medicinales, y más que nada, porque, según dice muy bien el buen *Chischás*, es el mejor *vermouth* que pudo inventar el compañero de correrías místicas de Teresa de Jesús para soportar más tarde mayor lastre alimenticio. La última cuesta para coronar el barranco en que se halla emplazado el convento la ganan los magnates, cansinos, sudorosos, enjugándose la cara renegrecida con el sucio pañuelo que les cubre las greñas, frotándose los andrajos para acallar las molestias de los parásitos.



Magnífica imagen del Santo titular, tal como hoy se venera.

Chirría la puerta de acceso al *campillo*, y en la soledad de la mañana se acomodan en los escalones, al aguardo de que el bendito lego aparezca, panzudo, con el delantal cocineril colgado del cuello, al frente de dos hercúleos hermanos portadores de descomunal caldero humeante, repleto de cocido, que él repartirá con largueza, cazo en ristre. Más tarde almorzarán entre zalemas para los bienhechores y admirativas alabanzas al santo Patrono, al que inciensan con sus rezos. Luego, dejándose mecer por la molicie del hartazgo, parodiando a los lagar-

tos, se adormecerán, sesteando al pie de los nogales, para regresar al pueblo con los restos del festín (base de la próxima cena) y refugiarse en las madrigueras inhóspitas del *Rollo*.

El *tío Chischás*, con la *colasa* pegada al borde superior del labio, degusta con voluptuosidad las exquisiteces del *verdejo;* lee un periódico excomulgado, que solivianta sus anhelos rebeldes, de quien añora cosas que no pasan y debían ocurrir, sin perder de vista el camino, por si le cae un turista de ésos que les gusta la contemplación de los hechos milagreros del varón alcantarino. Nadie como él para narrar todo cuanto se refiere a la fundación del convento. Los setenta y tantos años de su existencia; la fantasía que inspira al que se ingenia para vivir sin trabajar, le han hecho *cicerone* pintoresco. Pero nosotros no ignoramos que el santuario de San Andrés del Monte se halla a tres kilómetros de Arenas de San Pedro, situado en los antiguos dominios de la casa del Infantado. Siendo edificado juntamente con la suntuosa capilla donde se guardan los restos de San Pedro de Alcántara, en el último tercio del siglo XVIII. Lo rodea una huerta cuya propiedad conservan los marqueses de Mirabel; dentro de ella hay tres ermitas, una de las cuales es un pequeño recinto llamado *celda del santo* (lugar donde se retiraba a hacer oración). De una de sus paredes sobresale un maderillo que servía de almohada al penitente. Al final de un paseo existe también un zarzal, que crece sin espinas, debido a que lo empleó el varón extremeño para mortificar sus carnes, en momentos de tentación, cuando se hacía acompañar en sus arrobos por otra santa (la madre Teresa de Jesús) y que, repartida en coronas, se la llevan los romeros en 19 de octubre, como algo simbólico que perpetúa la devoción.



Vista panorámica del monasterio.

La capilla empezó a construirse con arreglo a los planes y bajo la dirección de su autor, el arquitecto Ventura Rodríguez, en el año 1764; es una copia reducida de la que existe en el Palacio Real de Madrid.

Realzan su belleza cuatro columnas que sostienen el arco del prebisterio. Otras cuatro, el arco de la puerta principal, de orden corintio y ricos mármoles todas ellas. Cuatro tribunas aumentan la grandiosidad del recinto, en el que hay tres altares; el mayor, cuyo frontis a lo alto y a lo ancho lo ocupa un bajorrelieve de estuco, que en tamaño algo mayor que el natural representa a San Pedro de Alcántara subiendo a la gloria sobre un trono de nubes que sostienen los ángeles, fué ejecutado por el escultor de Arévalo Francisco Gutiérrez, el año de gracia de 1773.

Al nivel de la mesa del altar está la urna de alabastro que encierra las reliquias del Santo, y que descansa sobre cuatro pies de bronce, labrada según el modelo ideado por el grabador Manuel Salvador.

Los dos altares laterales están dedicados: el de la derecha, a San Pedro Bautista, y el de la izquierda, a San Pascual Bailón, representados, respectivamente, en dos buenos cuadros de autores desconocidos. En el coronamiento de dichos altares, unas urnas guardan los cuerpos de San Celestino y San Vicente, mártires traídos de Roma. En los entrepaños se colocaron ángeles de bronce, vaciados por modelos del citado escultor Francisco Gutiérrez.

Lo más notable de cuanto encierra el convento es la imagen del Patrón de Arenas de San Pedro. Es la talla del tamaño natural de un hombre de buena estatura, enfundado en los hábitos franciscanos, con la mirada perdida en las alturas en éxtasis ultraterreno. El rostro, fiel reflejo humano de quien serenamente ha renunciado a todos los goces que no dimanen del cielo. Su autor debió ser un imaginario maravilloso que pudo vivir muy bien en las fechas anteriores a su muerte (18 de octubre de 1562), siendo tan asombroso el parecido de la obra, al decir de los historiadores de aquella época, que las ingenuas serranillas que le conocieron en su niñez, al verle en el altar, lo creían vivo, y al volver a sus aldeas aseguraban haber estado ante el mismo Santo en persona.

El santuario se construyó con las limosnas de los fieles, a los que ayudó el rey Carlos III, como consta en la placa de bronce que en la parte interior del arco de entrada se ve.

En favor de esta capilla expidió el mencionado monarca cédula real, fechada en Aranjuez el 18 de abril de 1770, admitiéndola bajo su protección y declarándola de patronato real, en señal de lo cual guardaba en Mayordomía una de las llaves de la urna del Santo.

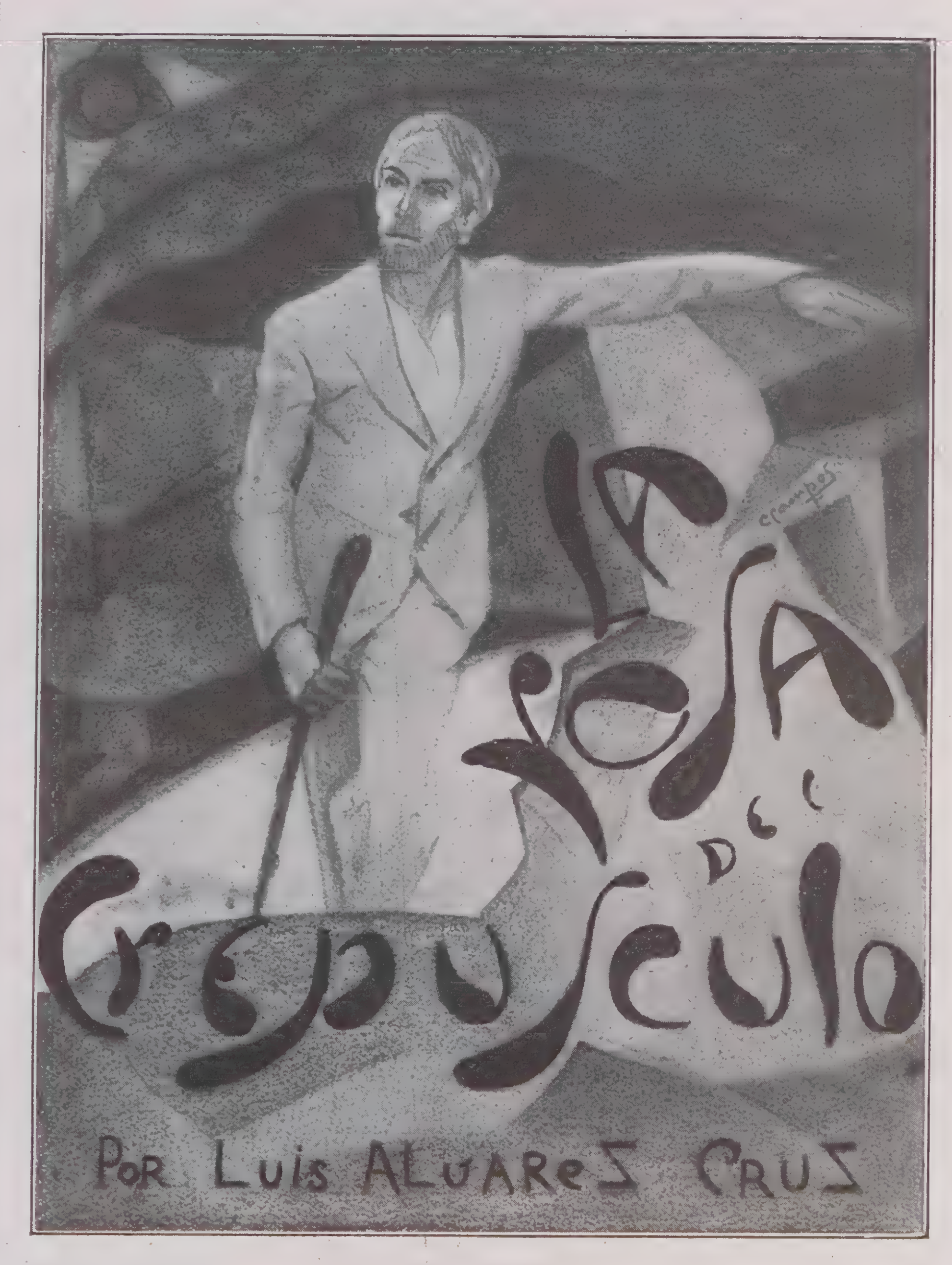
Todo lo descrito lo conoce *Chischás*, con aditamentos de su propia cosecha, muy sabrosos e interesantes; pero este ciudadano tan representativamente español bien merece por su enjundia otro artículo, y sobre él hemos de volver en otra ocasión, que antecedentes y tiempo no han de faltarnos.

JUAN DE GREDOS



Aguardando el reparto de la nutritiva guilopa (Fotos Wunderlich).








JADEABA por el camino agrio y solanero. Sobre la cumbre inaccesible, el crepúsculo deshojaba sus flores sangrientas.

El sudor le mojaba el rostro. El paso languidecíale torpe, y el resuello era hondo y anhelante. Pero él seguía, con los ojos fijos en la cumbre, la mente aferrada a su idea loca y el corazón aventando diques con sus arietazos masculinos.

Él robaría la rosa roja del crepúsculo, aquella rosa inmaterial que todas las tardes se desmayaba en los celestes parques del Poniente.

¿Qué mano extraña voleó sobre los surcos vivos de su corazón la semilla de tal locura?... Ello es que allí, en la arcilla cálida de su pecho, arraigó el arbusto maldito, y allí estaba, nutriéndose de sus palpitaciones, impasible a las rachas de la razón en sombra.

¡Bah!—pensaba él—. Coger un lucero no tiene importancia: es cuestión de altura. Aprisionar el viento tampoco supone trascendencia... Lo realmente excelso entre los imposibles es el logro de esa rosa sin forma y sin perfume, que todos los días arroja Dios en el búcaro de porcelana azul del cielo.

Y el pensamiento sordo y cauteloso desmadejaba sus infinitas posibilidades, para al fin retroceder herido por temores nimios, hasta entonces fuera del cálculo.

—¿Dónde guardaré esa rosa tan grande?—meditaba, atormentadamente.

En la inmensidad de la duda su pensar, al caer de pronto, apenas producía unos pequeños círculos que se ahogaban en la total amplitud.

Últimamente decidióse, saltando por sobre las vallas donde él mismo había encerrado su propósito, y pensó que tal vez la audacia, con su solo imperio, lo dejara en posesión del tesoro morbosamente codiciado, que luego, ¡ya lo sabría defender!...

El Amor, rubio y en sus azules ojos una mirada suplicatoria, le salió al encuentro, como un mastín:

—¡No huyas!... Quédate cautivo en los dulces eslabones de mis brazos... La razón única de la vida soy yo.

—¡Suéltame!—barbotó él—. Tus eslabones son de hierro y me apresarían por toda la existencia... La única razón de la vida es la rosa roja del crepúsculo.

Y siguió adelante, mientras que el Amor, antes de caer sollozando en el camino polvoriento, le gritaba:

—Está bien: no te retengo. Pero no olvides que yo sólo llamo una vez a la puerta.

Siguió caminando, caminando, sin preocuparle la ducha de sol que anegaba la soledad del paisaje. En un recodo, la Juventud adelantó a su paso:

LA ROSA DEL CREPÚSCULO

—¿Por qué te obstinas en sembrar de imposibles tu camino?... Lo que has dejado atrás puede compensarte con serenas realidades de tus quiméricas fantasías.

—¡Aparta!—gritó, encolerizado—. Tienes poca experiencia para aconsejarme... Yo voy por mi ruta a coger la rosa roja del crepúsculo... ¡Mírala cómo enflora la ladera!...

—¡Bien! Sea tu exclusiva voluntad. Pero luego será inútil que me llames, porque yo también sigo mi ruta y jamás retrocedo.

Y prosiguió, camina que te camina, por el inabarcable camino de su esperanza.

En distintas jornadas encontró al Placer, risueño y frívolo; a la Riqueza, gorda y feliz; a la Amistad, solícita y jovial; y a todos los fué rechazando bruscamente, temeroso de que sus verdaderas intenciones, ocultas bajo una hipócrita comedia de apariencias, fuesen a impedirle alcanzar su objetivo, cada día más enraizado en su voluntad.

Una vez, al cabo de tan larga marcha, cuando, agotados sus recursos, sintió el instantáneo e irreprimible temor de haberse equivocado, se le acercó, derrengada y astrosa, la Miseria:

—¡Ya eres mío! ¡Sígueme!...

Y como él resistiera enérgicamente:

—Puedo probarte que tengo jurisdicción sobre ti, pues has entrado en mis dominios, y todo el que en ellos entra me pertenece.

Él, forcejeando con la tirana, siguió, cada vez más florido en los ojos el anhelo, camino adelante, hasta que, fatigado, se tumbó sobre el pedregal mientras presentía, por un sagrado instinto, que se hallaba muy cerca del vellocino inabordable.



Cuando le pareció que ya había descansado suficientemente, trató de incorporarse y no pudo, porque una mano que no sintió llegar lo retenía dolorosamente:

—Soy la Vejez—gritábale una voz temblorosa, pero inflexible—. Te acompañaré en tu empresa. Pero anda despacio, porque no estoy para agilidades.

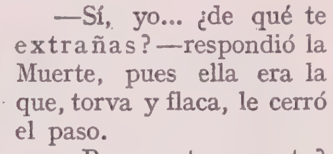
Entonces vió ante sí a un hombrecillo enteco, con unas grandes barbas de lino, que, renqueando, le ayudaba a levantarse.

Finalmente, y en la irremediable compañía de sus guardas, se halló un día al pie de la montaña aquella. Sobre la montaña temblaba la sangrienta rosa vespertina.

Le pareció como si cobrara una desconocida ligereza jubilosa... ¡Qué bellezas intangibles y puras rastreó su mirada! ¡Cómo la suprema floración expandía sus fragilidades mágicas desde el inmenso tibor del Poniente!...

Pretendió salvar de un salto la distancia; pero, en aquel mismo instante, una figura torva y flaca le cerró el paso:

—¿Tú?—pudo exclamar.



—Sí, yo... ¿de qué te extrañas?—respondió la Muerte, pues ella era la que, torva y flaca, le cerró el paso.

—Pero... ¿tan pronto?—insistió él, obstinado en salvarse—. ¡Si apenas he caminado!...

—Como quieras; no discutamos... Pero mírate en este espejo.

Y en su mano lívida le acercó el espejo brujo. Se alongó temblando de zozobra, y...

Vió una gigante figura, portadora de unas alforjas y de una sonrisa embrumada. El gigante entreabrió sus alforjas y en ellas estaba toda su vida. Y al contemplarla revivió su historia.

—¿Pero quién me ha arrebatado mi tesoro?—inquirió, ahogándose.

—¡Yo!—vertió una voz que parecía brotar del fondo insondable de una caverna.

—¿Pero tú quién eres?

—Soy el Tiempo, y tengo por misión cruzar silencioso, recogiendo todos los minutos humanos.

Entonces, ebrio de lógica, comenzó a gritar en demanda de sus antiguos compañeros. Mas la distancia incalculable se tragaba su vocear inútil.

—¡Nadie!—murmuró, sobrecogido.

—No; yo te acompañaré—le anunció una voz seca.

Ante él se erguía una silueta de mujer, tocada con velos oscuros.

—¿Quién eres?—articuló con el hilo de una voz quebradiza y última:

—La Soledad, que te ama porque por ella despreciaste todos los amores.

Él ya no dijo más... La Muerte le cogió de la mano y se perdió por una sima negra, que únicamente la Soledad pudo seguirla.

La noche se desplomó como un vilano. Sobre sus alas carbonizábanse trémulamente algunos pétalos de la sangrienta rosa del crepúsculo.

LUIS ÁLVAREZ CRUZ

(Ilustraciones de Cecilio Campos.)



GOODYEAR DOUBLE EAGLE
La economía de su larga duración ha hecho que el neumático DOUBLE EAGLE, sea el preferido de los automovilistas que, además de ser una elegante presentación, piden siempre lo mejor por el precio que paguen.
Hay asimismo, una cámara DOUBLE EAGLE, igualmente superior y resistente.
IDENTIFICACIÓN
En los costados de este neumático hallará Vd. una silueta plateada del Double Eagle — marca universal de valor y calidad suprema, símbolo de la combinación Goodyear de la madura experiencia con el progreso juvenil que há producido el neumático de los neumáticos.
GOODYEAR



La Exposición Regional de Arte Moderno en Granada

por Rafael Láinez Alcalá





UESTRA tertulia cafeteril, en este recinto tan madrileño, donde se ha refugiado ahora la turba, entre literaria y burguesa, que huyó de los viejos cafés a la manera del antiguo Fornos, luce hoy una sonrisa como de estación de alegre arribada.

Un buen amigo nuestro, cuya pluma sabe captar sutiles inquietudes artísticas para las columnas del periódico en que ejerce sus funciones de crítico, ha regresado de tierras de Granada y trae la maleta bien abastecida de olorosas emociones de arte. Y henos aquí trazando estos renglones, sugeridos oportunamente por la charla del viajero, todavía emocionado, entre la confortable camaradería del recinto cafeteril prendido de conversaciones múltiples y de miradas curiosas...



«Cisnes», de José Moreno Villa

* * *

A la feliz iniciativa del Patronato Nacional del Turismo, eficazmente ayudado por elementos de la más fina sensibilidad estética, se ha debido el éxito magnífico que la Exposición de Arte Regional obtuvo en Granada. En estos tiempos, tan

La Exposición Regional de Arte Moderno en Granada

★

acuciados por diversas incitaciones, cuando cada ciudad se apresta a salvar las reliquias de su pasado histórico, que hacen relación a las actividades de artistas beneméritos de ayer, es Granada, con alguna otra ciudad, la que se lanza a la ardua empresa de valorar los actuales elementos artísticos para ofrecer una Exposición, tan acertada y completa, como la que ha mostrado hace poco. Y el contraste surgió inmediato; y no en demérito, ciertamente, de la obra de hoy. Bien es verdad que el ayer y el hoy, en la Exposición de Granada, han tenido valores eficacísimos. Un profundo eclecticismo juvenil, empapado en auras de viejas elegancias señoriales, ha presidido toda la organización artística de la Exposición. La «Casa de los Tiros», severo palacio remozado con laudable acierto por el Patronato, era marco sugestivo de suyo para recoger las guerrillas de cuadros y esculturas que lo han invadido. Algunas de sus espléndidas salas son estampas evocadoras del dorado ayer. Gloriosos años del siglo XVI, guerrero y renacentista. Días atormentadores del ya pálido romanticismo, que hacen evocar dos figuras antagónicas: Gil Vázquez Rengifo y Wáshingtón Irving... Y al lado de ellos, entre evocaciones románticas o clasicistas, la desconcertante sinfonía del arte contemporáneo. Por primera vez una exposición oficial acoge en su seno las audacias artísticas de os modernos creadores de arte, junto a la fórmula ya consagrada por los espíritus menos avocados a la innovación.



José de la Cruz Suárez Peregrín: «Sacristán de pueblo» (óleo).

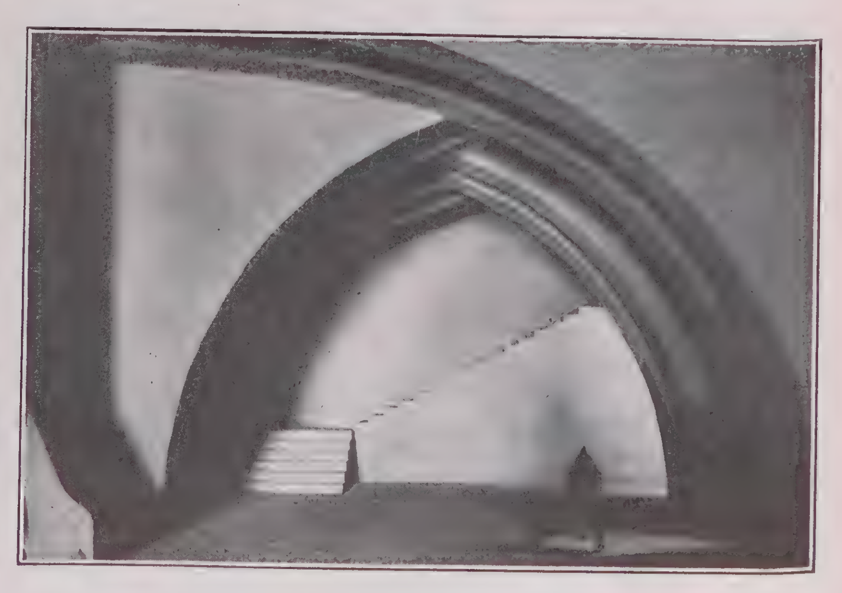
Si nos dejáramos arrastrar por la sugestión del tópico, habríamos de intentar alguna pirueta lírica en honor del atrevido contraste que tan gallardamente nos ha ofrecido Granada. Pero no vale la pena. Sólo un elogio cálido al eclecticismo de que se impregnaba ese contraste, es lo que debe brotar de nuestra pluma. Granada, en esta ocasión, aunando tantos y tan diversos valores materiales y espirituales, ha escrito con tinta joven una página nueva en su abundante y glorioso historial. Quédese para la íntima sugestión de cada uno el veneno literario de beber a sorbos lentos, en la cristalina copa del ambiente granadino de hoy, el vino añejo de la historia y el arte de ayer, o el alegre vinillo y el esmeraldino brebaje del arte de ahora. Que cada uno pueda trenzar su sinfonía propia. Y que sabiéndose acariciados por esas recónditas armonías, tan sutiles como el espíritu evocador, cristiano y moro al mismo tiempo, que triunfa sobre los embalsamados pensiles de la Alhambra, sepamos agradecer nuestras emociones de arte a los espíritus cultos y selectos que, reclutados por el Patronato Nacional del Turismo, han roto sus lanzas heroicas en este mágico torneo de imponderables exquisiteces, desarrollado en la Exposición Regional.

* * *

El catálogo de esta Exposición se adorna de valiosos nom-



Maruja Mallo: «Pascua» (óleo)



Hermenegildo Lanz: Decoración para un cuento de Hoffman



Saleta romántica dedicada a Wáshington Iswng

bres, y es una cumplida muestra de la importancia del arte contemporáneo. Artistas todos de muy variadas tendencias, cofrades de doctrinas distintas, inspirados en distintos credos estéticos, pero comulgando todos en idéntica preclara inquietud, todos han merecido un cálido acogimiento simpatizador. ¿Destacar nombres? Habría que agotar aquí la lista que figura en el catálogo. Selección integral la suya. Es el más justo elogio y es la verdad más contundente. La Exposición Regional de Arte moderno, albergada en la granadina «Casa de los Tiros», ha sido el triunfo más elocuente del eclecticismo contemporáneo. Y el Patronato Nacional del Turismo, su valedor más firme.

RAFAEL LÁINEZ ALCALÁ

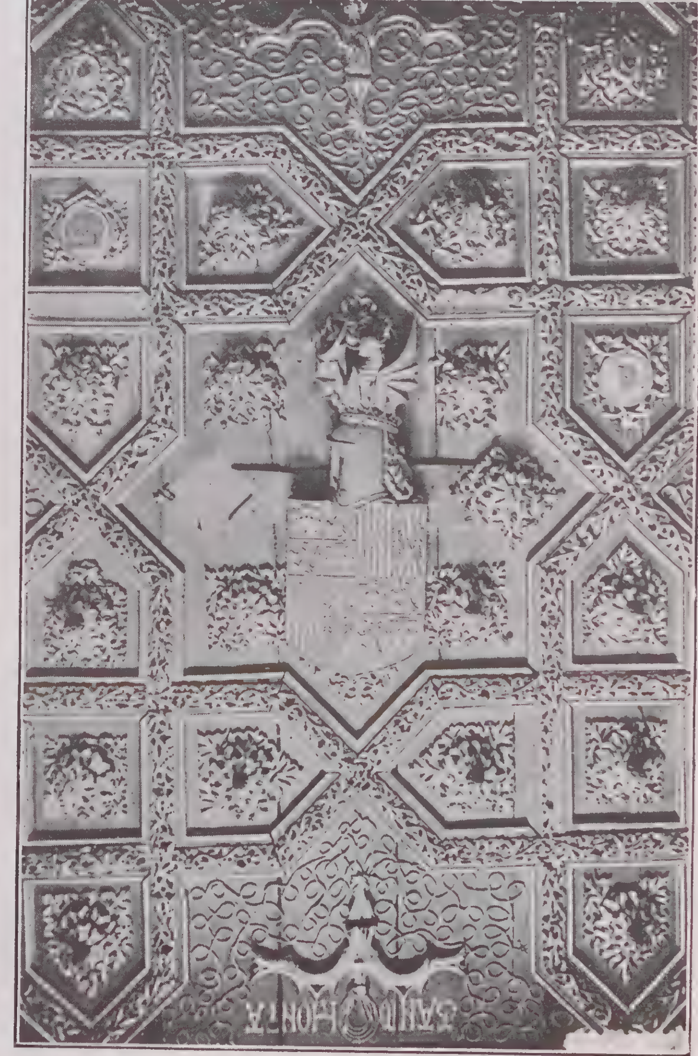




Picasso: «Composición»



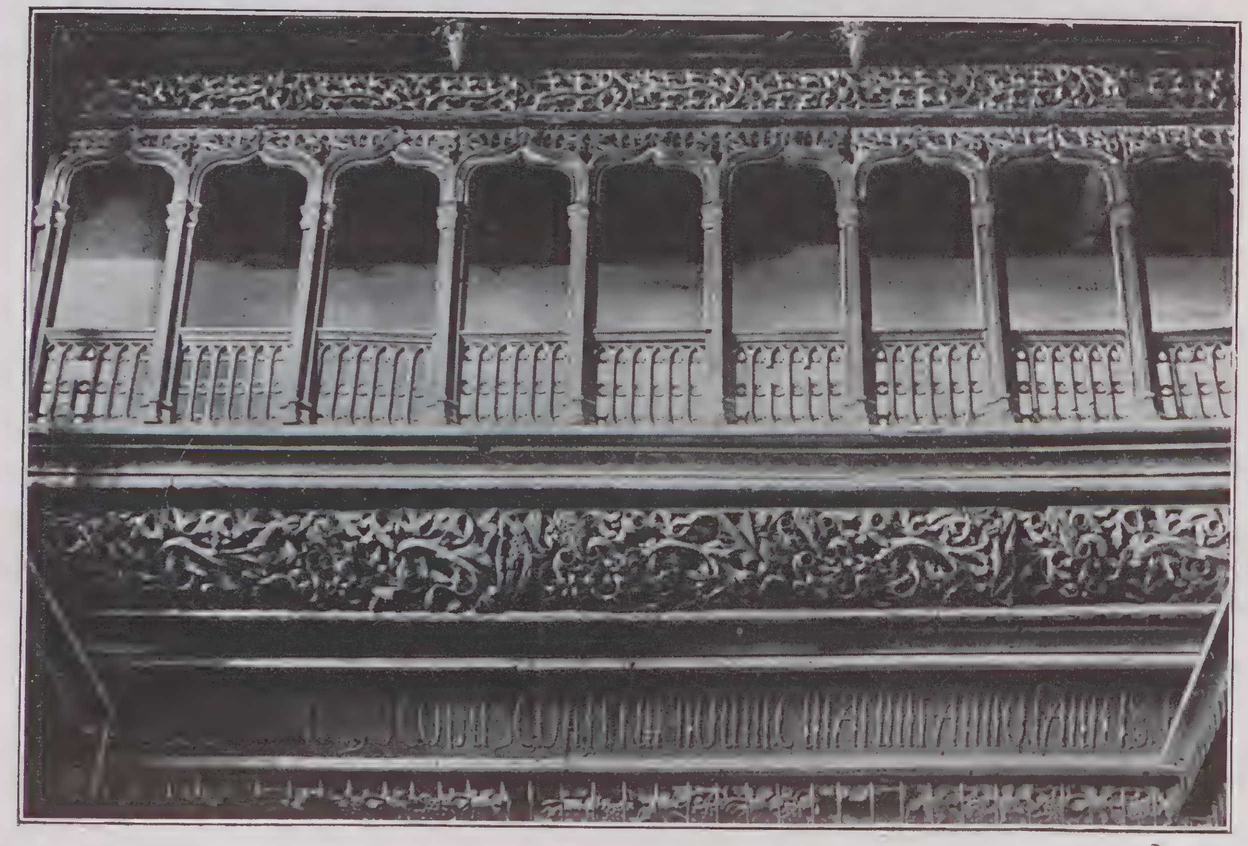



El techo de uno de los salones del palacio.

DURANTE la dominación musulmana tuvo Zaragoza una gran importancia, merced a su situación geográfica, que la hacía centro estratégico para oponerse a los avances de los cristianos acantonados en los Pirineos y refugio seguro de las expediciones islámicas organizadas para batirlos en sus baluartes; por eso desde los primeros tiempos de su conquista fué escogida como cabeza del waliato que comprendía Aragón, Navarra y Cataluña. En el año 1014, Almazor el Tadjibita fundó el reino musulmán de Zaragoza, sucediéndole varios reyezuelos hasta principios del siglo XII, en que tras un asedio épico consigue reconquistarla Alfonso I.

El cuarto de esos reyezuelos, llamado Aben Alfage, fundó la villa y castillo de Alfajerín, lugar a tres leguas de Zaragoza, y además construyó en las afueras de la ciudad una espléndida casa de campo, conocida con el nombre de *Aljafería*, aunque algunos opinan que debiera decirse *Alfajería*,, del nombre de su fundador.

Estas casas de campo, llamadas en árabe *Al-Muniat*, eran grandes fincas rústicas, a veces verdaderos palacios, que servían de residencia durante largas temporadas a los grandes señores musulmanes; por la notoria afición de éstos a la vida campesina, fueron numerosísimas en todos sus dominios y dieron nombre y origen a muchas poblaciones. La Aljafería, pues, fué en principio una mansión regia, situada a la derecha del Ebro, en medio de una deliciosa campiña, entre los huertos de la ciudad y no lejos de sus murallas; pero sus jardines frondosos y dilatados, sus fecundísimos huertos, sus varios y esplendorosos edificios, su grandeza, en fin, han desaparecido, por desgracia, de aquella magnífica residencia real. Nada queda de su recinto primitivo, cerrado por rojizas murallas guarnecidas de salientes cubos coronados de almenas; nada de aquel ancho y profundo foso que contribuía a la defensa y seguridad del caudillo moro; nada de los altos torreones que rodeaban la que en tiempo de los árabes debió ser inexpugnable fortaleza. A estos torreones alude todavía Cervantes cuando supone a Melisendra encerrada en este castillo; tan sólo queda de las primitivas defensas una torre muy maciza detrás del oratorio árabe, en la que se cuenta estuvo encerrado el doncel trovador de la leyenda; allí estuvieron el desgraciado príncipe de Viana y el famoso Antonio Pérez, secretario de Felipe II y promotor de la rebelión aragonesa contra este monarca; allí fué trasladado el Tribunal de la Inquisición después de la muerte alevosa de San Pedro de Arbués, y allí, por último, estuvo prisionero el capitán general de Zaragoza en 1808, por negarse a entregar armas al pueblo para rechazar la invasión francesa.


Aspecto de una de las galerías del palacio.

Comunicaba la Aljafería con la mezquita (hoy templo de la Seo) por un larguísimo camino subterráneo, cuya existencia acreditan innumerables vestigios. Conquistada Zaragoza por Alfonso I, erigió este templo cristiano la mezquita y dió la Aljafería a Berengario, abad del convento de San Bernardo en Carcasona, para que construyera allí una iglesia; pero debieron disfrutarla poco tiempo los benedictinos, porque se sabe que Pedro IV construyó en su recinto una casa de fieras, lo que prueba que había vuelto a su real residencia; allí nace, en 1271, su hija Santa Isabel. Desde que Inocencio III concedió a Pedro II el Católico que los reyes de Aragón pudieran coronarse en Zaragoza, se celebraron con este objeto espléndidas fiestas en el palacio de la Aljafería, que tenían lugar en el patio grande o de honor, entoldado con lonas de los colores de Aragón y tapizado de riquísimas colgaduras; las más notables coronaciones fueron las de Alfonso IV, Pedro IV y Fernando I el Honesto, y entre las reinas allí coronadas figuran D.ª Constanza, D.ª Sibila, D.ª Leonor y D.ª María de Luna.

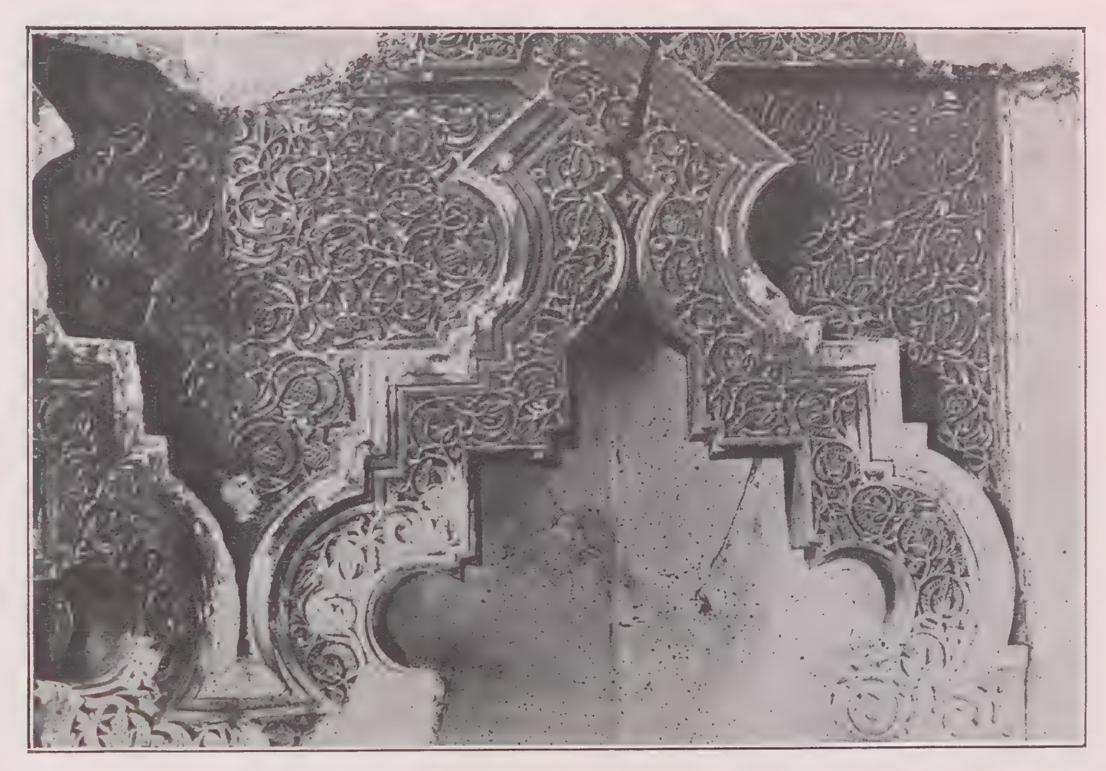
Quizás fué fundada la Aljafería en el siglo IX, pero nada queda de este tiempo; los restos que hoy podemos admirar corresponden al siglo XI, en

Palacio de la Aljafería

que fué reedificada (entre los años 1048 y 1081). Ofrece este monumento la particularidad de haber sido edificado por árabes y continuado bajo la dirección de arquitectos moros en plena dominación cristiana; en el siglo XIV, el arquitecto de las obras era Mohamed Bellito; a mediados del siglo XV se practicaron grandes trabajos para contener su ruina; en 1493, Fernando el Católico concede a Farag de Gali, maestro de la Aljafería, el privilegio de traspasar por testamento su cargo a su hijo Mahoma, con 600 sueldos de salario; en 1516 vemos a este Mahoma dirigiendo una obra en la torre maestra, junto a la del Homenaje. De este modo se mantuvo la tradición morisco-aragonesa, con el estilo y los procedimientos que le son propios.

En 1772 fué restaurado y reconstruído el exterior, con el mal gusto característico de la época. Los heroicos sitios de la ciudad hicieron padecer mucho al edificio, y, por último, en 1868 se cometió el desacierto de destinar la Aljafería a cuartel, y entonces desapareció gran parte de una obra magnífica del arte musulmán y con ella un raro ejemplar del ingenio de los *maestros de la Aljafería.*

Su aspecto exterior es hoy insignificante; sólo resta de las antiguas defensas del castillo la gruesa torre cuadrada que hemos mencionado, de fecha difícil de precisar; el interior es un caos, en el que resulta difícil fijar las habitaciones que mencionan los cronistas de Aragón Blancas y Zurita.



Un detalle de la maravillosa labor decorativa de la Aljafería.

De los restos hoy subsistentes, pertenecen a dos tipos y épocas diferentes un recinto mahometano, probablemente del siglo XI, y varios salones góticomudéjares que se deben a los Reyes Católicos. Lampérez conjetura que la Aljafería pertenecía al tipo de palacios hispano-mahometanos, o sea el hispano correspondiente a los períodos almoravide, almohade y nazarita (siglo XII al XV), de estructura ligera y yeserías en las que obraron primores los árabes y los mudéjares aragoneses, y techumbres de madera, gran patio rectangular con galerías de salones en dos lados, y crujías en los opuestos (forma derivada de la casa romana); en este patio debieron estar los tres arcos lobulados con ataurique y bella faja ornamental que se conservan en los Museos de Madrid y Zaragoza. Parece que el palacio árabe tuvo sólo un piso, y los Reyes Católicos levantaron otro encima, de tipo gótico-mudéjar aragonés.

Entre lo más notable de la época mahometana descuella la mezquita, situada en la planta baja, y a la que da acceso una pequeña puerta de arco de herradura y tímpano de ataurique, de deliciosa armonía, que no fué seguramente la entrada principal. Forman el interior de la mezquita, que tiene planta octógena, siete arcos mixtilíneos de delicado estilo árabe, apoyados sobre columnas de mármol y un arco de herradura, bajo el cual y rematado por una concha se ve el mihrab, que era el lugar adonde dirigían sus rezos los musulmanes; en los entrepaños figura un trepado de gusto exquisito, y sobre los arcos corre un friso de igual traza, en el que se apoya un segundo grupo de arcos apuntados, cada uno por cinco festones semicirculares; la cubierta debió ser una bóveda reticulada. Es esta mezquita una obra del más puro arte oriental, digna de competir con las joyas de la Alhambra. Aunque mutilada y profanada, es una interesantísima muestra del enlace del arte del califato con el almohade del siglo XII.

De la mezquita se sale a un patio de luces, en el que se ve el alto torreón de que ya hemos hablado, y pasando por delante del llamado *calabozo del trovador* se sube a las habitaciones reales, situadas en el cuerpo de edificio de la mezquita y en parte sobre ésta.

La primera son la sala y alcoba de Santa Isabel, con pavimento de azulejos deslustrados por el uso, y de los que sólo se conserva el escudo de España que forman los del centro; el techo es de vigas labradas, ostentando en todos los ángulos el haz de flechas y el lema *Tanto monta* de los Reyes Católicos; en la alcoba existe una sencilla lápida de mármol con la inscripción: «Aquí nació Santa Isabel de Portugal, A. D. 1271, etc.» No obstante, ciertos autores niegan que naciera en Zaragoza, señalando a Barcelona como lugar de su nacimiento. Contigua a la alcoba hay *otra habitación* de forma cuadrada, techo artesonado y dorado con piñas en los centros de los casetones, y *otra dependencia* de iguales dimensiones, con techo formado por dieciséis hexágonos, también con piña, la leyenda *Tanto monta*, el escudo de flechas, y en otros, clavos calados; estos techos, como el del salón del trono, están dorados, según la tradición, con el primer oro traído por Colón de América.

El *salón del trono*, de alta techumbre y lujoso artesonado, formado por octógonos, en cuyos profundos huecos se destacan las piñas que simbolizaban la unión de los reinos conseguida por Isabel y Fernando, es de gusto mudéjar en la parte alta, tiene una artística galería sostenida por labores góticas sobre un friso con idéntica inscripción que en las salas anteriores.

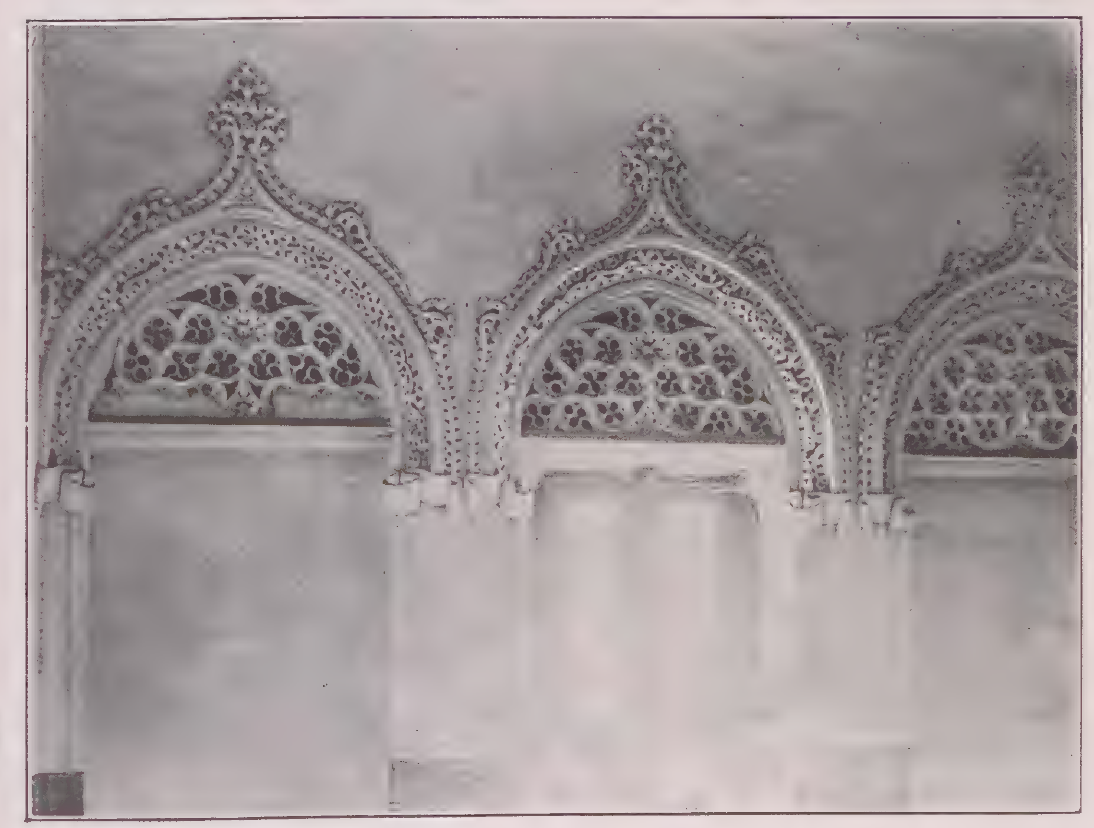
Contigua al salón existe una pequeña estancia que servía para los Consejos privados, y al salón da acceso la escalera de gala, compuesta de dos tramos y una meseta con un ventanal gótico de tres arcos y otro enfrente, de elegantes basas y del mismo estilo; la bóveda de esta escalera está pintada al temple; el maderaje es de oro y azul, y la baranda es también de gusto gótico.

La iglesia, situada en la planta baja y dedicada a San Martín, es de estilo Renacimiento, con pilastras dóricas y altares corintios. Hubo, además, otras capillas, una dedicada a San Jorge y otra a Santa María, que desaparecieron, lo mismo que las ya mencionadas salas de *las chimeneas, las jarras* y *los mármoles*.

Procedentes de las estancias desaparecidas, se conservan en el Museo Provincial de Zaragoza 16 admirables capiteles de mármol, superiores en variedad de dibujo y ejecución a los mismos de la Alhambra, y un arco de piedra perteneciente al patio grande del castillo; de igual procedencia hay otros dos arcos en el Museo Arqueológico Nacional, que también posee algunos de los más bellos capiteles que tuvo la Aljafería.

Aun después de despojado de tanta belleza, el castillo de la Aljafería es una joya del arte árabe y mudéjar, de gloriosa historia e indiscutible mérito.

Texto y fotografías facilitados por el P. N. T.



Otro detalle decorativo.

EL EXITO DE «COSMÓPOLIS» A UNA PESETA

Otra vez hemos de rendirnos a la evidencia de las voces estimuladoras, que nos llegan de todas partes, ante el éxito indiscutible alcanzado por COSMÓPOLIS al fijar su precio en la mínima cantidad de UNA PESETA. Éxito tan señalado, que agotó rapidamente la numerosa edición lanzada al público, viéndonos obligados a hacer otra edición más copiosa

Y al recoger ahora el eco de los aplausos que nos llegan queremos agradecerlos con toda efusión, firmes en nuestro deseo de seguir la ruta iniciada para satisfacer plenamente las aspiraciones de todos los que nos prestan el estímulo acogedor de su simpatía

COSMÓPOLIS, en esta fecha inicial de 1930, agradecida a sus lectores y suscriptores, renueva su deseo, para todos, de un año lleno de venturas y prosperidades.

Escaparate de Libros

BROCAL, poemas por Carmen Conde.—Lírico chisporroteo de poesía nueva la que brota de este *Brocal* juvenil, impregnado de dinamismos audaces. Carmen Conde—juventud literaria de la mejor ley—, en el estadio de la vida moderna, logra plantar su optimismo sano de auténtica vanguardia, recogiendo en su *Brocal* el áureo fruto de una poesía jugosa y riente, tan personal como una sonrisa, tan joven como un amanecer y tan limpia como el agua del hondo pozo lírico al que este cuaderno literario sirve de adecuado *Brocal*.



Carmen Conde



Victoriano García Martí



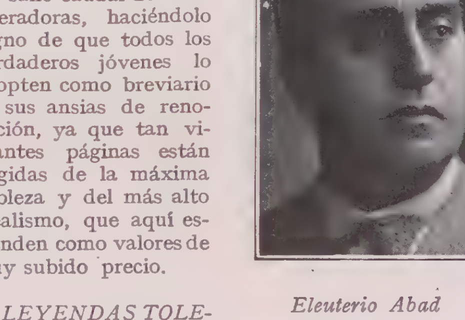
Alicio Garcitoral

EL ESTILO GÓTICO EN ESPAÑA, por Augusto L. Mayer (Espasa-Calpe).—Se ha puesto muy de moda, en el mundo entero, el gusto por las cosas de España. Parece que ahora comienza a conocérsenos de verdad. Un hispanista ilustre por muchos conceptos, Augusto L. Mayer, ha escrito un libro de arte, con España relacionado, en el que se plantean interesantísimos problemas del arte gótico u ojival producido en nuestra península, no sólo por españoles, sino por alemanes, franceses, flamencos y aun por italianos, que aquí crearon obras maravillosas. El libro es un alarde de erudición investigativa. Lo ha traducido del alemán, con notorio acierto, D. Felipe Villaverde, y la casa Espasa-Calpe lo ha editado a todo lujo, profusamente ilustrado con limpias reproducciones fotográficas. Un libro, en fin, que es una joya valiosísima en nuestro escaparate bibliográfico.

EL CAPITÁN MALACENTELLA, novela por Alberto Insúa (Editorial Pueyo).—Alguien ha dicho de esta primorosa novela de Insúa que es una novela ejemplar; ejemplar en todos los sentidos, añadimos nosotros. A la emoción del relato únense la pulcritud del estilo y la elegancia de la forma, campeando en ella todas las habilidades técnicas reconocidas de antiguo en la pluma de Alberto Insúa, que en cada página nueva sabe renovar los frescos laureles de su historial literario. En este *Capitán Malacentella*, la gracia descriptiva rompe como un cohete luminoso el cielo de nuestras emociones y hace que las páginas del libro sean devoradas con la misma avidez con que los comensales del primer capítulo devoran el *pintado* arroz, descrito con tan sabrosa naturalidad.

OLEAJE, novela por Alicio Garcitoral (Editorial Horizonte).—Nos hallamos ante un hermoso libro que ha brotado, todo sinceridad, por el ancho cauce de una pluma joven. El adusto trampolín de la vida puso en la de Garcitoral sus piruetas pasionales. Y he aquí el apasionamiento rotundo de un espíritu viril empeñado en vencer el tormentoso oleaje de los contradictorios sentimientos que le rodean. Novela hondamente vivida y escrita con emoción de artista que se goza en su propia labor, a este libro habremos de reprocharle ese ritmo de tristeza que se clava en nuestro espíritu con implacable ardentía. Pero se lee con gusto. Su esforzado autor logra conducirnos hasta las playas de la emoción más sincera, luchando bravamente con el oleaje de dificultades que hay que vencer para lograr un buen libro. Garcitoral lo ha logrado, y su prosa, limpia como el cielo de su región norteña, tiene claras agilidades, que avaloran los méritos de vigoroso escritor reconocidos en la simpática figura de Alicio Garcitoral.

LA EMOCIÓN DEL MOMENTO. IDEOLOGÍA POLÍTICA, ensayos por Victoriano García Martí (C. I. A. P.).—Un libro bello, de inquietud palpitante, de ritmo acelerado, como las emociones del momento en que vivimos. Páginas de honda filosofía, escritas en palabras nobles, aureoladas de profundos conceptos moralizadores, que la juventud de hoy no debe olvidar en los instantes presentes. García Martí, destacado valor del movimiento intelectual de España, ha puesto en los enjundiosos ensayos que forman este libro un sano caudal de ideas liberadoras, haciéndolo digno de que todos los verdaderos jóvenes lo adopten como breviario de sus ansias de renovación, ya que tan vibrantes páginas están ungidas de la máxima nobleza y del más alto idealismo, que aquí esplenden como valores de muy subido precio.



Eleuterio Abad



Francisco Machado

LEYENDAS TOLEDANAS, poesías, por Francisco Machado.—Es difícil sustraerse a la lírica sugestión de la ciudad histórica para el que tiene un alma de artista y un corazón de poeta. La pluma muerde sola en las cuartillas a impulsos de un arrebatado ventalle sentimental. Así debemos a la inspiración toledana miles y miles de páginas brillantes, en prosa o en verso. D. Francisco Machado, de la misma estirpe literaria que sus hermanos D. Manuel y D. Antonio, ha sentido también muy hondamente la sugestión de Toledo y ha lanzado su canto lírico en honor de la imperial ciudad, recogiendo en un lindo tomo diversos motivos poéticos a ella referentes. Verso castizo, de corte clasicista, sirve de ropaje adecuado para tejer leyendas romancescas y otras bellas composiciones en las que campean las gracias de sentimientos nobles lealmente expresados. Las *Leyendas toledanas* de Francisco Machado deseamos que obtengan el éxito merecido por su honradez literaria.

UN VIAJE A NORTEAMÉRICA, por Eleuterio Abad.—Libro interesante éste que reseñamos. Difícil facilidad la de su autor. Un ingeniero embriagado por la teoría de las estadísticas, que, sin embargo, resulta un excelente escritor que sabe colorear de emociones propias las páginas que escribe. *Un viaje a Norteamérica* puede ser enseñanza muy eficaz para un espíritu curioso. La vida se ofrece allí con otros refinamientos y otras audacias. El autor, ávido de conocer las cosas, deseoso de captar emociones nuevas, pensando siempre en la patria lejana, toma notas y enfoca diestramente el objetivo de su maquinaria espiritual. Y hay tal garbo y donosura en sus apreciaciones y tan justa valoración en sus conceptos, que el libro se lee con gusto y el *Viaje a Norteamérica* resulta en extremo cómodo y agradable, acompañado por la palabra flúida y elegante de D. Eleuterio Abad.

(En esta sección daremos cuenta de todas las obras de que se nos remitan dos ejemplares.)

UN HOMBRE RECUERDA SU PASADO

Novela por M. Constantin-Weyer

Obra que obtuvo el Premio Goncourt 1928

Ilustraciones de Perals.



(Continuación)



PUSE de pie a un cuerpo insensible —pero no muerto—, hundido en la nieve. Le agité con brusquedad; gimió. Me lo eché al hombro. (¡Señor! ¡Cómo me hundía en la nieve!)... Sí... caminaba... caminaba hacia los trineos. No podía llorar porque el llanto duele y da frío (y demasiado calor al mismo tiempo)... ¡Llegar! ¡Sí! ¡Llegar!...

En los trineos encontré aquella botella de *whisky* que yo sabía dónde estaba... Una gota entre aquellos dientes entreabiertos a duras penas... ¡Y yo!... ¡y yo!... ¡Cuánto esfuerzo malgastado en negármelo a mí mismo! ¡Gracias! Sí, mi cuerpo —¡esta bestia!— quería beber más aún, a riesgo de morir; pero mi espíritu sabía que un sencillo sorbo de alcohol hace flaquear las piernas de un hombre cansado. ¡No! Moderado hasta el fin... y fuerte... y joven... ¡vencí a la bestia!

Abrigué a Pablo Durand con todas las mantas. ¡La cabeza también!... Después, descargando su trineo, le acosté. Aligeré también el mío... ¡y en marcha hacia el bosque!...

¿Hacia el bosque?... Pero ¿dónde estaba? ¡Ah, sí! ¡Allá! Lejos todavía... Suspiré... Mientras caminaba, un avaro nació en mí. No pude contenerme sin volver la cabeza hacia aquel montículo de nieve coronado por las raquetas de Pablo Durand, donde estaba nuestra fortuna... pero llegué al bosque y pude encender lumbre.

¡Mañana, sí! Hasta el otro día, después del descanso, no iría en busca de las pieles.

* * *

Una vez encendido el fuego, necesitaba comer. Mi vida, y, sin duda, más aún la de mi compañero, dependían de mi total egoísmo. Ferozmente total: «¡No te preocupes de tu compañero! ¡Come el buen *pemmican* que habéis comprado a los salvajes! ¡Embute en tu hornilla ese combustible graso y untuoso! ¡Haz crujir con tus dientes y mastica esos frutos secos que la previsora mano de una *squaw* ha mezclado a la grasa y a la carne seca, cruda y triturada, y que te preservarán del escorbuto!» Harto ya, cogí el hacha y derribé en seis minutos bastantes ramas para hacer con ellas un cobertizo en el sitio de donde quité nieve y que entibiaba la hoguera... Las ropas y las mantas, dispuestas en forma de tienda de campaña... ¡Gracias a Dios! Había elevado cuarenta grados la temperatura exterior... Mozo de hamman, con mocasines bordados y camisa sucia, froté el cuerpo flaco y desesperadamente piojoso de Durand... ¡Aquella desnudez hética y sucia en medio de tanta nieve inmaculada!... A Dios gracias, revivió y le vestí de nuevo... Unos sorbos de té le convirtieron otra vez en ser viviente... Pálido aún y ciego, inició una leve sonrisa, y sus primeras palabras fueron para decirme; «¡Volveremos a ver a Magd!» Yo tenía por el momento otra cosa que hacer mejor que soñar. Me gusta soñar, pero tengo empeño en realizar mis sueños. ¡Ningún sueño era entonces realizable para él —¡pobre remolque atado a mi máquina!— ni para mí, si no representaba hasta el final el papel de la evasión! Por lo tanto, me mudé de ropa y aproveché de la desnudez para darme friegas con *whisky*. Gasté media botella. ¡Pero fué para uso externo! Después reflexioné, vigilando el tranquilo sueño de Pablo... ¡Yo, personaje nuevo del todo, adoraba y alimentaba al dios del fuego! Él correspondía a mi devoción y daba flexibilidad a mis miembros. Descansando, sujetos a sus tiros, mis perros, enganchados a sus trineos, se volvían, se echaban de espaldas y me devolvían con sus ojos de lobo unos fragmentos de chispas. El vivaque del gran Norte recobraba su encanto...

Pasé parte de la noche así, sin dormir. El té, la pipa y el *pemmican* alternaban para proporcionar a mi vida los alimentos que mi sangre, servidora fiel, aspiraba sin murmurar, enviándolos luego con acierto al sitio que les correspondía. Aquí el té, allí la grasa, y allá, hacia el cerebro, la voluptuosidad del tabaco... Pero no podía pensar en dormir más de dos horas, por culpa de Pablo Durand... Fué un poco antes del alba, en el momento en que se densifican las tinieblas de la noche del Norte, cuando cerré los ojos.

* * *

Quedaba un poco de lumbre cuando me desperté. Un poco de leña seca hizo bailar, en la semiclaridad naciente, unas locas llamitas azules y anaranjadas, nupcia de colores que celebraba la unión misteriosa de los elementos metálicos libertados de su condición orgánica. Así, algún día, los átomos de mi cuerpo bailarán de alegría, porque la muerte, alquimista, los habrá sacado de su prisión. Y, en verdad, la Muerte —la había tuteado la víspera con bastante familiaridad— no se me aparecía, al conocerla mejor, como un personaje tan malvado. Una vez más, el insensato amor a la vida que yo llevaba en mí me privaba, hasta en presencia de la Muerte, de la alegría de ser el hombre vivo que se agita y que piensa. Mis propios sufrimientos tejían una escala para alcanzar el gozo... ¿Y Pablo?...

Tenía la cabeza caliente, un poco demasiado caliente. Soñaba en voz alta. Divagaba, mejor dicho... Distinguí las sílabas: ¡Magd! ¡vamos! Aquella muchacha le había embrujado del todo. «¡Ciego, anda! ¿No puedes aprovecharte de tu sueño para ver cosa mejor que esa estúpida doncella?... Yo voy a comer.» Era la vida lo que comía.

Distribuí a los perros el pescado helado, racionándolo cuidadosamente. Con el látigo en la mano, hice de policía. Prontos a aprovecharse de toda inadvertencia, los ladrones me acechaban mientras despedazaba ávidamente su comida. En sus rosadas fauces brillaba una pulpa plateada. Cuando comieron, eché un poco más de leña al fuego y me fuí con los trineos a buscar el cargamento abandonado la víspera.

Volví oportunamente. Ya el viento trabajaba como un obrero acurrucado rallando la nieve... Un polvo fino, duro y agudo, volaba muy bajo aún. Sabía que no tardaría mucho en elevarse en torbellino de volutas locamente crueles, ahuyentando toda clase de vida de la superficie nevada. Hasta los lobos escarbarían en la nieve para enterrarse. En las hondonadas, en lo más escondido de la maleza, las manadas de caribúes, de alces o de wapitíes se agruparían cabeza con cabeza, para no ofrecer al viento más que las grupas, que, rítmicamente, tiritarían para calentarse. La tempestad que se iniciaba, la potente y feroz tempestad, devoradora de vida animal. Así, una vez más, el halo de la luna predijo con certeza. Y, precavido, egoísta y, no obstante, en mi egoísmo vital, salvador de vidas, antes de ocuparme de Pablo, amontoné al alcance de mi mano provisiones para tres días lo menos, y, echando mano del hacha, partí un poco de leña. No se necesitaba mucha lumbre para mantener la vida —¡bastante cómodamente, os lo juro!— en un espacio de ocho pies de largo, ocho pies de ancho y cinco de altura... (así era el espacio comprendido entre las paredes de nieve y el techado de ramas que yo puse). Lo esencial es no dejar de adorar y de servir al dios del Fuego, ofrendándole modestos tributos de leña seca... Sentía rena-

Un hombre recuerda su pasado

cer en mí el espíritu endurecido, firme y supersticioso de algún antepasado muy lejano que, en la época prehistórica, había luchado contra el frío, el hambre y la fatiga. Como él, esperaba triunfar... Era de su raza, a través de cientos y cientos de generaciones.

Desperté a Pablo Durand, ciego todavía. No obstante, me dijo que distinguía vagamente el resplandor del fuego. Tenía mucha fiebre, que yo traté de combatir con té muy ligero, pero calentísimo. Mientras sobre nuestras cabezas el viento obligaba a doblegarse y gemir de cansancio a los temblones esqueléticos, preparé para mi compañero un caldo de *pemmican*. Me costó bastante hacérselo tomar. Era un hombre que se abandonaba, que es como decir: un hombre que se entrega a la Muerte.

¿Sufría? Me aseguraba que no. Sólo se sentía muy débil. Me habló largamente de Magd. «He aquí —pensé— el resorte que puede ayudarle a rebelarse contra la Muerte.» A mi vez, le hablé de ella largo tiempo. «Si se casara usted con Hannah seríamos cuñados— me dijo.» «Bueno —pensé—, ya te sacaré de ahí. No morirás todavía hoy.» Y le hice tragar otra taza de caldo y un poco de *whisky* mezclado con té hirviendo. Después le dejé descansar. Pero con aquella tempestad era menester, para que hubiese alguna probabilidad de salvar a mi compañero, que yo me privara casi totalmente de sueño durante cerca de tres días y tres noches. Tenía mucho que comer y bebía en abundancia té muy fuerte y sin azúcar. De vez en cuando, me abandonaba a un sueño ligero; pero es lo cierto que algo desconocido que velaba en mí me sacaba de mi modorra en el momento en que convenía echar un poco de leña a la lumbre.



*

Obediente al misterioso orden ternario, la tempestad se aplacó hacia la noche del tercer día. Desde la víspera, Pablo Durand había recobrado la vista. Al mismo tiempo, la fiebre bajó, dejándole, no más, una tos ronca, y recobró el apetito. Dispuse que descansáramos un día más. Aproveché el final de la tormenta, cuando el bosque estaba todavía lleno del ruido de los árboles que se entrechocaban, para organizar una partida de caza. Al cabo de media hora escasa llegué a una calva pequeña bordeada de *hart - rouges*, cuyas ramas más delgadas se hallaban recién cortadas como con una podadera. Era señal de que había algunos alces en los alrededores. Y en aquella calva mis raquetas, aplastando el polvo fino de la nieve fresca, se hundían hasta un sitio en que la nieve era dura y crujiente. Debía de haber sido pisoteada momentos antes de la tempestad. Apoyado en un álamo, escuché en la dirección en que el viento me era favorable... La noche llegaría pronto y era casi seguro que, al calmarse el viento, los alces irían, después de aquellos días de ayuno, a buscar alimento. Mis esperanzas no resultaron fallidas. El ruido que yo oía, algo así como si hubieran raspado las ramas con un arco grande de madera, estaba aún bastante lejano. Me desembaracé de mis raquetas y, entrando resueltamente en la nieve hasta el vientre, empecé a franquear lentamente y sin ruido el paso hacia el sonido que a mis oídos llegaba... El ruido creció. Se hubiese dicho que unos hombres cargados de haces caminaban pesadamente por la maleza... Inmóvil, sabiendo que aquello venía hacia mí, dejé caer despacio la manopla de mi mano derecha... El frío cruel del acero me mordió los dedos. Pero yo quería matar, matar para vivir... En la penumbra, las cabezas gigantescas, barbudas, alargadas, sin cuernos, con orejas ampliamente abiertas, de tres alces enormes, desembocaron a veinticinco pasos. Aunque estaba delante de ellos, a causa de sus ojos oblicuos, no me veían. Levanté lentamente mi carabina y apunté al del centro en el pecho. El tiro partió y el retroceso me golpeó

Un hombre recuerda su pasado

la cara. El animal al cual había tirado estaba aún de pie, inmóvil, pero se tambaleaba. Dió uno, dos, tres pasos hacia adelante, titubeando, como borracho. Aquello era ridículo y macabro a la vez. Se paró al tercero, hizo una pausa y, de repente, fulminado por la muerte, resbaló hacia delante, apo yando la cabeza entre sus patas extendidas. Hubiera podido matar a cualquiera de sus compañeros. Acaso a los dos. Pero entonces era yo demasiado salvaje y demasiado bárbaro para perpetrar una muerte inútil. Los dejé marchar. Volví al campamento con la cara ensangrentada por haber bebido en la misma vena del cuello de mi víctima, abierta con un cuchillo, la sangre, la rica sagre tibia, que se derramaba haciendo glu - glú. Era la misma vida, puro calor, lo que bebía. Todas las fuerzas del alce derribado estaban ahora en mis venas. Una sangre rica y caliente circulaba. Encendí un fuego pequeño. Despedacé el animal sin prisa, casi sin fatiga, poniendo cuidadosamente aparte el corazón, el hígado y los riñones para asarlos por la noche. Masticando con una voluptuosidad desconocida e inquietante unas piltrafas de buena carne cruda, sabrosa y tibia, cargado con veinte o veinticinco libras de carne empaquetada en un pedazo de piel, volví al vivaque. Después de haber comido, en la noche apacible, estrellada y fría, oyendo a cada instante el estallido seco de un árbol condenado a muerte por la helada, volví con los despojos hacia los perros. Los dejé divertirse durante una hora, mientras entre mis piernas vivía o moría, según mi capricho, un pequeño, pequeñísimo, fuego de astillitas, que me calentaba deliciosamente los muslos y el vientre... Unos lobos aullaron al oler la carne. Pero, habiéndoles respondido los perros, no se atrevieron a acercarse a nosotros.

* * *

Supongo que el día siguiente fué un día de gran frío. Nosotros no lo supimos. La carne, la buena carne fresca, había resucitado nuestros sencillos gustos de primitivos. Nos producía profunda alegría comer según nuestro apetito. ¡Nunca hartos de carne asada, ¡oh poder de la vida sana! Y cuando me pareció que había comido bastante pude dormir, por fin, algunas horas, porque Pablo Durand estaba decididamente mejor.

Así, después de habernos repuesto durante cuatro días, en aquel refugio, pudimos, caminando hacia el suroeste, tomar por instinto el camino que conducía a la civilización.

Estábamos lejos todavía y había que contar siempre con los azares de las tempestades o con el fastidio, no menos temible, de un deshielo súbito y, desde luego, pasajero. Así, excitando a los perros, otra vez gordos, aceleré la marcha. Alargaba interminablemente las etapas, partiendo mucho antes del amanecer, aun antes de aclararse la noche, en esas tinieblas que preceden al alba, y deteniéndome solamente a causa de la oscuridad llegada hacía mucho tiempo, después de esas cortas horas de día deslumbrador y esas horas largas de crepúsculo indeciso, bordeado al oeste por una leve franja de púrpura pálida.

Durante la comida de la noche, Pablo Durand, cara al fuego, habló de Magd con más animación.

Así, por la magia de las palabras, la granja Mollvy se encontró transportada a centenares de millas al norte, en un país donde las esperanzas de que se establecieran alguna vez cultivadores de gramíneas ni lecherías eran pocas. No obstante, mientras Pablo me hablaba de Magd conseguía regocijarme con algún cuadro muy *rantz des vaches* un poco cromo. Oía tintinear las campanillas de los Jerseys y de los Holsteins, que el *colley* blanco y fuego guiaba hacia el establo... Y Hannah, vestida exactamente como yo la vi la primera vez, iba y venía por el corral de la granja, llevando en la mano sus pozales de leche espumosa. ¡Es ridículo pensar que la granja O'Molly goce del privilegio de una primavera perpetua! Y, no obstante, es así. Estaba con nosotros, en medio de este desierto de nieve y de auroras boreales luminosas y frías; se hallaba rodeada de tibiezas, y todo el polvo de verdor de la primavera estallaba a la vez en polvo verde pastel, impalpable e imperecedero. En aquel tiempo duro y áspero, la granja O'Molloy se volvía suave y dulce. Hannah era suficiente para poblar tal soledad... ¡Y aquel muchacho que me hablaba siempre de Magd!...

* * *

Así pasaron los días hasta la próxima inquietud.

Sí, debí haberlo temido... Pablo padecía desde cuatro o cinco días antes una tosecilla seca y, por momentos, su respiración se hacía ronca... Pero yo había observado siempre que cuarenta o cin-

Un hombre recuerda su pasado

cuenta grados de frío curan en algunas horas un resfriadillo que empieza... Entonces, ¿qué era la tos que el frío, médico cruel y bienhechor, no conseguía curar?... ¡Ah, diablo! Tenía los pulmones helados. ¡Eso!... Y sobre la nieve había un poco de sangre cuando escupía...

¿Qué hacer?... Y, ante todo, ¿sabía él la gravedad de su estado? Se desplomó como una masa inerte al hacer un alto en la etapa, y se negó a comer. Y después de un acceso de tos que enrojeció trágicamente sus flacos pómulos, apareció en su boca un hilillo de sangre. Se enjugó con la manga y, de pronto, volviéndose, ocultó la cabeza entre sus brazos. Vi que sus hombros se elevaban al ritmo de los sollozos... Comprendí lo que ocurría.

* * *

Su desesperación no duró mucho. Tenía realmente una hermosa sonrisa de valor cuando se volvió para decirme:

—Después de todo, nadie tiene la culpa... Usted le dirá que pensaba en ella...

Con una sonrisa que sonó mal en mis propios oídos le dije que no había que pensar en la muerte todavía. Se encogió de hombros y este esfuerzo produjo un nuevo golpe de tos.

—¿Cree usted que no me doy cuenta de mi estado?... Y, como es natural, aquí no hay con qué escribir a nadie, ni siquiera con qué hacer un testamento... Así que tendrá usted que ser quien se lo diga... Con cuidado... Procurando, ¿verdad?, tomar todas las precauciones... hacerle comprender que todavía puede ser dichosa con otro... otro que no seré yo... ¿no es eso? (Se interrumpió para toser y tuve que ayudarle a sentarse). Déle mis animales cornúpetas y lo que me corresponda de la venta de las pieles... En cuanto a la tierra, nada, pues no he cumplido las formalidades necesarias... Le dará usted las pieles, ¿no es eso?...

—¡Pero si no va usted a morirse! Aleje esas ideas de su mente...

—Bueno —dijo con impaciencia—. ¿Cree usted que no sabré morir como otro cualquiera?...

* * *

Velar un agonizante no fué nunca cosa muy agradable. Pero aquel departir con la Muerte, en pleno desierto de nieve, llegaba a los límites del horror. Me parecía que durante la noche, cuando las tinieblas me ocultasen lo trágico de aquel rostro en lucha con el otro mundo, mi oficio de enfermero sería menos horrible. Pero no fué así.

A la hora del crepúsculo me exigió la promesa de que no abandonaría su cuerpo en aquellas soledades; que me lo llevaría y que le daría sepultura en tierra cristiana. Era una locura, teniendo en cuenta las condiciones del viaje, y, a pesar de todo, se lo prometí. ¡Tanto puede un moribundo sobre un hombre sano y robusto! Cuando se lo hube prometido, dejó de hablar.

Supongo que recibiría la visita de algunos fantasmas familiares, pues empezó a conversar a media voz con personajes invisibles, muchos de los cuales debían de pertenecer hacía mucho tiempo al mundo en el cual iba a entrar él. Creí oír que dialogaba con su madre, con su abuela y con su abuelo, que yo sabía que habían muerto. Había también otros fantasmas vivientes. Su padre le reñía aún, seguramente, por alguna tontería que cometiera veinte años antes, cuando no era más que un muñeco sin juicio. La falta y su castigo venían a hostigarle en su lejana agonía, envuelto en ruines mantas, junto a unos céntimos de lumbre y un capital de frío y nieve. Otra viviente, Magd, estaba también allí, a sus pies, y la decía cosas que yo entendía a medias, pero lo suficiente para que me dolieran. Lo peor era que necesitaba comer para luchar contra el cansancio y el frío, y más que apetito sentía ansias de vomitar.

Hacia la madrugada, la hora de las tinieblas densas, empezaron los estertores de la agonía. Eché una brazada de leña al fuego para avivar la llama y esparcir un poco de claridad en mi derredor. Me incliné hacia él, pero no debió de verme. Oía cómo su pecho hacía «raah, ra..a.aah». Debía de oler ya un poco a cadáver, porque lentamente, estúpidamente, uno de mis perros empezó a aullar suplicante, solemne y amenazador, y los otros siete perros le hicieron coro... ¡Los hubiera matado!

¿Sabían ellos que repitiendo su ladrido ritual reproducían el llamamiento milenario de su raza hacia la carne?... Si ellos no lo sabían, yo sí, y los hubiera matado uno a uno. Pero mi vida estaba ligada a la suya... Los lobos no se equivocaron acerca del significado de aquel llamamiento. Lo que era para mí un acontecimiento doloroso, trágico, era para ellos un gozo. Para mí, dentro de pocos minutos, Pablo sería el muerto sagrado cuyos restos tenía que proteger; para ellos, sería una carroña buena para ser devorada. Así que, a unas dos millas del lado de la estrella polar, un primer lobo recogió los aullidos de mi perro, con algo de risa sarcástica en el final de su cuhuhuhu... hu... u... u... uh... y otro lobo le respondió al sur. Luego conté dos al este y no sé cuántos al oeste... Tan pronto se invitaban uno a otro como se incitaban todos a la vez, y se estrechaba el círculo de hocicos respingados.

Continuará en el próximo número

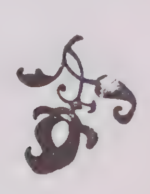


JAZZ-BAND

Todo pasa y todo cambia. Cambia, estabilizándose solo un momento—¿mejor?, ¿peor?—. Bello siempre, porque la vida es siempre bella. Y a compás de la vida se ha transformado el baile, como exponente de una modalidad social que no es útil olvidarla.

Tiempos ceremoniosos, pausados y solemnes los del minué. Vida tumultuosa, impregnada de inquietudes múltiples, la que ahora triunfa, en lucha cada vez más difícil. Contraste diferencial de ritmos. Espiritualidades más intensas; preocupaciones más atormentadoras. Rima bien con la vida de hoy esta candorosa jocundidad de la música negroide. Laudable entronización la del *jazz-band*. Es preciso exaltarlo hasta que bailen a su compás los más graves varones; entonces se habrá salvado el mundo, porque una ola de juventud radiante y bullanguera podrá orear los acuciamientos de todos los días.

Olvidemos lo de que cualquiera tiempo pasado fué mejor. Bien archivada está la historia que se nutrió con caballeros de casacas y peluquines y damiselas de miriñaque. Murió el baile de aquellos días; hemos echado el cerrojo a las puertas de carrozas y literas. Hoy, que cruza el espacio la rauda flecha de un avión, es preciso entregarse a las ingenuidades alborotadoras del *jazz-band*—no importa el color—, que es agilidad de músculos y de espíritus audazmente renovadores.



JAZZ

Dibujo de San Martín

LOS ESCRITORES NUEVOS

Hemos recibido su trabajo y...

«Luisina».—Por Dios, señorita. ¿Asustarnos? ¿De qué? Nos sobran muchos años para ser chiquillos y nos faltan aún muchos para ser abuelos. Dulce media edad la nuestra, que sabe mirarlo todo con la indulgencia necesaria para decirle a usted que *eso* ni es verdad ni es poesía...

«Gil Blas».—Bien, muy bien su «Canto rodado»; entra en turno.

F. A. R. (Buenos Aires).—Admitimos uno de sus sonetos.

«Golondrina».—Es preciso meditar algo más serenamente lo que se escribe. Sus versos adolecen de inseguridad en el ritmo y en la rima.

A. Bustamante.—No nos es posible aceptar su triple envío. Insista, porque estamos deseosos de complacer a usted.

M. C. R. (Madrid).—Solamente el comienzo de su envío nos impide ya seguir adelante; *agravios, enojos, labios* y *ojos* a estas alturas tienen muy poca novedad en una sección de jóvenes que aspiren a serlo verdaderamente. ¡Ah! Insistimos en lo de que las cuartillas deben llegar escritas por una sola cara.

G. O. G. (Zaragoza).—Es posible que usted lleve razón en todo lo que dice, y es posible incluso que dude de nuestras aseveraciones. Su «Playera» tiene en nuestro turno un número elevado y habrá que aguardar a que pasen muchos meses para que aparezca en estas páginas. Ya lo hemos dicho más de una vez. Nuestra revista es mensual, y en cada número aparecen muy pocas composiciones en relación con las admitidas. ¿No se hacen ustedes cargo? En cuanto al último envío a que se refiere, nada sabemos de su llegada a esta redacción.

F. J. (Madrid).—No nos es posible aceptar su «Galicia».

E. S. A. (Ciudad Lineal).—Nada nuevo lo que nos envía. Aguardamos nuevos trabajos suyos.

A. H. M. (Olot).—Todavía no es lo que nosotros deseamos; pero vibra en su prosa la gallardía de un espíritu juvenil y dinámico augurador de trabajos más sugeridores, que hemos de acoger gustosos.

F. J. M.—Eso de *ojos de chivato* no es correcto decirlo en una poesía. Inadmisible, pues.

Por estar esta sección dedicada a los escritores nuevos, a aquellos cuyas aficiones les hacen conocer las costumbres literarias, no hemos hecho algunas indicaciones respecto al envío de originales, por creerlas innecesarias. Sin embargo, la forma en que se nos remiten algunos trabajos nos obliga a hacer las siguientes advertencias:

1.ª Los trabajos en prosa no excederán de tres cuartillas *escritas por un solo lado*, y las composiciones poéticas de *sesenta versos*.

2.ª Es inútil pretender contestación particular a las cartas que se nos dirijan relacionadas con esta sección. Para admitir o rechazar los originales tenemos la sección «Hemos recibido su trabajo y...», en la que por riguroso turno se contestará a todos los autores. Tampoco se devolverán los trabajos, publicados o no.

3.ª El solo hecho de enviarnos un original implica la absoluta conformidad con estas condiciones.

Y 5.ª Cada original debe venir acompañado de un cupón.



Ante lo que fué

Cuando la vi tan blanca entre las flores
que aun más blanca la hacían resaltar,
sentí el mayor dolor de los dolores,
y en mi espantosa angustia
no supe ni llorar...

Con aquella mujer que era tan buena
se marchaba mi vida, mi ilusión,
y con ella moría nuestra historia,
que estaba toda llena
de flores de emoción.

¡No volver a mirar aquellos ojos
que eran casi tan verdes como el mar!
¡Y no ver ya jamás aquellas manos!
¡Ni aquellos labios rojos
de tan dulce besar!...

Sentí que el alma rota se quebraba
como puede quebrarse un cristal,
y caí de rodillas llorando,
mi cuerpo temblaba...
me puse a rezar...

CARLOS PONTES

Dibujo de Cobos

A. S. Z. (Lorca).—«Acróbatas del otoño» nos parece algo sin definición posible todavía. Junto a bellas piruetas literarias dignas de aplauso, surgen los saltitos de plantígrado cerebralista, que descomponen el cuadro. Admitimos su «Vespertino en gris mayor». ¡Ah! Y conste que nosotros también somos jóvenes; pero ya nos vamos curando de la obsesión por la literatura...

J. A. P. (Ayamonte).—Sus versos no podemos decir que están mal, pero no nos es posible admitirlos. El recuerdo del gran poeta Amado Nervo invalida la eficacia de su envío. Urge que los poetas nuevos sean verdaderamente originales.

J. de R. y C. (Motril).—Demasiado primicia la que nos envía. No nos sirve.

A. C. (Madrid).—Permítanos usted que nos sonriamos.

«Gusaryé».—Cuánto sentimos decirle nuevamente que la flecha lanzada esta vez tampoco dió en el blanco. Pero le rogamos que insista. Hay que tener la virtud que su apellido señala.

F. de M. (Barcelona).—Admitido su bello romance.

C. de A. (Rosario, R. Argentina).—También admitimos con mucho gusto su bellísima composición.

«Gad».—No nos sirve su envío.

M. M. (Cádiz).—Celebramos mucho que la inglesa sea marquesa, tenga los labios de fresa y los ojos de turquesa; pero nosotros no nos fiamos de la inglesa, aunque sea marquesa y tenga los ojos, etc., etc...

H. R. O. (Malagón).—Es usted un témpano, querido amigo. Y nos quedamos cortos.

D. D. D. (Valencia).—¡Vamos, che! Que somos honestos.

R. L. A. (Lugo).—Inaceptable.

«Dos».—¡Como si fueran cuatro, caballero! Sus ripios no nos causan pavor. Pero nos es imposible aceptarlos.

Guaya-Guaya (Habana).—*¡Guaya-guaya, con el morenito!* No podemos aceptar la tragedia de su *ingenio*, por muy azucarada que nos la envíe.

Primavera.—No sabemos quién es más *primavera:* si usted por enviarnos ese cascote, o nosotros, que lo hemos leído de cabo a rabo.

Toda la correspondencia de esta sección se contesta exclusivamente desde las columnas de la revista: rogamos a nuestros comunicantes que en los envíos de originales consignen en los sobres: Para la sección «Los escritores nuevos».

Aparte de los originales que se nos envíen espontáneamente, acompañados del correspondiente cupón, publicaremos en esta misma sección algunos trabajos de escritores conocidos, prestigiando así a los literatos nuevos con su compañía.

«COSMÓPOLIS»
CUPÓN
que debe acompañar a todo envío de
Colaboración espontánea



INTERROGACIÓN

Entra en agujas el tren,
y preparan los viajeros
sus equipajes ligeros,
dispersos sobre el andén.

Silba la locomotora,
anunciando la partida.
Hay más de una despedida
terrible y conmovedora.

Y nos quedamos llorando,
mientras el tren va alejando
a los seres que se van...
¿Ausencia de una semana?
¿De un mes?... ¿Quizá hasta ma-
[ñana?...
¡Algunos no volverán!...

JESÚS M. GARCÍA

LA BALADA DE LOS ÁLAMOS

No se escucha la clara
charanga de las fiestas,
ni arcaduces amantes
por las arenas ruedan...

Tienen los grandes álamos
—enormes hostias negras—
el verdinoso tronco
de un árbol de leyenaa.
Por la vaga penumbra
avanza la doncella:
bajo sus pies ingrávidos
gimen las hojas secas.
Dicen los álamos
a la Noche quieta:
«Se han llenado mis sombras
de vagas confidencias.»

Bajo los grandes álamos
—grandes gallinas cluecas—
surge el ingenuo encanto
de la canción añeja:
«la viudita del conde...»;
«Mambrú se fué a la guerra».
Las consejas renacen
en los bancos de piedra.
Dicen los álamos:
«Pequeñas estrellas,
bajad a oír la historia
de las tres hadas buenas».»

Se oye rezar el viento
sobre las copas negras,
desgranando el rosario
de las hojas resecas.
Hay un calor de plumas
entre las ramas tiernas
—una caja de música
repleta de cadencias—.
Dicen los álamos
a la Noche negra:
«Se han dormido los trinos
en mi cono de nieblas.»

Los hombres—tristes clow-
[nes—,
a través de la acera,
pasean soñolientos
sus figuras grotescas.

Son los enormes álamos
bajo la luna llena,
árboles de Noel
cargados con ofrendas.

ALFONSO CAVALLÉ

Dibujo de Calín.



Conciencia

Anciano de barba rala
que, sentado ante la puerta,
los minutos vas contando
que te quedan...

los minutos que a tu cuerpo
le separan de la huesa...
esos minutos que corren
y que vuelan,
como a lomos de los vientos
con desbocada carrera,
los ejércitos de átomos
que los ojos ven apenas...

Anciano que ya has vivido;
de tu vivir, ¿qué te resta?...

A mi pregunta sonrióse,
señalóme con la seca,
fría y descarnada mano...

A dos pases de la puerta,
bullicioso, pizpireto,
un chiquillo... tez morena...
gordezuelo... boca fresca...
que, riendo como ríe
la inocencia,
en rodar una peonza
se recrea...

—De la vida, tan sólo este
rico tesoro me queda...
De mis años, estas canas
cenicientas...
Mas esta sangre que bulle
—sangre de mi sangre mesma—
yo la amaso con mis puños,
de mi vivir en la artesa...
Y en esta masa no mezclo
más levadura que ésta:
¡Conciencia, mucha conciencia!

Dibujo de Caballero.

LUIS GIL



Dibujo de POLIGNOTO

Mujer...

Soneto

¡Oh, divina mujer! Cuando Natura
modeló tu silueta incomparable,
vió la vida la flor más adorable
por su armoniosa forma y su hermosura.

¿Quién podrá de tan bella criatura
la gracia eternizar que fuera estable,
si cada instante, flor inigualable,
gana y gana tu cuerpo en donosura?

Son tus ojos oscuros cual la noche,
y tu boca fugaz, sangriento broche
que aquéllos iluminan dulcemente.

Y el marco de tu negra cabellera
tu corona es, fragante primavera,
digna tan sólo de ceñir tu frente.

ENRIQUE FONTÁN BALESTRA

YUNTAS, VELAS...

Tierra y mar, estrofas que engarza el azul único del cielo en un poema único. Llanuras desde el balcón de nuestra fantasía cuando andamos, con el recuerdo, la orilla en que se juntan las dos viejas mitades del planeta. Rumor de sirenas en la brisa, sonar de élitros en el viento; bramido en el acantilado, rugido del viento en el bosque; el batir del remo sobre la estela plateada, y el crujido de la hoja en el camino.

Tierra o mar; al conjuro de ambas palabras, la intención soñadora se llena de rutas, de momentos, de paisajes, de crestas blancas (nieve en los altos riscos), de espumosas colinas (plata cimera en las ondas); todas las rutas corriendo indistintas (mar o tierra) bajo el azul único del cielo. El campo, undoso por el ancla del arado; el mar, rizado por la reja viajera de la quilla. El surco y la estela, como cauces de sombra donde el lucero siembra las rosas blancas de la luz.

El viento hincha la ola o agita la verde gema de las mieses con la misma voz de alarido lejano, bajo idéntico cielo tormentoso. Se dilata, mansa, la llanura con rubios cabrilleos en las ondas cuando el mar se sosiega o cuando la tierra, encalmada, rutila en los charcos con espejismos cegadores.

Hay en la lentitud de la yunta el caminar pausado de la nave cuando recorre con su silueta la extensión del cielo, y en el vuelo atisbador de las alondras sobre la sembrada, la búsqueda hambrienta de las gaviotas, y es el tronco, cercenado por la furia arrolladora del huracán, como el trágico muñón del mástil roto por la galerna.

Tierra o mar los dos mundos tan cercanos a quienes une el beso de la orilla. ¿Qué importa a nuestra ansiedad el molino o el faro?... Son un jalón orientador en el paisaje las aspas de luz o los brazos del gigante que domina, señero, la llanada. Tierra o mar, surco, estela, peñascales, acantilados, velas o yuntas bajo el azul que engarza estas estrofas en un poema único. Todo. Verdes trigales, ondas de esmeralda, negros abismos, hondas barrancas, habla lo mismo en nuestra evocación de caminantes.

ESTROFA Y CANCIÓN

Tarde gris, lluvia lenta. El cielo entona los colores del paisaje con la fría diafanidad de la luz. Todo es, bajo el fanal de este ambiente vespertino, una única sinfonía de tonos apagados. En las praderas se ha amortiguado hasta desaparecer el matiz amarillo que, avivando el azul, compone el verde esmeralda. Los pinos (floración gigantesca en el paisaje) han cobijado el negro en los senos oscuros de sombra y, lavados por el constante halago de la lluvia, orean al viento suave las copas azulosas. Como pequeños lagos de refulgente mercurio semejan los charcos del camino al espejar la argéntea luz que reciben a través de la pantalla del bruñido celaje. Habla el silencio en el piar de los petirrojos, y la picaza (sombra de cuervo y luz de gaviota) arrebuja su vuelo en el pinar. La noche encuentra en esta suave transición el lecho propicio a su reposo, sin temer, como en los días claros, la crisis del crepúsculo, cuando la llama vivaz del sol se extingue en un supremo esfuerzo.

El rodaje de la carreta deja dos surcos en el recorrido que el agua va llenando y convirtiendo en metálicos rieles. Va afanoso el ganado, pero reprime el ímpetu abriendo las fuertes patas para impedir el empuje del carro que se desliza sobre el lodo. En el hondo vacío de la nada que han dejado los pájaros dormidos vibra, confiando sus duelos al llanto de la noche, el cantar lento del mayoral. ¡Qué vieja la pena en el momento tan colmado de presente!

Con el eco que cruza la llanada, cuando la noche encuentra en suave transición el lecho propicio a su reposo, evocamos los bellos versos:

«Canta un carrero la misma
pena que yo estoy llorando...»

La oscuridad apaga los dos surcos de luz que graba el carro, y el poeta y el carrero dicen su pena a nuestra pena

«Él la canta y
yo la lloro...»

José M.ª DÍAZ LÓPEZ



Dibujo de SERNY

Libros Hispanoamericanos

LA SOMBRA DEL CAUDILLO, novela, por Martín Luis Guzmán (Espasa-Calpe).—No es desconocido para nuestros lectores el nombre de este distinguido escritor mejicano, que ahora vive entre nosotros, desarrollando una intensa labor literaria, divulgadora de los valores espirituales de su país de origen. Su nuevo libro, al igual que aquel anterior titulado *El águila y la serpiente*, tan unánimemente celebrado por todos, viene a proclamar las múltiples y excelentes cualidades que adornan la personalidad de Martín Luis Guzmán. La multiforme y accidentada vida social de la República de Méjico, queda plasmada con toda destreza en las páginas de este libro sugeridor, que ha logrado prender en sus capítulos el espíritu luchador de un pueblo joven. A las galanuras de la prosa noble con que se atavía esta novela, hemos de añadir las gallardías de pensamiento que la esmaltan. Contrapunto de pasiones juveniles, desbordadas a compás de afanes y deseos de mejoramiento político. El libro de Martín Luis Guzmán, alía felizmente las elegancias del retratista certero, hábil combinador de los colores más oportunos. Historia y novela. Para los que vivimos alejados de la lucha social en que Méjico se desenvuelve, *La sombra del caudillo* es un documento eficaz. Celebremos su aparición y deseemos para Martín Luis Guzmán, brote fecundo del árbol espiritual americano, nuevos éxitos que añadir a su brillante carrera literaria.

CRÍTICA LITERARIA, por Ricardo Rojas Vicenzi (San José de Costa Rica).—La maravillosa poetisa Gabriela Mistral dice de *Crítica literaria*, en el prólogo iniciador del libro, que «se lee con deleite este libro breve, liviano, ágil y fino»; habiendo dicho antes la misma dstinguida prologuista que esta obra la ha «leído de un sorbo, contenta de su prosa nítida, de su emotividad sin artificio, de su voluntad de sencillez». Y, en verdad, campea una noble gracia a lo largo de tan sustanciosa lectura, en la que Rojas Vicenzi nos habla del apóstol de la cultura hispánica, Joaquín García Monge, escritor, además, de finos matices sentimentales y pedagógicos; del libro *Cantos*, debido a la inspiración delicada de doña Auristela C. de Jiménez; del pintor Francisco Rodríguez Ruiz y de otros ens.yos literarios, dignos de que aquí les rindamos el homenaje de nuestro aplauso.

LA CANCIÓN AVENTURERA, novela, por Sergio Roberts, portada e ilustraciones de Luis F. de Mimenza (Imprenta Roma.—Valparaíso).—Llega a nosotros este bello libro precedido de unas palabras sugeridoras de Gabriela Mistral, Lucie Delarue Mardrus, Raquel Sáenz y Federico García Sanchiz, además del interesante prólogo en el que Gastón Figueira presenta al escritor chileno, que además es notabilísimo escultor y hombre pletórico de juventud y de variadas inquietudes. Nosotros sabemos que *La canción aventurera* es una novela poemática, revestida de gran interés. Obra sencilla y humana, su desenlace, sobre todo, se destaca por la fuerza emotiva. El estilo, sobrio y personal, luce imágenes de originalidad atrayente, que demuestran cuán intensa y fecunda es la personalidad intelectual de Sergio Roberts, cuya juventud se aureola de nobles actividades creadoras, de hondura sentimental y de fe optimista. *La canción aventurera* es un libro, en fin, digno de ser leído con atención.

APOLOGÍA DEL DOLOR, por Rogelio Sotela (San José de Costa Rica).—He aquí el dolor hondo y verdadero de un espíritu finamente cultivado, sirviendo de protagonista en la obra de Rogelio Sotela. Las luces ingeniosas del pensamiento humano, cabalgan a lomos de estas páginas tan sentidas, en las que la verdad del doloroso vivir de los hombres clava sus líricas saetas. Agua serena de manantial profundo, linfa clara del espíritu bueno que impregna, con la gloria de sus armonías remotas, las inquietudes atormentadas de nuestra interior sed infinita; *La apología del dolor* es un breviario sugestivo, lleno de consoladoras realidades para los que viven acuciados por el ansia de una verdad no satisfecha plenamente, y que por el dolor habrá de santificarse con toda eficacia, produciendo en las almas la noble selección de lo que ha de permanecer inmutable dentro de nosotros.

Quede, pues, consignado que este libro de Rogelio Sotela, está gentilmente revestido de las más sutiles esencias de la espiritualidad humana.

Ricardo Rojas Vicenzi.

MARTIN LUIS GUZMAN
LA SOMBRA DEL CAUDILLO
ESPASA-CALPE, S.A.

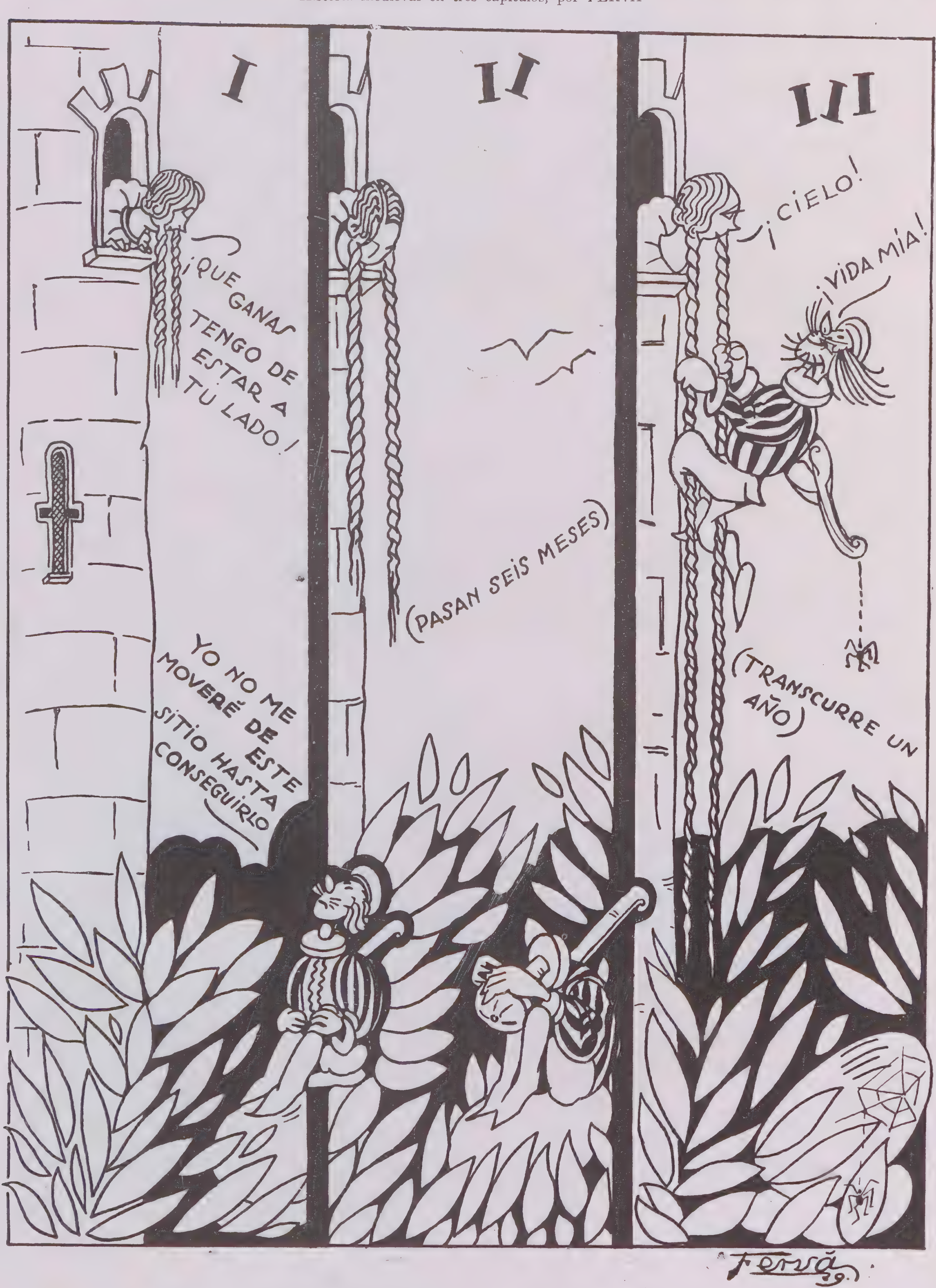
Portada de la obra de Martín Luis Guzmán.

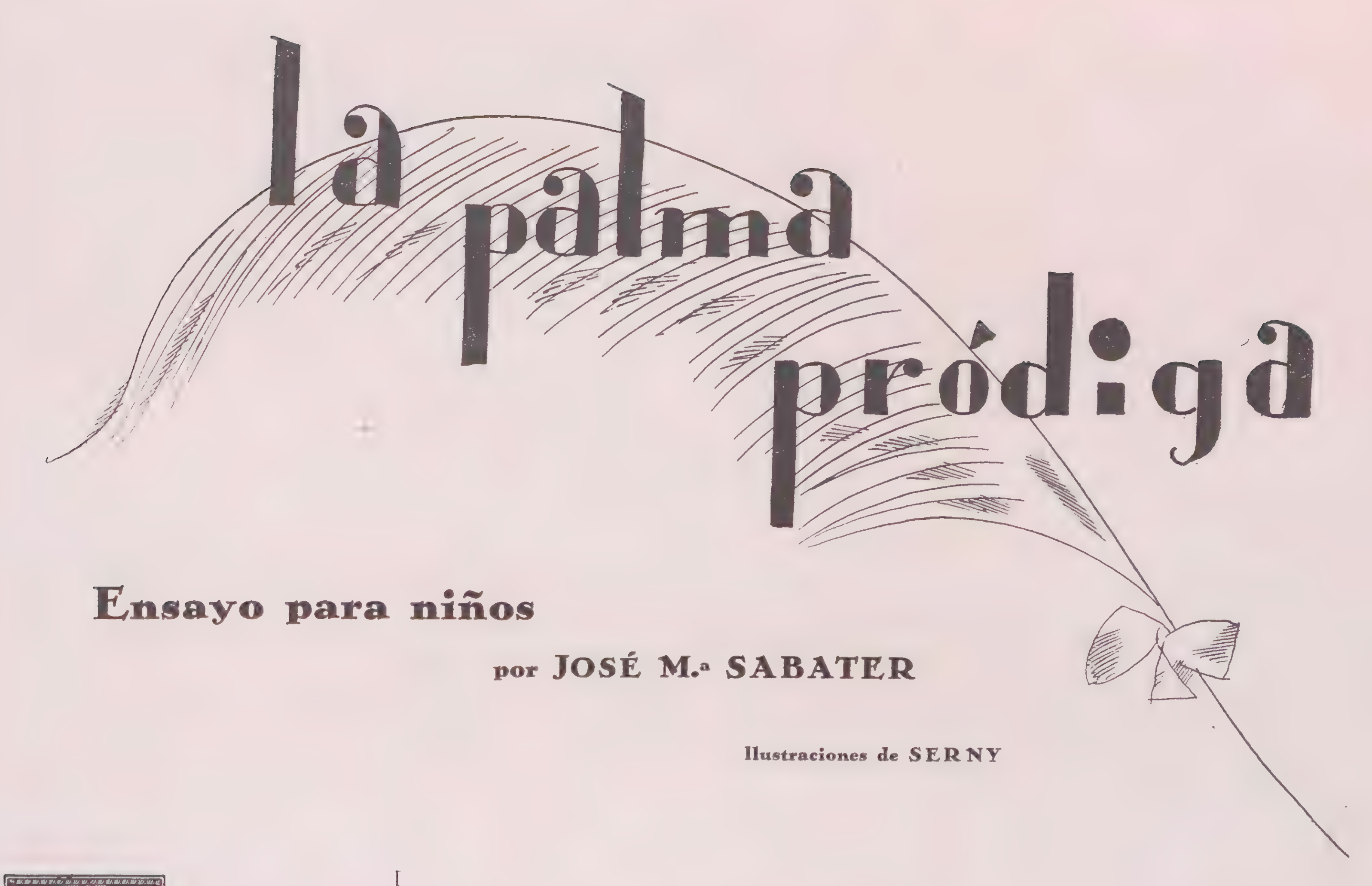
Sergio Roberts.

Seccion recreativa

La prisionera de las trenzas de oro

Historia medieval en tres capítulos, por FERVÁ





la palma pródiga

Ensayo para niños

por JOSÉ M.ª SABATER

Ilustraciones de SERNY

I

UN extraordinario hacía el padre los domingos para distinguir este día, de corta y brillante liberación, de los seis de gris burocracia idénticos a otros seis próximos que se anteponían ocultando la claridad esperanzada del séptimo. Y esponjábase al comprar la revista de más enjundia y pulcra nitidez literaria que para solaz, frente a la chimenea, a breves sorbos, como un licor rarísimo y deleitable, paladeaba en ratos de serenidad a lo largo de la semana; y otra para la avidez de su pequeña, que había de explicar y comentar hasta el siguiente domingo. De esta revista infantil tenían que hacer nuevas versiones la madre y todo familiar o visitante que se presentara.

En este domingo salta el padre de la cama y adivina por la escasa luz que se cierne en el patio, turbio y encapotado, el cielo de abril.

A poco, en la cuna, se remueve la nena, estira los bracitos y su voz débil llena de júbilo la alcoba: «Papá, ¿es hoy fiesta?» Se acerca el padre y cubre de besos el brocal de los hoyuelos en las manos tibias y gordezuelas: «Domingo... ¡Domingo de Ramos!» La nena no sabe qué festividad es y tienen que explicarle cómo celebra la Iglesia la entrada del Rabí en Jerusalén.

Y a la tierna imaginación llega el trasunto de la liturgia evangélica en emociones de color, aroma y movimiento. La nena desearía que la llevaran a ver la procesión pascual; y el padre, como el sol no rompe su anónimo y arrecia en la calle la sofocada rabia del viento, para disipar el enojo de su hija, promete traerle la palma con susurro de tierras cálidas, fina, cimbreante, de amarillez de cera. Y sale a mercarla, pensando que la suya, la de su nena, se librará de escarnio y apeñuscamiento de torpes y recios dedos. ¡Será recibida con unción mística y pueril! Sabe que la esperan impacientes en su hogar, y se le exalta el gozo porque su hija no podrá retenerla y él la ayudará, realizando una ilusión no lograda de niño: sostener la altivez quebradiza.

Helo aquí ante ellas, que destacan su luz, desnudez virgen y perezosa de los sillares y el pórtico catedralicios. Una mocita que las manosea y cataloga pregunta: «¿Quiere alguna, señorito?» Y como la desea mayor, un índice enjuto, tostado como un dátil maduro, se tiende hacia la esquina donde tiene su puesto un gitanillo: «Es mi hermano. Aquéllas son mayores.» Y en verdad que son únicas. Las mece, y escucha el ras-ras tímido de las hojas educadas monásticamente en largo y oscuro cautiverio; ras-ras de guardainfante de muaré. Siente la nostalgia del lugarejo andaluz. ¡En este día, cuánto ramón de olivo, qué vuelo de bálsamos de almendro, de *Hosanna!*... Palmas que deshojan el libro del cielo con sus plegaderas de marfil. «La que usted quiera. Ésta es hermosa.» Corta el vendedor. «Seis pesetas.» ¿Seis pesetas una palma? Es un lujo excesivo. Demasiado. —«Se la dejaré en cinco y media. Son de Elche. —La mezquita vegetal de levante— Este año están muy caras. Han venido pocas. Vaya, es la mejor que tengo. ¡Como ésta, ni el

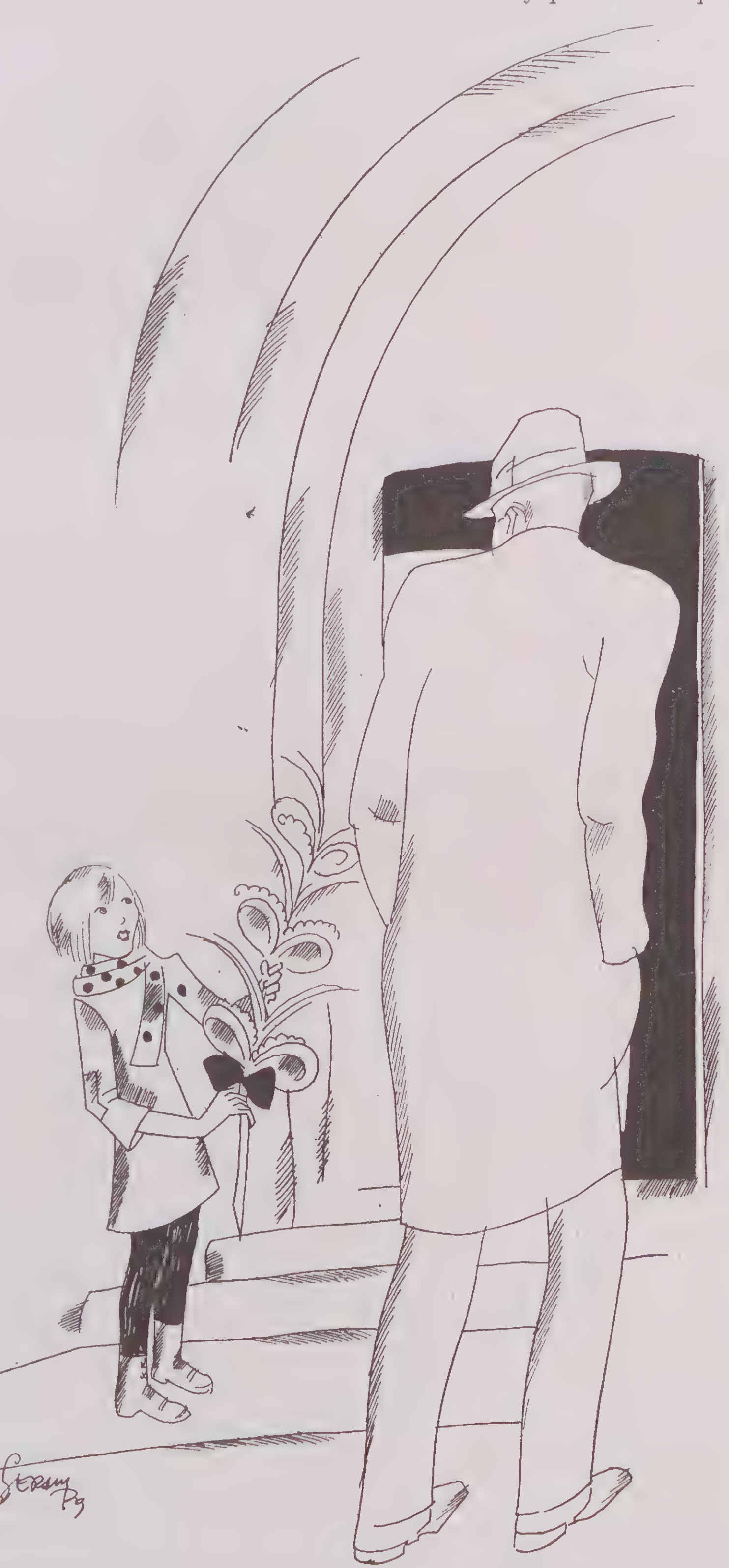
La Palma Pródiga

obispo!» —Se ha decidido; se la lleva.

En el portal tiene que desistir de tomar el ascensor y fustiga los herrajes y el barandal. Se siente niño. Su hija elevará los ojos hasta la curva estremecida, este recuerdo será perdurable y cuando pasen años y llegue este día dirá: «Un domingo de Ramos trajo mi padre una palma. ¡Qué alta!»

Asombra su esbeltez; la pequeña no puede con ella. La vence de aventajada y a la menor oscilación amenaza tenderse. La abuela exclama: «¿Por qué la compraste tan grande? A la nena le hubiera gustado más pequeña. Además, si no está bendita, no tiene mérito.» La madre trae una tersa cinta y hace una graciosa y cándida lazada. No saben dónde ponerla para que no roce en el techo. La nena palmotea porque es mayor que la que tenían en la ventana de enfrente. Todos, cuando se sientan a comer, hablan de ella y la miran amorosamente en un ángulo. «Cuando terminemos la pondremos en el balcón para que ahuyente la desgracia», opina la abuela. La nieta desea que la pongan en su cuarto, y coincide con el padre que no debe exponérsela a los latigazos del viento, a los ardores del sol, a los fríos del invierno, al huracán que convertirá su fragilidad en seroja. En el despacho estará bien montada en dos escarpias, y cuando llegue otra que la sustituya se la dejará consumirse entre la efusión del fuego de la chimenea. Y en él queda instalada, decorándolo y ennobleciéndole. Un oreo de cármenes en la meseta árida.

Sólo en esta hora de la noche, cuando duerme la nena, siente el padre la ausencia de la lectura, se maravilla de su olvido y de que su hija no se acordara de su revista.



II

Han pasado unos meses. La casa está revuelta; los muebles, preparados para la mudanza; el suelo, cegado de paquetes, libros, trastos empolvados que arrebatan unos hombres pesadotes, de frente estrecha, palabra lenta y ruda. La nena va con alegría a la casa nueva, amplia, confortable. La vieja parece ahora más fría, más oscura y destartalada. Recorren por última vez las habitaciones por si se olvida algo. (Ese algo imperceptible e imposible de recuperar: el tiempo.) Nada queda. Un botón de paño raído, una cuenta de collar, un zapato pequeñín usado, una lámpara fundida, negra...

Van entrando los muebles en la casa nueva, mostrando la vileza de sus nudos e intimidades los armarios. Resuena la escalera de voces y pies anchos que se alejan. Están aturdidos. La nena va de un lado a otro. Alguien la advierte: «Te van a lastimar. Vete al balcón. Siéntate allí.» Y el padre: «Dime si ves la calle. No te subas en los hierros.» (La otra casa estaba cerrada al paisaje, al horizonte, a los cielos...)

Dentro suena pisar nervioso, acarreo de baúles, tintineo de cristalería y loza... El trajinar se interrumpe de súbito. Un angustioso ¡Papá! tira de todos hacia el balcón, excitados, presintiendo una desgracia. Se atropellan. «Ay, qué susto nos has dado...», dicen las mujeres, cruzando sus manos para contener la palpitación de los senos. «¿Qué pasa, nena?» Desde la calle los mozos miran enracimados en el carro dispuestos a marchar. «Papá, la palma de tu despacho, que se la llevan esos hombres. *Tata*, baja por ella antes que la rompan.»

Y cuando llega la palma desmelenada, en forma de fusta, la nena la aprieta contra su pecho mientras su *Tata* dice: «Se la querían dar a comer a los caballos.» Y la abuela: «¡Qué sacrilegio, si hubiera estado bendita!»

Y humillada, rota, vencida, aquella noche de final de otoño, presidió por última vez el hogar, y desde la sima negra de la chimenea dió pródigamente lo que podía: una súbita llamarada, unos leves chasquidos y una insignificante elevación en la columna termométrica.

Podíamos insinuar que algunos ojos se humedecieron al verla arder, no por sentimentalismo —corregiremos—, sino a causa de una prolongada fijeza en la llama.

Lo que sí ocurrió fué que, cuando mayor era el silencio, preguntó la nena: «Oye, abuelita; y como no estaba bendita, ¿irá al purgatorio?»

Y todos rieron...

José M.ª SABATER

13.º CERTAMEN

CRIPTOGRAFÍA

DICBRE.-ENERO

EN EL PRÓXIMO NÚMERO, «CHARLA CON NUESTRO CAMPEÓN»

LA CRIPTOGRAFÍA es un arte de origen puramente egipcio; comenzó a practicarse en tiempos muy remotos, cuando aun era desconocida la caligrafía; proviene de las inscripciones enigmáticas que, representadas por diversas combinaciones cabalístico-artificiosas, acostumbraba a ponerse por aquella época sobre monolitos en las tumbas, dólmenes y criptas, para perpetuar la memoria de los familiares fallecidos.

La escritura criptográfica llegó a alcanzar gran importancia entre los egipcios; muchas de estas lápidas inscriptivas, generalmente indescifrables, han podido apreciarse en la tumba de los Faraones descubierta en las pirámides de Egipto. A la escritura criptográfica reemplazó la **hierática** *o sacerdotal, y a ésta la* **demótica** *o popular, hasta conseguir la fácil y clarísima hoy en uso. Posteriormente, el descubrimiento de América por nuestros antepasados vino a demostrar que también aquellos hombres poseían sus sistemas de escritura, siendo una de ellas, la más usual, sin duda, la llamada jeroglífica o criptográfica. Así, pues, la criptografía, no obstante su abolición, sigue siendo un arte que tiene por virtud principal instruir deleitando.*

FRAMARCÓN.

POR FRAMARCÓN

N.º 427. «PENSIÓN»

NNOTAA

Solución: ....

N.º 428. SOBRE
NOMBRE, DOS APELLIDOS, DESTINO

Solución: ....

SEÑORITA

(SANTANDER)

O

..... PCION

COSMOPOLIS

Ilustran esta página dos de nuestros «ases» criptográficos



Número de fin de Concurso

N.º 429.
EN BUSCA DE NEGOCIOS...

PIEDRAHITA

Solución: ....

N.º 430.
ES UNA INGRATA

LOCO

III ATON I II

III

Solución: ....

3 2 1 4 4

N.º 431.
SILÁBICO FRAMARCONISTA (COMESTIBLE)

Solución: ....

EL RESULTADO DEL CERTAMEN-CAMPEONATO, EN LA PÁGINA SIGUIENTE

ACLARACIÓN AL PROBLEMA LOGOGRÍFICO

28, horizontal: Cajones en vez de cajón. 49, vertical, (invertida) Alabanza

"COSMOPOLIS"
CONCURSO CRIPTOGRÁFICO

Los no suscriptores acompañarán a sus pliegos dos de estos CUPONES, pegados aisladamente por este lado y en lugar de firma.

RESULTADO DEL CERTAMEN-CAMPEONATO 1929

APERTURA DE SOBRES:

Copia del acta levantada al efecto:

«De conformidad con lo preceptuado en la base 4.ª del referido »concurso, el día 2 de diciembre, a las 19,35 horas, tuvo lugar »en esta redacción, ante y por los inteligentes solucionis- »tas que suscriben, el examen de los sobres conte- »niendo las soluciones a los 42 trabajos enviados »y publicados en el certamen de referencia; »hallados todos en perfecto estado de in- »violabilidad y procedido a su aper- »tura, resultaron todas las so- »luciones conformes con el »enunciado y compo- »sición de los »pasatedios, »así »como no »exceder ningu- »na del límite de seis »palabras, »fijado al efec- »to.—Y para que conste, firman »la presente en Madrid, fecha ut »supra.—José García de la Sota.—Ma- »nuel Cano Ruiz.—José María de Soroa.— »Cándido Carrasco.—Francisco Martín Conde »(FRAMARCÓN). — Todos rubricados.»

ESCRUTINIO:

Solucionistas que participaron en dicho certamen, y clasificación obtenida después del examen de los pliegos:

COMPLETO.—D. EUGENIO MOLINA, de Madrid.

CON UNA FALTA.—(La correspondiente al pasatedio n.° 381).—1.—Doña Amalia Arroyo de Carrasco, Madrid.—2. José García de la Sota, de Madrid.—3. Don Cándido Carrasco, de Madrid.—4. Don Ángel de León, de Madrid.—5. Doña Elena Plana, de Madrid. —6. Don Joaquín de Soroa, de Madrid.—7. Doña Dolores Naranjo, de Madrid.—8. Doña María Boal Mate, de Madrid.—9. Don Jeremías Valdunciel, de Salamanca.—10. Doña Amparo Andrés, de Salamanca.—11. Don Augusto García de la Sota, de Muriedas.—12. Don Juan Garmendia, de Portugalete.—13. Doña Encarnación Orbea, de Portugalete.—14. Don Pablo de Basauri, de Portugalete.—15. Don Eduardo de Otaduy, de Portugalete.—16. Don Luis G. Alegría, de Sabero (León).—17. Doña Amparo Fernández de Cano, de Madrid.—18. Don Manuel Cano Ruiz, de Madrid.—19. Don José María de Soroa, de Madrid.

CON MÁS DE UNA FALTA.—Don Julio Escuín, de Cádiz; D. Francisco Vázquez, de ídem; D.ª Encarnación Estrada, de ídem; D. Manuel Estrada M., de ídem; D. Ernesto Durán, de ídem; D. Manuel Estrada, de Ceuta; D.ª Guadalupe Vázquez, de El Ferrol; D.ª Magdalena Pujadas, de Inca; D. José Albaladejo, de ídem; D.ª María Luisa Eguía de Madrid; don Antonio García López, de ídem; D.ª Joaquina San José, de ídem; don Fidel García Pérez, de ídem; D. Serafín de Dios, de ídem; D.ª Juana Gómez, de ídem; doña Dolores García Robión, de ídem; D. Luis Bittini, de ídem; D.ª Alfonsa Humanes, de ídem; D. Francisco Palazón, de Mahón; D. Juan Gea Lacasa, de ídem; D. Gregorio Mesquida, de Palma de Mallorca; don Joaquín Navarro, de Santa Margarita (Baleares); D.ª Pilar Beloqui, de Peñarroya (Córdoba); D. Salvador Garrido, de San Fernando (Cádiz); D.ª Margarita Cañas, de ídem; D. Luis de Arjona, de Trujillo; don Eduardo de la Fe, de Las Palmas; D. Antonio Más, de Cartagena.

SOLUCIONES OBTENIDAS POR CADA PROBLEMA Y LA LITERAL APORTADA POR SU AUTOR

N.° 375: 40. No entré jamás en combate.—N.° 376: 46. Fué un toro que sabía latín.—N.° 377: 43. (Sobre) Caricia Abril Delgado.—Estepar.—N.° 378: 42. No tiene subsidios ni protección bastante.—N.° 379: 38. El barco cabecea bastante.—N.° 380: 43. Del tapiz la pastora enamorada.—N.° 381: 9. POR ESCRITO COMUNICARÉ MI DETERMINACIÓN.—N.° 382: 46. Cariacontecido.—N.° 383: 47. Se traspasa este negocio.—N.° 384: 42. Clavé dos pasadores y está seminueva.—N.° 385: 40. SE-DA-LI-NA.—N.° 386: 44. Unasletras de luto.—N.° 387: 42. Para mí no es la copa.—N.° 388: 45. Un traslado de casa.—N.° 389: 48. Entrevías.—N.° 390: 43. Todavía late.—N.° 391: 31. Electrizante.—N.° 392: 31. No te asimilan esa mentira.—N.° 393: 42. Después de la misa la procesión.—N.° 394: 46. El chocolate de Matías López sube.—N.° 395: 46. Diamantes.—N.° 396: 45. Electra.—N.° 397: 38. Julio es un presuntuoso.—N.° 398: 35. RI-CO-CHI-CO.—N.° 399: 47. Entre comillas.—N.° 400: 44. A la zagala besóla un pastor.—N.° 401: 38. Son emprendedores en los Estados Unidos.—N.° 402: 45. Mal de aquí en adelante.—N.° 403: 44. Lechada de cal.—N.° 404: 37. Intercalar sobres.—N.° 405: 45. Domingo (?).—N.° 406: 44. Militantes en el gran partido socialista.—N.° 407: 46. Es el mayor de Canarias.—N.° 408: 44. Un gran porrazo.—N.° 409: 44. Sótano.—N.° 410: 42. Mi cometido en parte está cumplido.—N.° 411: 42. (Sobre) Nora Tavio.—Marzagan.—N.° 412: 42. Llegó al final.—N.° 413: 40. Trastornada de amor, Pío.—N.° 414: 44. Vi en Ávila al torero Tato.—N.° 415: 23. En Almagro con una linda encajera.—N.° 416: 44. Un cartel anunciador a seis colores.

OTRAS SOLUCIONES ADMITIDAS:

Se las reconoció validez por resultar conformes con el enunciado de los trabajos y ajustarse a la composición de los mismos:

Núm. 375. No entré nunca en combate.—377. Mimí Llaro Abril.—Consuelo Abril Delgado.—Elena No Marzo.—Mimí Lomarzo Delgado.—378. Augusto no tiene, etc.—380. A mi pastora enamorada.—Esa bella sirena enamorada.—Chica, de interés es la pastora enamorada.—El tipo de la pastora enamorada.—381. Por escrito comunicaré mi última palabra.—Por escrito preparo una sonada a las dos.—384. La clavé dos pasadores y uní eso.—Con remiendos y está seminueva.—385. Josefina.—Malvaloca.—386. Un artículo para «La Voz».—Unas letras.—Cuatro letras a Santi.—Una receta para la tos.—Unas cuatro letras.—387. Para mí no hay (o es) la copa.—388. Vías.—390. Todavía contesta.—391. Brilla.—392. Delante de mí notan esa mentira.—394. El chocolate de Matías López sobresale.—398. Solomillo.—401. Menos valores (o alhajas) en los Estados Unidos.—402. Mal de extremo a extremo.—404. Celar a un punto.—405. Domingo de Ramos.—408. ... un punto menos a Casta, Redondo.—411. (Sobre). Sol Veas Uncero.—Sol Olave Díez.—413. Está trastornada de añejo.—(O de amílico).—414. Vi en Álava al torero Tato.

SORTEO DE LOS 3.° Y 4.° PREMIOS

Tuvo lugar en nuestra redacción el día 10 de diciembre último, a las 19,30 horas; fueron incluídos en él los 19 solucionistas que resultaron con una sola falta, correspondiendo el *tercer premio*, consistente en hermoso juego para ensalada, PLATA MENESES, mango retorcido, en su soberbio y elegante estuche, valor global 32 pesetas, a D. Eduardo Otaduy, de Portugalete.

Cuarto premio, juego para trinchar PLATA MENESES, también en su elegante estuche, importante todo ello 25 pesetas, a D. Joaquín de Soroa, de Madrid.



OBSERVACIÓN IMPORTANTE

Se recuerda a todos el derecho que tienen a consultar o solicitar aclaraciones acerca de asuntos relacionados con esta sección; consultas y aclaraciones que detalladamente contestaré con toda oportunidad y verdadero placer; el sobre que contenga esta clase de correspondencia llevará en su parte superior la indicación de URGENTE en letra grande.

SORTEO DE LAS SUSCRIPCIONES:

Efectuado a continuación el sorteo de las suscripciones semestrales gratuitas, entre los cuarenta y cuatro solucionistas restantes, correspondieron a D. Juan Garmendia, de Portugalete; D. José M.ª de Soroa, de Madrid; D.ª Amalia Arroyo, de Madrid. Estas suscripciones se enviarán a domicilio y surtirán efecto durante los meses febrero a julio, ambos inclusive; los agraciados que no la reciban podrán entenderse directamente con la Editorial Saturnino Calleja, centro de suscripciones de nuestra revista; a cuyo fin las cartas serán dirigidas a nombre del director de la Editorial Calleja, calle de Valencia, n.° 28.

ADJUDICACIÓN DEL CAMPEONATO:

Campeón solucionista DON EUGENIO MOLINA, de Madrid calle de Méjico, 3. Primer premio: *Hermosísima copa PLATA MENESES, con peana y tapa, altura cuarenta centímetros y grabada con la inscripción REVISTA «COSMÓPOLIS» — CAMPEONATO CRIPTOGRÁFICO 1929.— PRIMER PREMIO DE SOLUCIONISTAS.*

Campeón pasatédico, D. JUAN GEA SACASA, de Mahón (Menorca), Base Naval, Segundo premio: *Magnífica copa, también con tapa y peana, 23 centímetros altura, PLATA MENESES y grabada con la siguiente inscripción: REVISTA «COSMÓPOLIS». — CAMPEONATO CRIPTOGRÁFICO 1929,—PRIMERPREMIO DE PASATEDIOS.*

PARA TERMINAR:

Mi gratitud más sincera a cuantos, bien como autores, bien como solucionistas, contribuyeron con su valiosa y para mí estimable intervención al éxito obtenido por este primer concurso campeonato, éxito que sólo a ellos por entero pertenece. — A los campeones, mi cordial enhorabuena por el título tan justa e indiscutiblemente alcanzado. Y a todos en general salud y felicidad en el presente año. FR.

CONCURSANTE

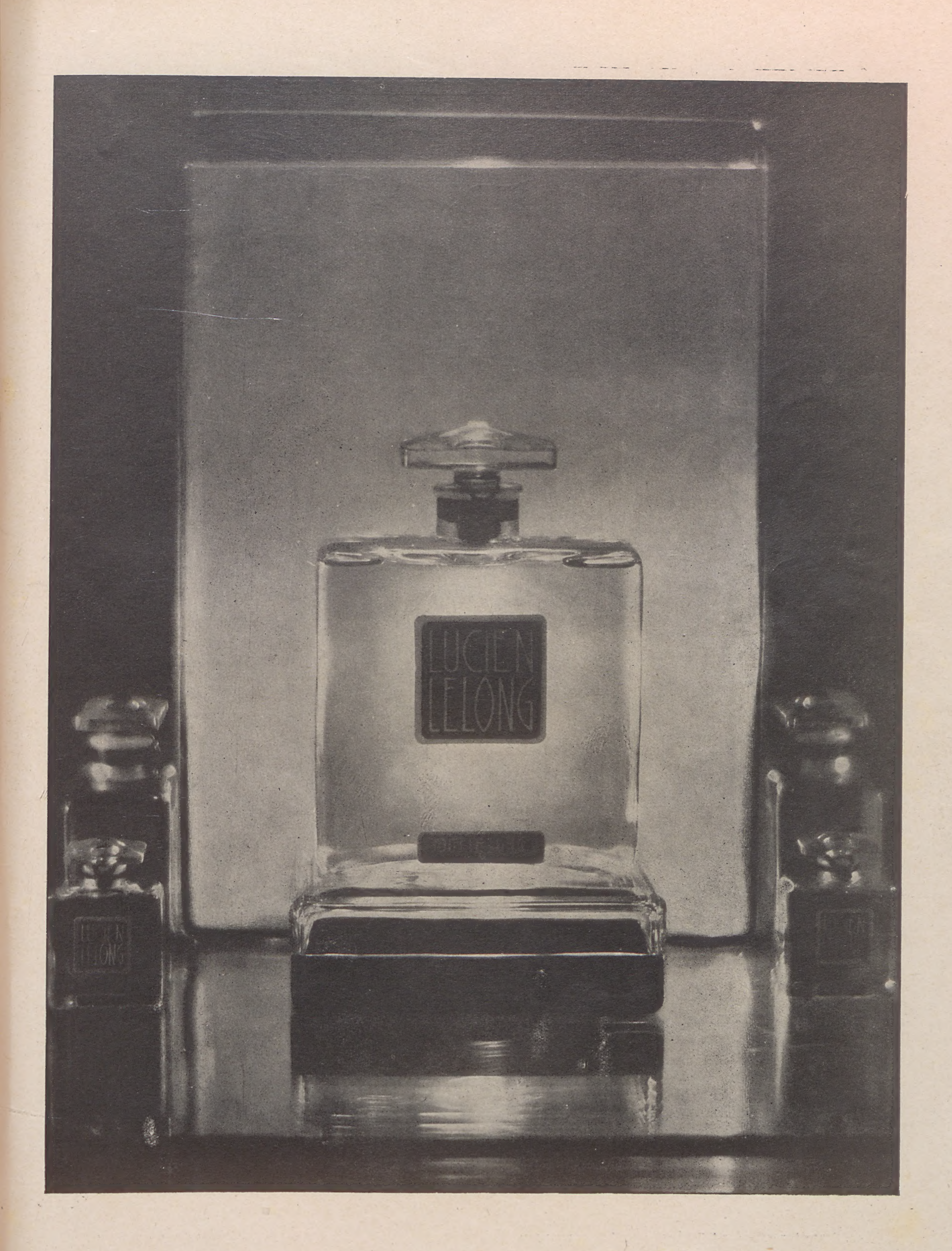
NOMBRE: D. ....

PUEBLO: ....

PROVINCIA: ....

CALLE: ....

N.° ....



LUCIEN
LELONG



Confección y grabados de A. Durá, director artístico de esta revista

ALDUS, S. A. DE ARTES GRÁFICAS. SANTANDER

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm